

97

94



POESIAS

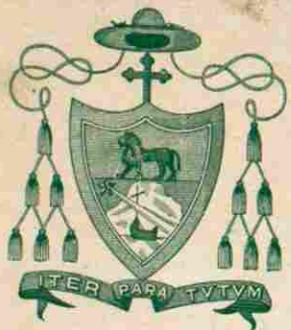
DE

COLLADO



PQ7297
.C62
P6

003394



1080019302

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

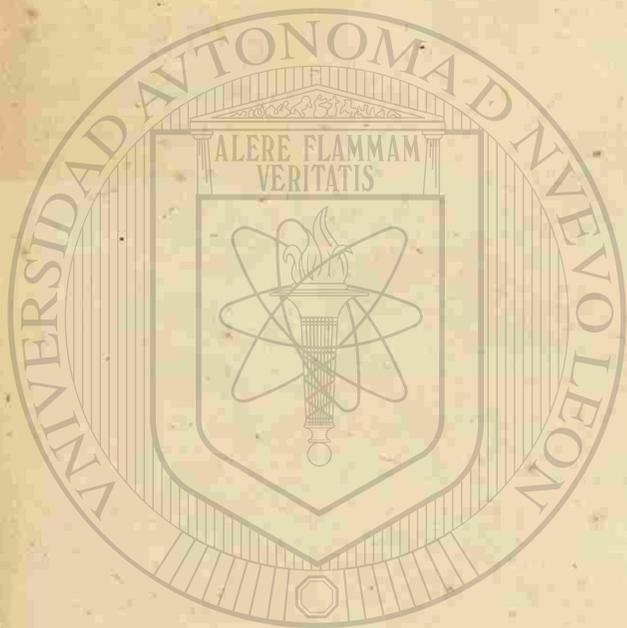


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Al Sr. D. Agustín Liliaco

su apasionado amigo

C. C.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

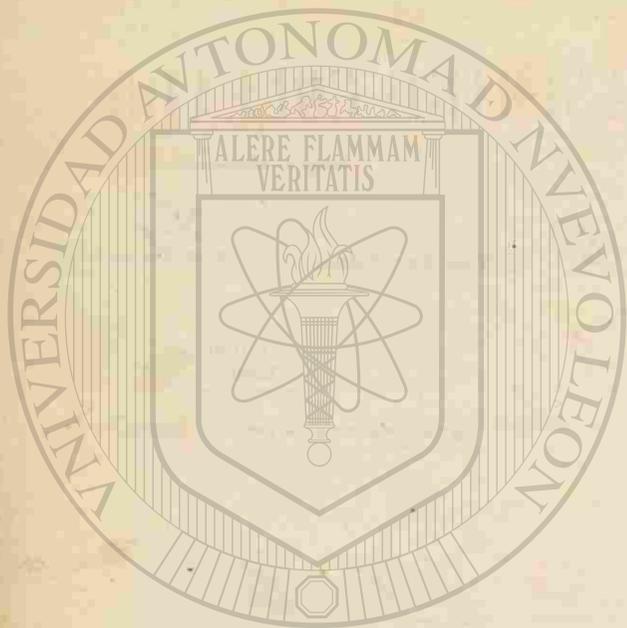
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

POESIAS

DE

DON CASIMIRO COLLADO

Sed canit inter opus.
TIBULO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO

IMPRENTA DE I. ESCALANTE Y C^o

BAJOS DE SAN AGUSTIN, NUMERO 1.

1868



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

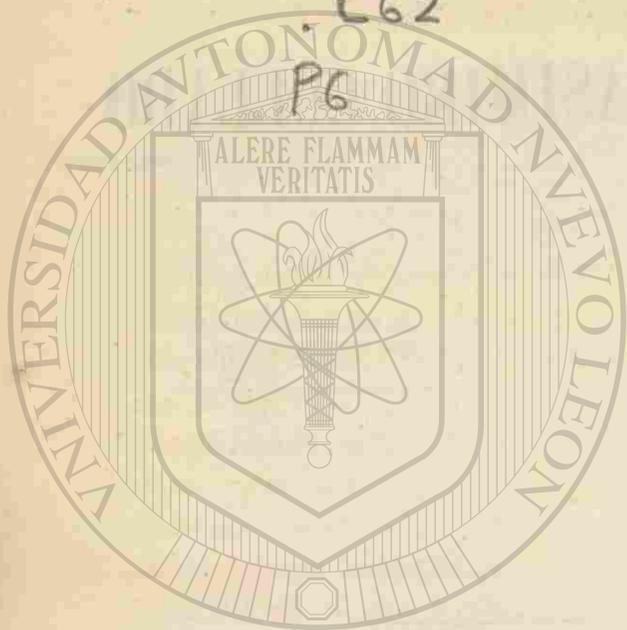
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

40630

PQ7297

C62

PG



ADVERTENCIA

Muchos de estos ensayos fueron escritos y publicados en los periódicos de México cuando el autor apenas cumplía veinte años. Esto y el gusto entonces reinante explican, aunque no disculpan, sus defectos. Poco tiempo después (1843 á 1845) hubo de corregir y aun variar completamente los más imperfectos; y ahora, aumentados con varias composiciones posteriores, algunas de ellas inéditas, los ofrece en esta privada edición á la indulgencia de sus familiares y amigos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

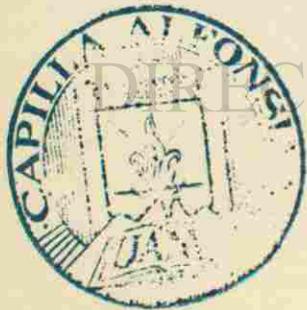
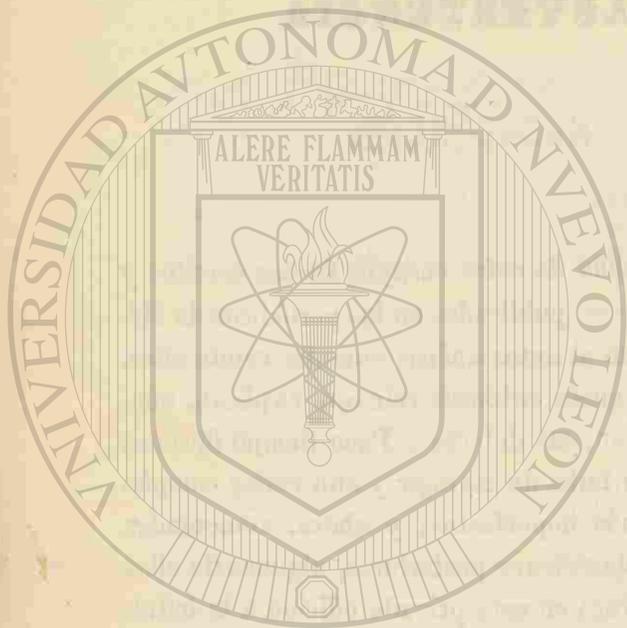


00000

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO EMERITO
LIBROS Y REVISTAS

003394



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

ANACREÓNTICA

EN torno á mí volando
Moved, ligeras auras,
Con lánguido gemido
Las susurrantes alas.

Venid en torno mio
A refrescar livianas
Con aromado aliento
Mis sienes abrasadas.

Venid, y aquí en la márgen
Que orlan marinas algas,
Turbad con vuestro arrullo
Mi soledad amarga.

Vuestro arrullo más suave
Que el canto de las hadas,
O el vibrador suspiro

De las eólias arpas;
Más tierno que en el lecho

Cuando amanece el alba,
El pensamiento vírgen
De hermosa enamorada.

Decidme, auras, si oísteis
En la noche callada,
Sollozos comprimidos,
Y lastimeras ansias;

Si oísteis en la aurora
La férvida plegaria

POESIAS

De vírgenes que entónces
 Del lecho se levantan;
 Si visteis en el día
 Sus lánguidas miradas
 Que buscan otros ojos,
 En cuya luz se inflaman. . . .
 Que tiene vuestro arrullo
 La pureza del alba,
 De la noche el misterio,
 Y del día las ansias;
 Y ese gemir suave
 Parece que retrata
 Amores y suspiros,
 Sollozos y plegarias.
 Decidme, auras, si visteis
 El rostro de mi amada,
 Y si en sus negros rizados
 Os columpiasteis mansas;
 Decid si acariciasteis
 Su tersa frente pálida,
 Y besasteis sus labios
 Que la púrpura esmalta.
 Así de Abril las flores
 Sus cálices entreabran,
 Meciendo sobre el tallo
 Sus hojas desplegadas.
 Así de vuestros besos
 Goce azucena casta,
 Y os dé blandos olores
 En premio á pasión tanta.—
 Si la hallareis por dicha
 Entre las flores varias,
 O entre juncias y yerbas
 La hallareis reclinada;
 Decidle á mi querida. . . .
 Mas no le digais nada;
 Llevadle mis suspiros
 Y con ellos el alma.

POESIAS

Llevadle mis canciones
 En vuestras tiernas alas,
 Y en coro repetidlas
 Si hallareis á mi amada.

CANCION

(Música del Maestro Sannelli.)

I

Oh! llega, bien mio,
 Fanal de esperanza,
 Que el mundo sombrío
 Alumbras por mí.
 Oh! llega, señora,
 Te aguardan mis brazos,
 El alma te adora,
 Y ahora
 Se nublan mis ojos
 Llorando por tí.

II

No tardes; mañana
 Al soplo del cierzo
 La rosa temprana
 Lamente su fin.
 Acaso sucumba,
 Que es débil la vida
 Y el trueno ya zumba;
 Su tumba
 Entónces perdida,
 La encuentres hundida
 En negro confín.

POESIAS

CORO

Oh! llega, señora,
El alma te adora
Que oprime el dolor.
La vida lozana
Marchita mañana
Semeje á la flor.

Julio 1841.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

ORIENTAL

EN esa reja brillad,
Ojos de amante paloma,
A esa ventana asomad;
Seréis el alba que asoma
Tras de tanta oscuridad.
Pura es tu frente serena
Como el cristal de la fuente;
Tu corazon, nazarena,
Más ardiente que la arena
De los desiertos de Oriente.
Cambiará por él, cristiana,
Las huris del paraiso,
La media-luna otomana,
Aunque me fuera preciso
Ceñirme el dogal mañana.
¿Qué valen los negros ojos
Que guardan turcos serrallos
Con candados y cerrojos,
Ante esos que, por mirallos,
Cayera el sultan de hinojos?

POESIAS

Bellas las de Arabia son,
Bellas las de Persia, sí;
Pero no hay un corazon
Que adore con la pasion
De las mujeres de aquí.

Bello es su talle gentil,
Bello tambien su cabello;
Pero es el tuyo mas bello,
Cuando en negros rizos mil,
Va plegándose en el cuello.

Perfumes encantadores
Son sus lábios de carmin;
Pero los tuyos son flores
Que exhalan blandos olores
De azahar y de jazmin.

De ese labio purpurino
Por aspirar el aroma,
Diera el reino granadino,
Mi aneho alfanje damasquino
Y el turbante de Mahoma.

Sál á esa reja, cristiana,
Joyel de moro turbante;
Sál, de las bellas sultana,
Que si fueras musulmana
Fuera el Profeta tu amante.—

La ventana resonando
Con lento estruendo se abrió;
Y en la reja,
Del moro la amante queja
Una mujer escuchando,
Apareció.

De blanco estaba vestida,
Blanca huri de aquel Edén;
Y su frente
Sombrea confusamente
La melena desparcida,
Y el albo cuello tambien.—

POESIAS

—Aparta! No mas, el moro,
 Vengas á turbar mi sueño;
 Que tengo un cristiano dueño
 Que me ama y á quien adoro.
 En Sevilla prisionero,
 Moro, le tienes guardado;
 Harto, moro, le he llorado,
 Que es mucho lo que le quiero.
 Y aunque moras de Sevilla
 Le regalen como amante,
 No he de ser yo la inconstante,
 Que soy hembra de Castilla.
 Véte, morisco doncel,
 Que puede acaso venir;
 Y entónces has de morir,
 Si no le matas á él.
 Véte, moro, á tu desierto,
 Y no encuentres al que adoro;
 Que más quiero, aunque le lloro,
 Llorarle ausente que muerto.—

—Cristiana, no le matara
 Por no darte pena á tí;
 No le hiriera
 Aunque á tus piés le encontrara,
 O entre sus brazos aquí
 Te meciera.
 Que estimo en mas tu contento
 Que mi menguada pasión;
 Más que el peso del tormento
 Que me oprime el corazon.
 Mas si le viera algun dia
 Llegar su labio á ese cuello
 De marfil;
 Si viera su mano impía
 Tocar tu negro cabello
 Tan sutil;

POESIAS

Diera muerte á tu querido:
 Le matara ¡por los cielos!
 Si de su beso al crugido
 Se despertasen mis celos.
 Mas no le matara, no;
 Perdiera, cristiana, yo
 Vida y alma:
 Entónces tú llorarías,
 Y en mi sepulero pondrias
 Una palma.
 Despues en el paraíso
 Tal vez fueras una hurí,
 Y amarme fuera preciso,
 Pues no me amastes aquí.—

Dáme, moro, á mi cristiano,
 Le respondió la doncella;
 Tu querella
 No me ablanda el corazon:
 Que es mi apuesto castellano
 Un amante que me adora,
 Y me llora
 En su espantosa prision.
 Dáme, moro, el prisionero;
 Es vano obligarme así:
 Soy fiel á mi caballero,
 Y no he de quererte á tí;
 Que es mucho lo que le quiero.—

Cerró la hermosa la reja,
 Y abrió el moro á su dolor
 La puerta de la amargura
 Cuando vió morir su sol.
 Sintió la nieve en su frente,
 La lava en su corazon,
 Y una lágrima encendida
 Por sus mejillas rodó.

A su alazan acercóse,
Y envuelto en el albornoz,
Sin aliento ni esperanza
Tristemente se partió.—
—Si mi tormento no alcanza,
¡Cristiana! tan bello Eden;
Si es eterno tu desden,
Aunque es loca mi esperanza,
Mi amor lo será también.—

Julio 1841.

SU ORACION

FANTASIA

I

PORQUÉ recuerda sin cesar la mente
Aparición de mágica memoria;
Mujer que humilla ante el Señor la frente,
Ángel que llora su perdida gloria;
Sífide envuelta en trasparente velo,
Que de la tierra entre el fragor y el lloro,
Armonías suavísimas del cielo
Me revela en su cántico sonoro?

Ángel, mujer ó sífide flotante,
En cánticos ó en lágrimas, contino
De mi trémulo paso va delante,
Celeste guía en terrenal camino.
Y esta vision de espléndidos colores,
Quizá ilusion que en mi memoria anida,
Siembra y esmalta de risueñas flores
La márgen del torrente de mi vida.

II

Ebúrneo Crucifijo, antiguo lienzo
De la Virgen y Madre sin mancilla,
Medio alumbra una lámpara amarilla
Con ténue oscilacion.
Del cortinaje bajo el albo pliegue,
Ella cerca del lecho está de hinojos;
Clava en la Virgen los serenos ojos
Y dirige á los cielos su oracion.

El éxtasis fulgura en su mirada
Y del labio entreabierto en la belleza:
Divino amor, angélica pureza
Sus formas todas revelando están.

Grave el recogimiento é invisible
La contempla: el compas con que respira,
La suavidad con que tal vez suspira,
Mudo el silencio escucha con afan.

Védla elevar á Dios el pensamiento
En medio de la noche solitaria,
Y en el fervor de mística plegaria
Derramar el ingénuo corazón.
Contemplad, al través del rostro hermoso,
Cuánto acrece del alma la hermosura
La fe, que dicta á terrenal criatura
Sincera devocion.

III

Ya el laúd su mano toca!
En él preludios evoca
De las arpas de Sion;
Y en su rostro macilento
Se refleja el movimiento
De la interna inspiracion.

POESIAS

Brota el himno en su garganta:
 El aura un eco levanta
 Batiendo el ala sutil;
 Pero á tan sacra armonía
 Ninguna otra voz sombría
 Se mezcla de tierra vil.

No llega á su absorto oído
 El escéptico gemido
 Del ignoto *qué será?*
 Porque hora su casto seno
 A todo acento terreno
 Sellado, cual tumba, está.

Y sus sagradas canciones,
 Y los armónicos sonos
 De su modesto laúd,
 Despiertan eco sonoro,
 Cual suele lejano coro
 En la nocturna quietud.

Acaso en dorado ensueño
 Mira el aspecto risueño
 De la alma divinidad;
 Ángeles que en torno vuelan,
 Espíritus que la velan
 Del mundo la realidad.

No de rosas virginales
 Ni de rizos en raudales
 Toca la nevada sien;
 La inocencia que la escuda,
 De todo ornato desnuda,
 La hace mas digna de Eden.

Como una mística idea
 La imaginacion recrea
 Y enaltece el corazon:

POESIAS

El mio la diviniza
 Y en su culto simboliza
 La dicha, la religion.

IV

Cual bálsamo espira
 Viola solitaria,
 Así tu plegaria
 El alma exhaló:
 La luna de Mayo
 Entonce su rayo
 Naciente, en desmayo
 Tras Ajusco hundió.

El aura se agita;
 Tus preces ya sube
 Al éter, en nube
 De ténue color:
 Las arpas pulsando
 Querubes, cantando,
 Las van elevando
 Al pié del Señor.

Y esparcen en torno
 Tan snaves olores,
 Que envidia á las flores
 De los campos dan;
 Y tales concetos,
 Tan dulces acentos,
 Que los elementos
 Absortos están.

V

Astro de mi oscura vida,
 Iman de mis ilusiones,
 Palma en la márgen crecida
 Del torrente de mi amor;

POESIAS

En tu oracion, como tu alma
Y cual mi cariño pura,
No olvides mi desventura,
Ruega por mí al Creador.

Que cuando un ángel entona
Sacros himnos, le oye el cielo,
Porque sus preces abona
La inocencia primordial:
Y ángeles cual tú, Dios ama,
Porque su frente sencilla,
Casi despojada brilla
De la mancha original.

Miéntras yo con la fiereza
De orgullo y duda marchito,
Frágil vaso de impureza,
No soy mas que un pecador.
Por eso, si tu plegaria
Elevas en noche oscura,
No olvides mi desventura
Y ruega por mí al Señor.

Recuerda el rudo combate
En que al fin mi fe se acendra;
Pero que en el alma engendra
Frutos de acerba inquietud.

Recuerda que á todo esquivo
Y á tu culto consagrado,
Viví tibio ó descuidado
Del culto de la virtud.

Y aun hoy, en horas de llanto,
Dado al arrepentimiento,
No el alma al cielo levanto,
Vuelvo los ojos á tí:
A tí, dulce intercesora,
Tanto en caridad ardiente,

POESIAS

Que pides para tu frente
El rayo que merecí.

¡Áncora de mi esperanza!
¿Qué fuera ya de mi vida,
De mi eternidad perdida
Por la duda y el error;
Si en el silencio nocturno
Tus místicas oraciones,
Tus sinceras oblacones
No alzaras por mí al Señor?

VI

Vision celeste con terrenas galas,
Ven tu oracion á dividir conmigo:
Ven, que las plumas de tus blancas alas
Me den á un tiempo direccion y abrigo.

Ven á calmar este febril ensueño
Que está rompiendo mi abrasada sien:
Ven á velar del moribundo el sueño,
Dulce ilusion de mis sentidos, ven!

Ven en las ondas del callado viento,
Del arpa en la encantada vibracion,
Para calmar mi loco pensamiento
Con la voz de tu mística oracion.

Ven; uniré á la tuya mi plegaria,
Puesto en la tierra cabe tí de hinojos:
Dios la oirá en la noche solitaria,
Y el triste llanto secará en mis ojos.

Vision celeste con terrenas galas,
Ven tu oracion á dividir conmigo:
Ven, que las plumas de tus blancas alas
Me den á un tiempo direccion y abrigo.

Julio 1841.

ESPERANZA PERDIDA

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

I
PRELUDIO

FLOR de balsámico aroma
Que alegraste con tus galas
De mi niñez el pensil:
Arrulladora paloma
Que abrias las tiernas alas
A los céfiros de Abril:
Perla de orientales mares
Que el hado impulsó perdida
A la playa de mi amor:
Musa de aquellos cantares,
Primicias de voz movida
De deseo y de temor

¿Qué se hicieron tus olores
Y aquel tu sentido arrullo,
Expresion de un dulce afán?
¿Dónde los claros albores
Que eran del golfo el orgullo?
Mis cánticos ¿dónde están?

La ventisca bramadora,
Trozando el tallo, de galas
Despojó la linda flor;
Y del ave arrulladora
Rompió las sonantes alas
Con que volaba á mi amor.

POESIAS

Corvos se alzaron los mares,
La perla hundiendo en el cieno
Con ronco espantable son;
Y el genio de mis cantares
Apagó al fragor del trueno
La luz de mi inspiracion!

Hoy recuerdo inmortal de aquellos días
Se alza del corazon en lo profundo,
De mis horas fatídicas, impías,
El lentísimo curso á iluminar.

Así, pendiente de arteson dorado,
Frente al altar de fúnebre capilla,
Escasa luz de lámpara amarilla
Suele las sombras trémula alumbrar.

Hoy, en la redondez del orbe aislado
Como arbusto en la arena del desierto,
Vivo á la pena y al deleite muerto,
No volverá mi labio á sonreír.

Aun si me doy á sueños de esperanza
Para engañar del alma la tristeza,
Viene el dolor mi lánguida cabeza
Con su brazo de bronce á sacudir.

Hoy la soberbia lira abandonada
En las amargas ramas de los sauces,
El curso de los rios en sus cauces
No detendrá con canto halagador:
Y la ambicion ardiente del poeta,
Sus delirios de fama y de ventura
Serán en su presente de amargura
Lo que un ayer sin lágrimas de amor.

Adios! sueños de paz y bienandanza:
Rosas fuisteis del huerto de la vida,
Que la brisa aduló de una esperanza
Ya para mí perdida!

POESIAS

II

ALEGORIA

La noche era densa, oscura,
Y con voz enronquecida
Bramaba la mar herida
Del soplo del vendaval:
Y pobre nave fluctuando
Entre combatidas olas,
Bogaba en el mar á solas,
Sin estrella ni fanal.

Las anclas de la esperanza,
Las velas de los deseos
Eran deshechos trofeos
Del huracan mugidor.
No via el bajel el norte,
Ni via playa arenosa;
Porque es la playa una hermosa,
Porque es el norte un amor.

Y hay bajeles en los mares
Que en las noches tempestosas
Buscan amores y hermosas,
Norte y playa sin hallar:
Cuando hay otros fortunados
Que, siguiendo rumbo incierto,
Hallan un amor y un puerto,
Norte y playa sin buscar.—

La noche era densa, oscura,
Y con voz enronquecida
Bramaba la mar herida
Del soplo del vendaval.
Bogaba el bajel perdido,
Cuando columbra á lo léjos

POESIAS

De blanca luz los reflejos
Que era una estrella ó fanal.

La orilla estaba cercana,
Que está el fanal en la orilla,
Y entónces con rauda quilla
El mar la nave cortó.
Y la luz iba creciendo,
Como crece la esperanza
Cuando ya cerca se alcanza
La dicha que se soñó.

La brújula ántes giraba
Como los vientos movable,
Y hora trémulo, apacible
Marcó la luz el iman:
Se estremeció como suele
Un corazon en la ausencia
Con la súbita presencia
Del objeto de su afan.—

Corre el bajel: ronco el viento
Preña su frágil entena,
Y toca la blanda arena
Donde le aguarda un amor:
Donde halla un puerto y un norte,
Y una calma que no altera
Del ponto que ruge afuera
El estruendoso rumor.

Mas súbito desatado,
El torbellino recrece,
Y azota bronco y remece
Las blancas olas del mar;
Que inmensas, como montañas,
Queriendo escalar el cielo,
Descubren el hondo suelo
Dó se vuelven á estrellar.

POESIAS

Y vuelven á levantarse
 Con resonante rugido,
 Como el atleta caído
 Del suelo en que resbaló;
 Y arrancan ¡ay! de la orilla
 La barca, cual leve pluma,
 Y blancos montes de espuma
 En torno la mar alzó.

¡Pobre bajel! ¿Dónde, dónde
 Hallará seguro un puerto,
 Y en medio del mar desierto
 Cuál su destino será?
 ¡Quién sabe! . . . Negra es la noche;
 La tormenta aterradora;
 El mar sin playas. . . ahora
 El frágil batel ¿qué hará?

Irá surcando los revueltos golfos
 Azotado del ronco torbellino,
 Y quedará ignorado su destino
 Del polo entre las nieblas:
 O si escollo de hielo en rudo empuje
 Al seno del abismo le derrumba,
 Caerán sobre él para cubrir su tumba
 Las ondas, las tinieblas.

III

MEMORIAS Y PROPOSITOS

Lanzado yo como él en otros mares
 Bajo el imperio de interior tormenta,
 No encontraré un refugio en mis pesares,
 Ni gozaré descanso en mi dolor.
 Sin nombre ó fama, en piélago sin playas,
 Vagaré como arista en torbellino,
 Hasta cumplir mi bárbaro destino
 De la vejez helada en el torpor.

POESIAS

Buscando del reposo la ribera,
 Con descarnado índice la muerte
 Acaso me señale la severa
 Puerta de la tremenda eternidad.
 Y me estremece este último océano
 Que no acaba jamas, que nunca pasa,
 De cuyo abismo la razon escasa
 Ni alcanza á concebir la inmensidad.

En mis sueños de niño y de poeta
 Me coroné de rayos de esperanza;
 Su resplandor siguió la mente inquieta,
 Y halló verdad lo que juzgó ilusion.
 Entónces tuvo el pensamiento un norte
 Y playa sin escollos ni maleza:
 Una mujer mi juvenil cabeza
 Estrechaba á su noble corazon.

Hermosa como estrella de la tarde,
 Pura como la brisa en la montaña,
 La viva luz que en mis sentidos arde
 Ella de una mirada despertó.

Todo mi sér se transformó: del éxtasis
 Que en mí produjo la vision divina,
 Solo volví cuando la vaga ondina
 A su nativo lago retornó.

Y yo ¡infeliz! ni á quien amar tenia.
 La patria. . . léjos! Sus recuerdos tristes
 Alimentan la ardiente fantasía
 El anhelo del alma sin colmar.

Los afectos de infancia. . . Ausencia y tiempo
 No del cariño los vestigios borran;
 Mas á poco que ausencia ó tiempo corran,
 Su primitivo ardor han de menguar.

La madre que mis sueños arrullaba
 Con cuentos de hadas y hechos de guerreros,

O religion, llorando, me enseñaba
 Como escudo á la dura adversidad,
 Léjos tambien está. . . . Mi labio trémulo
 Su mística oracion repite ahora ;
 Mas quién sabe si en tanto el hijo llora,
 La libra de dolor la eternidad!

Así ¡infeliz! ni á quien amar tenia.
 ¿Cómo no amar á un ángel inocente,
 El candor en la nieve de la frente,
 La sonrisa en el labio de coral?
 ¿Cómo, en medio al desierto monotono,
 Sin sombra de palmeras, ni aun abrojos,
 Y abrasado de sed, volver los ojos
 Indiferente al limpio manantial?

Amor llevóme á su mansion florida
 Al traves de una senda de pesares:
 Ella inspiró mis tímidos cantares
 Y acompañó mi cándida oracion ;
 Y en el deliquio de un celeste ensueño
 Miré su frente sobre mi inclinada,
 Realizando una dicha, que aun soñada,
 Vida multiplicaba al corazon.

Era dicha, en verdad! Como centella
 Pasó, mis ilusiones destruyendo,
 Y en pos dejando de su amada huella
 Perdurables recuerdos é inquietud.
 Hora en esfera altísima subida,
 Ni de su luz un rayo hasta mi llega:
 Todo favor la inspiracion me niega,
 Todo canto se extingue en mi laúd.

No cantaré. Cual cisne solitario,
 Reservaré mi voz para mi muerte:
 Y en tanto extenderán doble sudario
 El silencio, el olvido sobre mí.

No habrá ensueños de amor y poesía;
 Ni en mis delirios hallaré, como ántes,
 Hadas, ondinas, ángeles radiantes
 A cuyo blando arrullo me dormí.

Adios! paz, alegría, bienandanza,
 Sensitivas del huerto de la vida:
 La que os meció vivifica esperanza,
 Fué en ráfaga de muerte convertida.

IV

CONTRADICCION

Mas no: yo cantaré. Quizá mi verso
 Resignacion inspire á la amargura;
 A la prosperidad, del caso adverso
 Desconfianza, y virtud á la hermosura.

Acaso en la alta noche, cuando altiva
 Beldad, tras del festin, al albo cuello
 Esparza, temblorosa ó pensativa,
 Los negros rizos del gentil cabello:
 Cuando desate los sutiles lazos
 Y se despoje de soberbias galas,
 Para yacer del sueño entre los brazos
 Hada sin velos ó querub sin alas:

Cuando recuerde en agitado sueño
 El compas de la danza voluptuoso,
 O de un mancebo el pertinaz empeño,
 O de un galan el gesto desdeñoso:
 Cuando dispierte y la marchita frente
 Del seno incline al virginal contorno. . . .
 ¡Oh! si entonces mi cántiga doliente
 De su cámara régia suena en torno;

Yo sé que entonces las soberbias galas
 Desprecie, el rico adorno y suelto lazo:
 Yo sé que la ilusion rompa las alas
 Y abandone el deleite su regazo.

POESIAS

Que ante el aspecto del dolor profundo,
Las joyas, y las flores, y los rizos,
Harapos son que aprecia el vano mundo;
Pero á fuer de mundanos, son postizos.

Yo cantaré. Tristezas y dolores
Eco tendrán en mi enlutada lira.

Del himno y ditirambo los furores
Mios no son: mi voz solo suspira.

De lúgubre elegía el tierno canto,
La expresion de un afan que se reprime
Dirigire, y el lastimero llanto,
A quien á solas ó en silencio gime.

¿Qué importa ajeno llanto á quien no llora
Ni juzga que otro de dolor se muera?
Lo que al ciego la lumbre de la aurora:
No la comprende aunque en la faz le hiera.

Yo cantaré. Quién sabe si mañana
Ruja de aplauso popular la ola,
Y la gloria, del mundo soberana,
Ciña mi sien de espléndida auróla.

Quién sabe si en el libro misterioso
Una página habrá, que acaso un dia
Realice un noble porvenir glorioso,
Rebosante de amor y poesía!

V

ELEGARIA

Ven ¡Religion! sublimes tus acentos
En mi cítara humilde á modular:
Vuelve ¡amor! tus placeres y tormentos
En mi espíritu exhausto á renovar.

Consuelo de mis horas de tristura,
¡Oh lira! tú mis ansias calmarás;
Mis cántigas de amor y de ternura
Con armónicos ecos sostendrás.

POESIAS

Así quietos podrémos de la impía
Vida el discurso contemplar veloz:
Tú prestando á mis lábios armonía,
Yo á tus débiles cuerdas dando voz.

No abandoneis mi solitario lecho,
¡Oh amor! oh poesía! oh Religion!
Sembrad en el vacío de mi pecho
Esperanza, valor, resignacion.

Ven ¡Religion! sublimes tus acentos
En mi cítara humilde á modular:
Vuelve ¡amor! tus placeres y tormentos
En mi espíritu exhausto á renovar!

Noviembre 1841.

AUSENCIA

(Letra para música)

CUÁNDO, Elvira,
La inclemencia
De la ausencia

Cesará?

¿Cuándo el astro
De tus ojos
Mis enojos
Calmará?

Solitario
Paso el día,
Y la umbría
Noche, mas.
Con doliente
Voz te llamo:

POESIAS

Que ante el aspecto del dolor profundo,
Las joyas, y las flores, y los rizos,
Harapos son que aprecia el vano mundo;
Pero á fuer de mundanos, son postizos.

Yo cantaré. Tristezas y dolores
Eco tendrán en mi enlutada lira.

Del himno y ditirambo los furores
Mios no son: mi voz solo suspira.

De lúgubre elegía el tierno canto,
La expresion de un afan que se reprime
Dirigire, y el lastimero llanto,
A quien á solas ó en silencio gime.

¿Qué importa ajeno llanto á quien no llora
Ni juzga que otro de dolor se muera?
Lo que al ciego la lumbre de la aurora:
No la comprende aunque en la faz le hiera.

Yo cantaré. Quién sabe si mañana
Ruja de aplauso popular la ola,
Y la gloria, del mundo soberana,
Ciña mi sien de espléndida auróla.

Quién sabe si en el libro misterioso
Una página habrá, que acaso un dia
Realice un noble porvenir glorioso,
Rebosante de amor y poesía!

V

ELEGARIA

Ven ¡Religion! sublimes tus acentos
En mi cítara humilde á modular:
Vuelve ¡amor! tus placeres y tormentos
En mi espíritu exhausto á renovar.

Consuelo de mis horas de tristura,
¡Oh lira! tú mis ansias calmarás;
Mis cántigas de amor y de ternura
Con armónicos ecos sostendrás.

POESIAS

Así quietos podrémos de la impía
Vida el discurso contemplar veloz:
Tú prestando á mis lábios armonía,
Yo á tus débiles cuerdas dando voz.

No abandoneis mi solitario lecho,
¡Oh amor! oh poesía! oh Religion!
Sembrad en el vacío de mi pecho
Esperanza, valor, resignacion.

Ven ¡Religion! sublimes tus acentos
En mi cítara humilde á modular:
Vuelve ¡amor! tus placeres y tormentos
En mi espíritu exhausto á renovar!

Noviembre 1841.

AUSENCIA

(Letra para música)

CUÁNDO, Elvira,
La inclemencia
De la ausencia

Cesará?

¿Cuándo el astro
De tus ojos
Mis enojos
Calmará?

Solitario
Paso el día,
Y la umbría
Noche, mas.
Con doliente
Voz te llamo:

POESIAS

¿Dónde, clamo,
Dónde estás?

Si el insomnio
Me aniquila,
Mi pupila
Te ve allí.

Si al cansancio
Cuerpo enfermo
Rindo, y duermo,
Sueño en tí.

Mas en horas
De tristeza,
Mi cabeza
Al inclinar;
Me pregunto
Si el olvido
Me ha podido
Sepultar.

Pena horrible,
Duda amarga,
Aletarga
Mi razon.

Llanto ardiente
Mi faz roza,
Se destroza
El corazon.

¿Así paga
Mi cariño,
La que niño
Amaba yo?

¿Así olvida
Que en su infancia,
Fe, constancia
Me juró?

POESIAS

Mas cual lluvia
Mar sonoro,
Calma el lloro
Mi inquietud;
Y tu imágen
Que aparece,
Fortalece
Mi virtud.

De tu labio
La sonrisa,
Dulce brisa
A mi dolor,
Reproduce
Al pensamiento
Juramento
Fiel de amor.

¿Oh mi amada!
Vendrá un dia
De alegría,
De placer,
En que acabe
Gozo largo
Nuestro amargo
Padeecer.

Tal creencia
La alma cunde...
Oh! la infunde
Dios en mí!
Él sostiene
Mi confianza;
Mi esperanza
Vive en tí.

Dulce Elvira,
De mi pena

POESIAS

La cadena
Arrastraré,
Vinculando
Mi consuelo
En el cielo
Y en tu fe.

1850.

ERA UN SUEÑO

ERA un sueño no mas! Pasó cual suele
Súbito lampo de fugaz estrella,
Dejando en la memoria viva huella,
Vacío en el incauto corazón.

Era un sueño no mas... pero tan bello!
Era soñar el goce en la tortura,
La luz y el aire en la mazmorra oscura,
La dulce vida en lúgubre panteon.

Cuántas dichas fingió! De cuántos lauros
Adornaba la escena de la vida;
Verde llanura que á mis piés tendida
Cubria en flores sima de dolor!
Con cuánta ansia miraban mis anhelos,
Hendiendo mares y salvando espacios,
Doquier alzarse espléndidos palacios
De ensueño y de ilusion frágil labor!

Do al acoger mi frente enardecida
En su muelle regazo la esperanza,
Brindábame un raudal de bienandanza
De su labio en el puro sonreir.—

POESIAS

—“Goza sin fin! Tu juventud florida
“Levante, dijo, al porvenir altares:
“Tu ayer oscurecieron los pesares;
“Ilumine el placer tu porvenir.

“Deja el tiempo mas fúnebres reliquias
“En la alma que al pasado se encadena:
“Para otras son espumas que en la arena
“Suelta el onda salobre al reventar.
“Nuevas olas que rompen, las arrastran
“Espumas nuevas á la vez dejando:
“Del mar de ayer vestigios disipando
“Va el porvenir con huellas de otro mar.

“De lo pasado el mísero esqueleto
“La vorágine de hoy rauda sepulta:
“Inútil mármol su ceniza oculta;
“No á él conviertas la llorosa faz.
“Vuévela hácia las ansias del futuro:
“El yermo de tu vida amor fecunde;
“Y tu esperanza el porvenir secunde
“Con renovado goce y blanda paz!”—

¡Cuán loco la escuché! Brindóme entónces
En copa de oro su letal beleño:
No resistí al prestigio de un ensueño;
No pude, no, su encanto repeler,
Y esclavo me rendí: que en mis oídos
Resonaba el cantar de la sirena,
Cual de amador la súplica resuena
En corazón amante de mujer.

La vida entónces descubrió á mis ojos
Várido en placer su inmenso panorama:
De un sol, vírgen aún, la pura llama
De mis ensueños alumbró el Eden.
Allí dormía en lecho de azucenas,
Como ilusion que duerme en la memoria,

POESIAS

Indescribible aparicion de gloria,
 Recuerdo vago del supremo bien.

En torno á ella, como aureola de iris,
 Desplegaban sus mágicos colores
 Creencias y recuerdos vividores
 De religion, de amor y de placer.

Bella, como la última esperanza,
 Se evaporaba en el ambiente vano;
 Pero tocóla el hielo de mi mano,
 Y revivió en la forma de mujer.

La ví, la amé. Su acento respondía
 Unísono á mi voz: mi mano asíóla,
 Y el resplandor de su celeste aureola
 Cercóme de perfume y claridad.
 Imaginé un Eden divinizado
 De un arcángel de amor por la presencia,
 Oculto en un rincon de la existencia,
 Perdido en la remota soledad.

—“Bello es vivir! Vivir, paloma mia,
 “Bebiendo amor y vida en tu mirada:
 “Vivir creyendo, y esperando un dia
 “Ver un mundo mejor de éste detras.”—

Eterno asilo á su pasion de un hora,
 Creí alzarle en la tierra un paraíso:
 Amor y Eden huyeron de improviso;
 Ella existió. . . . Fue un sueño lo demas!

Presente el alma la mira
 Y en ansias nuevas se inflama.
 Severa razon se aíra;
 Mas el pecho la suspira,
 Trémulo el labio la llama.

POESIAS

Me trae el aura su acento;
 Su nombre murmura el rio;
 Exhala el nardo su aliento;
 Copia su llanto el rocío,
 Y la aurora su contento.

Y en crueles agonías
 Luchando por olvidarla,
 Paso con lágrimas mias
 En recordarla los dias
 Y las noches en soñarla.

Ni desiste mi querella
 (Aunque sueño fué no mas)
 De seguir su aérea huella.
 Mi brazo aspira á una estrella
 Y no la alcanza jamas.

Amar las dulces memorias
 De venturas transitorias
 Que nunca revivirán:
 Llorar efimeras glorias
 Dias y noches de afan:

Tras un presente mezquino
 De esperanza y paz desierto,
 Mirar un mañana muerto
 E inexorable el destino
 Cerrando á mi nave el puerto. . . .

¡Oh! mejor á escollo ingente
 Que del mar burle el embate,
 Ser llevado en la corriente
 Y perecer sin combate
 En su coral reluciente!

¿Adónde volver los ojos,
 Mi ensueño al huir veloz,
 Si hay, do hubo flores, abrojos,
 Y cielo y tierra despojados
 Son ya de invierno precoz?

POESIAS

Árido el monte y el llano;
Témpano en árbol y arbusto;
Soberbio el raudal lejano;
Entumecido el oceáno;
Sol opaco y cielo adusto.

Así en la vejez del alma
La esperanza extingue el lampo;
Sécase de amor la palma,
Y se agosta en yerta calma
De las creencias el campo.

Duda y sueño no mas! En pos corriendo
De algo que en la existencia humana falta,
Escéptico pensar la mente asalta
Y desmaya la fe del corazón.
¿Colmará el gran vacío esa esperanza
Leve, que aire disipa ó luz altera?
Quedábame en el mundo la postrera:
Se evaporó del sueño en la región.

Abrázome á la estéril duda: el alma
Arrastra en ceno su divina esencia:
Los áspides del tedio é indiferencia
Devoran ya mi juvenil edad.

Mas no sigo ilusiones engañosas
Que cuando mas el corazón las ama,
De un soplo las destroza y desparrama
Con sarcasmo feroz la realidad.

¡Sueños doquier! ¿Qué es dar floridos años
A la ilusión, al ansia, á un loco anhelo?
Soñar en un infierno con un cielo,
Y despertar... ¿cuán léjos del Eden!
Sacrilego pensar! Cuando sucumba,
Qué hará la triste humanidad, si acaso
La esperanza que puso tras la tumba
Fuere sueño también?

LAURA EN EL TEMPLO

SOMBRIO el templo está: del alba luchan
Los rayos con la lámpara espirante
Que alumbrá el grave altar;
Y entre el silencio lúgubre se escuchan
Los pasos de un anciano vacilante
Que madruga á rezar.

Poco á poco la luz por las ojivas
Ventanas entra; cae, y resplandece
Del templo en la extension:
Repléganse las sombras fugitivas;
La bóveda profunda se estremece
Del bronce sacro al son.

Huye azorado el pájaro nocturno,
Por la luz y el estruendo sorprendido
Donde sacia su sed;
Mientras otro volátil, taciturno,
De la gran puerta al áspero ruido,
Salta por la pared.

Ya con solemne lentitud arrastra
Un sacerdote el fúnebre ropaje
Por la nave al cruzar;
Ya de hinojos al pié de una pilastra
Mírase, envuelto en desgarrado traje,
A un mendigo temblar;

POESIAS

O cabe los magníficos altares,
Do los cirios derraman rayos rojos
Unos de otros en pos,
Lloran algunos tristes sus pesares,
Fijos en una cruz los tristes ojos,
Y el pensamiento en Dios.

¡Silencio! Solamente le interrumpe
La fervida oracion, ó el reprimido
Suspiro de dolor
En que marchito el corazon prorumpe;
Mas en lejanos ecos extinguido,
Pronto muere el rumor.

Aun no resuena el órgano, poblando
Las bóvedas de mística armonía,
Ni el canto matinal:
Está el templo severo aun despertando:
Aun lucha en él contra el rumor del dia
La calma sepulcral.

¡Dulce contemplacion! tú que agradas
En el silencio de los bosques verdes,
En el aire tambien;
Tú, que en los mares de la vida nadas,
Y en los abismos del no-ser te pierdes;
Toca mi yerta sien!

A la calma sublime de los templos
El infortunio, el bienestar se acogen,
Y el vicio y la virtud.
¡De alta resignacion cuántos ejemplos!
¡Cuántos consuelos y esperanzas cogen...!
¡Salud, templo, salud!

¡Salud! pero la voz en mi garganta,
Como en los vientos rápidos, espira,
E inmóvil siento el pié:

POESIAS

Seductora ilusion el alma encanta;
Y el amor terrenal con que delira,
Emponzoña mi fe.

Miradla allí, cubriendo con su velo
El sentimiento que á su rostro asoma
De religion, de amor.
¡Con cuánta devocion, con cuánto anhelo
Mirando están sus ojos de paloma
La cruz del Redentor!

¡Cuándo de amor y de tormentos harto,
Oh Laura, desde tí á las eternas
Delicias volaré?
Mas el profano pensamiento aparte
De tu pura beldad, y en los umbrales
Del templo esperaré.

Si en el silencio de su seno angusto
Tan puro afecto y tan mortal delirio
Recobran mas vigor;
Quizás al contemplar tanto martirio,
Levante Dios al abatido arbusto
Del polvo del dolor.

Quien arrojó en la tierra la pobreza,
Y por amor, del Gólgota en la cumbre,
Espiró en una cruz;
No negará consuelo á mi tristeza;
Ni piedad, á tu humilde mansedumbre;
Ni á nuestros ojos luz.

De este severo templo, de esta hora
De honda meditacion, quedame impreso
Un recuerdo inmortal;

POESIAS

Como tu imagen, Laura, eterno mora
En este ardiente corazon, opreso
Bajo un secreto mal.

Recuerdo encantador, blanco celaje
Que formas de mi Laura el puro velo,
Te ama mi corazon como el salvaje
Sus cascadas, sus montes y su cielo:

Como ama sus desiertos el beduino,
Su libertad la tímida gacela:
Como ama al naufragar, rudo el marino,
La blanda orilla de su amante vela.

Te amo, y te guarda ansiosa la memoria
Cual talisman de amor y de ventura;
Cual página dorada de mi historia
Que no escribió, cual otras, la amargura.

Ya surque del dolor el mar salobre;
Ya corte del placer rápida el onda;
Ya su fulgor mi porvenir recobre;
Ya mi espirante sol la noche esconda;

Jamas sobre tu dulce remembranza
Descogerá sus nieblas el olvido,
Pura ilusion de amor y de esperanza
A cuya sombra me quedé dormido.

1842.

VEHEMENCIA

A ROSA

CUÁN dulcísima suena en mis oídos
La música de su habla encantadora!
¡Cuál su régia mirada me enamora
En su luz conflagrando mis sentidos!

Si me encadena ausencia entre gemidos,
Enciende su memoria encantadora
Deseos que del pecho á toda hora
Rompen el valladar, mal reprimidos.

Pero templan al verla sus ardores;
Hiela el respeto mi atrevida mano,
Y ante ella caigo trémulo de hinojos.

Y es que ostentan sus ojos vencedores
De virtud el destello soberano:
La luz más bella de unos bellos ojos.

1842.

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL AVE SOLA

SOBRE las ondas de la mar lejana
Trémulo flota el sol en Occidente:
Surreando errante el vespertino ambiente
Una ave sola vá.
Del aura á la corriente se abandona;
Tardo es su vuelo y negro su plumaje;
Ronco dilata su graznar salvaje,
Y sigúe mas allá.

Por el árida cresta del peñasco
Discurre indiferente su mirada,
Por el blanco raudal de la cascada,
Por el llano tambien.
¡Aridez, soledad! . . . pero allá, léjos,
Del sol que muere á la postrera llama,
Una selva, ó un árbol, ó una rama
Al fin sus ojos ven!

Ya la esperanza entre la niebla fría
Lánguida exhala su postrer vislumbre;
Errante, del crepúsculo á la lumbre,
Vago con un pesar.
¡Y qué! ¡á la noche de la edad sombría,
Solo y cansado llegará quien te ama,
Sin hallar en tus brazos esa rama,
Laura, do reposar?

Mayo 1843.

LA LÁGRIMA PERDIDA

SOLITARIA pasó ante mi pupila;
Solitaria en mi párpado vacila,
Y sola rodará.
Las demas, como plomo derretido
Cayeron en mi pecho, carcomido
Por los pesares ya.

Cual la trémula gota de rocío
Cae del árbol, la recibe el río,
Y la devora el mar;
Así mi ardiente lágrima olvidada
Irá á morir al golfo de la nada,
¡Oh Elvira! á mi pesar.

¡Ultima vibracion del arpa rota!
¡Ultimo brillo de la luz que azota
El yerto Septentrion!
¡Unica muestra de un dolor sublime!
¡Unica voz con que en silencio gime
Marchito el corazon!

¡Ay! esta sola lágrima destruye
Toda mi juventud: con ella huye
Mi esperanza, mi paz:
Quema do pasa, y mi dolor no cede
¡Será tal vez la última que rueda
Por mi pálida faz?

POESIAS

Esta lágrima cruel, dentro del seno
Con mi sangre formada, y el veneno
De un secreto pesar;
Esta lágrima inútil que aniquila
El pobre corazón de que destila
Tras largo suspirar;

Esta furtiva lágrima de fuego
Que agosta, devastando mi sosiego,
El verdor de mi fé:
Ignorada, sin gloria, sin potencia,
Caerá en la invencible indiferencia
De la beldad que amé!

Agosto 1813.

LAS PALMAS

AL sofocante sol de medio día
Bajo un cielo de azul, de ópalo y rosa,
Se dilata en el África arenosa
Un desierto sin término, sin fin.

No respira el ambiente; mas la arena
Al sol vibrando en trémula vislumbre,
Parece turbio mar de roja lumbre
Que se agita en silencio y sin confin.

En calma todo está. No se oye el ruido
Del árabe corcel cuando galopa;
Ni del beduino la flotante ropa
Vése á lo léjos blanca aparecer.

No mueve en pos de tímida gacela
Sus plantas el chacal; y cuando escasa
Una ráfaga de aire brota, pasa
Sin árboles ni ramas que mover.

Solo una palma —vírgen del desierto—
Ostenta en él su pompa y lozanía;
Su tronco, su ramaje envidiaria
La ciudad de las palmas, Jericó:
Crece mas léjos —árabe sin tribu—
Velando á su hembra, colosal palmero;
Cual vela el peregrino al compañero
Que dormido en la arena se quedó.

POESIAS

¡Se aman! Gallardo el amador sacude
La hojosa cabellera, y fecundante
Gérmen arroja á la palmera amante,
Que abre al deleite el seno con amor.
Tiembla el ambiente de ansia y de deseo
Entre una y otra palma cariñosa,
Cuando siente en su esencia vaporosa
Discurrir ese polvo creador. . . .

¡Será que nunca pueda ¡vida mia!
Enviarte el alma en lánguido suspiro,
O el puro ardor en que abrasar me miro
Deponer á los piés de tu beldad?
Quiso natura que distantes palmas
En vínculo de amor dulce se uniesen;
Mas que abismos sin fin nos dividiesen
Quiso, oh Laura, también la sociedad.

Diciembre 1843.

SONETO

PARA UN AMANTE QUE ENVIABA SU RETRATO

ESA es mi copia. Fijo, inalterable
Como ella, mi cariño hasta la muerte
Se nutrirá esperando que tu suerte
Una el cielo á la mia inexorable.

Fuera el apartamiento soportable
Si en imágen lograra poseerte;
Mas el fiero suplicio de no verte
Será crisol para mi fe inmutable.

Consérvame la tuya; y cuando vea,
Del tiempo ó la calumnia combatida,
Tu alma extinguirse la amorosa tea,

No me lo digas, no: restituida
Esta entónces inútil prenda, sea
Señal de tu mudanza y mi partida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

POESIAS

¡Se aman! Gallardo el amador sacude
La hojosa cabellera, y fecundante
Gérmen arroja á la palmera amante,
Que abre al deleite el seno con amor.
Tiembla el ambiente de ansia y de deseo
Entre una y otra palma cariñosa,
Cuando siente en su esencia vaporosa
Discurrir ese polvo creador. . . .

¡Será que nunca pueda ¡vida mia!
Enviarte el alma en lánguido suspiro,
O el puro ardor en que abrasar me miro
Deponer á los piés de tu beldad?
Quiso natura que distantes palmas
En vínculo de amor dulce se uniesen;
Mas que abismos sin fin nos dividiesen
Quiso, oh Laura, también la sociedad.

Diciembre 1843.

SONETO

PARA UN AMANTE QUE ENVIABA SU RETRATO

ESA es mi copia. Fijo, inalterable
Como ella, mi cariño hasta la muerte
Se nutrirá esperando que tu suerte
Una el cielo á la mia inexorable.

Fuera el apartamiento soportable
Si en imagen lograra poseerte;
Mas el fiero suplicio de no verte
Será crisol para mi fe inmutable.

Consérvame la tuya; y cuando vea,
Del tiempo ó la calumnia combatida,
Tu alma extinguirse la amorosa tea,

No me lo digas, no: restituida
Esta entónces inútil prenda, sea
Señal de tu mudanza y mi partida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL SELAM¹

A noche está fresca y grata.
Desde el Oriente la luna
Derrama su luz de plata
Sobre una ciudad moruna
Que en el Genil se retrata.
Ciñela en torno la Vega,
Franja de oriental jardín;
Por dentro el Darro la riega,
Y á la sombra se despliega
De la Alhambra y Albaicín.
Mosaico vario es Granada,
De cúpulas y alminares
Arabescos decorada;
Cornelina codiciada
De Faradís y Alhamares.
Frente al áspera Castilla,
Bajo un cielo siempre azul,
Sultana entre esclavas brilla
Cual del Bósforo en la orilla
El tulipan de Stambul.
Tiene fuentes y jardines:
Músicas y trovadores
Para zambras y festines;
Para toros lidiadores
Y torneos, paladines:

POESIAS

Tiene andaluces corceles
Para la guerra salvajes,
Mansos en paz, siempre fieles;
Bien lo saben los Gomeles,
Mejor los Abencerrajes:
Y tiene galantes moros
Que aman con sumiso ardor;
Y por tesoro mayor,
Tiene entre sus mil tesoros
Moras firmes en amor.

Gallardas y esbeltas son,
Y blancas como alabastro;
De fuego es su corazón;
Con celos mira el rey astro
De sus ojos la expresion.

Granada! rico diamante
Desprendido del turbante
De descuidado Califa,
Sobre pérsica alcatifa
Relumbrando rutilante;

Bien presumen tus Zegríes
Que brotaste entre alelíes
De las hadas al aliento,
O al risueño pensamiento
De prometidas huríes.

Reina la noche serena,
Y entre las brisas de olores
Que corren la Vega amena
Y susurran en las flores,
Se oye amante cantilena,
Que en una calle torcida,
Bajo la verde persiana,
De amor habla adolorida
A la atenta musulmana,
Una voz entristecida.

POESIAS

Ismaél Aldoradin
Es quien canta ó se lamenta:
Él del portugués confin
En correría sangrienta
Arrancó pingüe botín.

Hartas veces á Zulima
Su amor dijo en un *Selam*;
Y aunque la mora le estima,
Jamás á hablarle se anima,
Porque la cela un Iman.
Doliman de grana y oro,
Pantuflos de marroquí
Tenía el gallardo moro,
Que al són de laúd sonoro
Cantaba á su mora así.

"Ay! que al acaso navega,
Sin estrella que la alumbre,
Aquella alma
Que al golfo de amor se entrega,
Y trueca en incertidumbre
Dulce calma.

Ay! mora, que tus colores
En vano humilde vestí
Noche y día,
Y en ramilletes de flores
El amor te descubrí
En que ardía.

En vano á sombra del muro
De tu alcázar arabesco
Te aguardaba,
O de la noche en lo oscuro,
De tus verjeles al fresco,
Te miraba.

POESIAS

Dicen que el ojo no duerme
De los celos que te guardan
¡Por ventura
A pensar debo atreverme
Que ellos tan solo retardan
Mi ventura?

¡Quién levantara esos velos
Como la niebla sutiles
Que te encubren,
Y el resplandor de los cielos
Y el primor de los abriles
Ciegos cubren!

¡Quién te viera en el verano,
De tu persiana al traves,
Descuidada;
Desnudo el talle galano
Y los delicados piés,
Reclinada

En el agua sin espuma
Del baño, rico en aromas
Y en halagos,
Como desprendida pluma
De albos cisnes ó palomas
En los lagos!

¡Quién el tu dormir velando,
De tu seno mal cubierto
En el latido,
Ir pudiera descifrando
De algun misterio encubierto
El sentido;

Y en la rápida sonrisa
Que de tus lábios la rosa
Conmoviera,

POESIAS

Como al tulipan la brisa
 Agita en la venturosa
 Primavera,

Delirante adivinase
 El placer con que á su ruego
 Te ablandaras,
 Y tus manos estrechase,
 Y á sus ósculos de fuego
 Despertaras! . . .

Los Califas del Oriente
 El bulbul de sus serrallos
 Te dirian,
 Áurea corona en tu frente,
 Y á tus piés, siervos, vasallos
 Te pondrian.

Los indianos abanicos
 Y las perlas que Basora
 Dá y admira;
 Los preciados chales ricos,
 Y las sedas que atesora
 Cachemira,

Te dieran y persa alfombra,
 Cortinajes damasquines
 Sin medida,
 Y anduvieras á la sombra,
 En dorados palanquines
 Conducida.

Yo, aunque moro granadino,
 Diérate inmensos tesoros
 Y fe inmensa,
 Y un alfanje damasquino
 Terror de los mismos moros,
 Por defensor

POESIAS

Diérate esclavos cristianos
 Y doncellas nazarenas,
 Que mi acero
 Ganara á los castellanos;
 Fuera esclavo en tus cadenas
 Yo, el primero!

Mas al acaso navega,
 Sin estrella que la alumbre,
 Aquella alma
 Que al golfo del mar se entrega,
 Y trueca en incertidumbre
 Dulce calma!—

Calló el moro, y la cabeza
 Inclinó en el pecho amante
 Consumido de tristeza,
 Cuando se abrió con presteza
 La ventana resonante.
 Flotó la suelta cortina
 Por fuera de la persiana,
 Y apareció en la ventana
 La dulce faz peregrina
 De la linda musulmana.
 Su tocado parecia
 Nube en torno del sol bello;
 El velo apenas se via,
 Y profusa pedrería
 Relumbraba en su cabello.
 El moro la vista alzó,
 Levantando su esperanza;
 La mora el brazo sacó,
 Y el *Selam* que le mostró
 La mano del moro alcanza:

POESIAS

Y á los rayos azulados
De la luna, vió Ismaél,
Premio á sus tiernos cuidados,
Mirto albo y rojo clavel
Con madreSelva enlazados.

Amor fuerte y firme amor
El mirto y clavel indican;
Y por cadena mayor,
Con la madreSelva explican
Su mútuo y pagado ardor.
Cuando á la mora hechicera
Volvia el rostro el galan,
Vió la adusta faz severa,
Y la luenga barba fiera
Y el turbante del Iman,
Quien no viendo la liviana
Sombra de un hombre que huía,
Juzgó sospecha villana
La suya, y con calma fría
Cerró él mismo la persiana.—

Esas tarcas precauciones
¡Fiel ministro de Mahoma!
Irritan nuestras pasiones,
Que hallan en flores, idioma,
Y en ventanas, ocasiones.

Diciembre 1843.

CANCION

QUIETO está el mar en la orilla,
En la mar una barquilla
Y en la barea un pescador:
Reina el silencio doquiera,
Y en la esfera,
Por entre la rota nube,
En giro solemne sube
El astro consolador.

Alzado tiene el rastrillo
Gótico, negro castillo
A cuyo pié tiembla el mar;
En lo alto del muro vela
Centinela
Que con la adarga se escuda,
Y el ojo, al mirarle, duda
Si es vigia ó es pilar.

¡Ay de quien esclava gime,
Y al tirano que la oprime
Maldice en su corazon!
¡Ay de la pobre cautiva
Que en la ojiva
Ventana de la alta torre,
Con tristes ojos recorre
De aquella mar la extension!

Está el océano en calma;
Mas la tempestad en su alma

003394

POESIAS

Brama con eco feroz:
La fiebre enciende su frente;
En son doliente
Invoca la yerta parca . . .
Cuando oye en la frágil barca
Una conocida voz.

Alumbra, estrella mía;
Sonríe á quien te adora,
Antes que al nuevo día
El alba precursora
Trace la senda por el onda fría.

Ven á mi humilde barca,
Que con las auras suaves
Más por el mar abarca
Que las soberbias naves.
De las marinas aves
La libertad gozando,
Irémos saboreando
Delicias mil á solas,
Y de las blancas olas
El movimiento blando.

Verás cuál los reflejos
Del sol de tu hermosa,
Reproduce á lo léjos
En cada onda pura
La undívaga llanura:
Verás cuál los admira
Y cómo en torno gira
Delfin enamorado,
Mientras á tus piés postrado
Tu pescador suspira.

POESIAS

Sirena de estos mares,
Desciende á mis halagos;
Desciende á mis cantares,
Ondina de esos lagos:
Traigan los aires vagos
Tu acento á mis oídos;
Y arrástrennos perdidos
En éxtasis de amores,
Los vientos rugidores,
Los mares conmovidos.

Alumbra, estrella mía;
Sonríe á quien te adora,
Antes que al nuevo día
El alba precursora
Trace la senda por el onda fría.

Calló. En la ventana oscura
Aparece una figura
Velada en cándido tul;
Y por la estrecha cornisa
Y la lisa
Muralla, cuelga una escala,
Por donde lenta resbala
Hasta el quieto mar azul.

¡Traicion!—Con acento insano
Al soberbio castellano
Se oye en el muro gritar:
La voz á su rabia falta;
Armado salta
Al batel que la provoca;
Y apenas su borde toca,
Cae sin vida en la mar.

POESIAS

El esquite huye ligero,
Y en él canta el marinero
Con voz de triunfo á su amor:
¿Qué sirven celosos ojos
Ni cerrojos,
Si está, del mar á la orilla,
En espera una barquilla
Y en acecho un pescador?

LA CAMPANA DE LAS DOCE ³

¿CUÁL lúgubre clamor rasga la nube?
¿Qué voz rompe el silencio pavoroso?
¿Despierta el orbe del letal reposo
Al son de la trompeta del querube?
¿Es la voz del Excelso que retruena
Desprendida del alto firmamento,
O el zumbido fatídico del viento
Que en las etéreas bóvedas resuena?

No: es el fúnebre son de una campana
Que recuerda á los hombres obcecados
La existencia de seres olvidados
Que, tal vez, no supieron comprender.—
Grave clamor que á meditar convida:
El corazón de los que sufren tóca;
Y del claustro las vírgenes convoca
A rezar, á gemir, á padecer.

POESIAS

En tanto que en el mundo, interesante
Por la dicha fugaz que le engalana,
Adormécese altiva cortesana
Al rumor de los brindis del festin;
Aquí sobre el mármoleo pavimento,
En medio de la noche tenebrosa,
Columbra del Señor trémula esposa
De oscura tumba el lóbrego confin.

Allí todo es bullicio, aquí silencio:
Todo risas allí, cuando aquí lloran;
Cuando aspirando á un Dios, acaso adoran
Todavía la imágen de un mortal:

Cuando quizá del pecho en lo mas hondo
Arde de amor no bien extinta llama;
Cuando aun la sangre juvenil inflama
El gérmen de un afecto mundanal.

Hallar su patria en miserable celda;
Ver en estrecho claustro el orbe entero:
Hé aquí la suerte de este sér, que fiero
Sino contrario condenó á sufrir.

En medio de ilusiones fugitivas
Que á la verdad aumentan los rigores,
Consuelo á su presente de dolores
No le ofrece en la tierra el porvenir.

Allá, en el fondo de enlutado coro,
Sobre la dura piedra arrodillada,
Una mujer ya próxima á la nada
Contempla indiferente un ataúd.

Retrátase la calma en su semblante
Como en el rostro pálido de un muerto;
Porque su corazón tranquilo, yerto,
No anima ya ferviente juventud.

Mas allá, en oración tierna, sublime,
Una vírgen humíllase de hinojos:

POESIAS

El llanto inunda sus modestos ojos,
Su pecho oprime el peso del dolor.
Víctima expiatoria que la tierra
Con egoísmo atroz consagra al cielo,
¡Encubres, dí, bajo el sagrado velo
Un corazón que palpité de amor?

Díme, virgen, cuando lloras,
Y en fervido ruego imploras
De Dios el augusto nombre,
¡Solo su imagen adoras,
O amas también la de un hombre?

Si de una ilusión impía
El resplandor moribundo
Turba tu sueño profundo,
¡No halaga tu fantasía
Un recuerdo de este mundo?
¡No miras las gayas flores
Que, aunque falsas, le matizan?
¡No oyes los cantos de amores
Con que la vida amenizan
Pájaros y trovadores?

¡No recuerdas el placer
Misterioso, extraño y vago,
Que solía embellecer
Con melancólico halago
Tus ensueños de mujer?

¡Olvidas que engalanó
Un día tu frente pura,
Terrena flor que acreció
El brillo de esa hermosura
Que en un claustro se eclipsó?

Aquella flor purpurina
Con el fuego de tu frente
Marchitó su faz divina;
Y al morir lánguidamente
Cambióse en punzante espina.

POESIAS

Esa espina traspasaba
Con nuevo deleite el seno,
Y allí el volcán preparaba
De que á torrentes brotaba
De amor el dulce veneno.

Si en sueños la transitoria
Imagen de tanta gloria
Fulgura con rica luz,
¡No se ofusca tu memoria
Despertando ante una cruz?

II

En el mísero lecho,
En brazos ¡ay! de una ilusión perdida,
Veloz palpita su turgente pecho
Donde rebosan juventud y vida;
Y en ensueño agitado,
Grato recuerdo de pasada gloria,
Un porvenir fantástico, dorado,
Preséntase tal vez á su memoria.

Súbito una hora suena,
Que turbando la calma funeraria,
El luengo claustro rimbombando llena,
Présaga de tristísima plegaria.

Azorada despierta
La cristiana vestal al grave acento;
Convulsa tiembla y se estremece yerta
Al tocar el helado pavimento.

Huyen las ilusiones
Que la adulaban en la noche muda,
Y del bronce fatídico á los sonos
Queda tan solo la verdad desnuda.

III

Rasga el aire la voz de una campana
Y retumba del claustro en la extensión:

Vendrá luego riente la mañana
Y hallará una mujer en oracion.
Rogando al cielo en noche silenciosa
Para que otro mortal del mundo goce,
Eleva la plegaria generosa
Que anuncia la CAMPANA DE LAS DOCE.

Abril 1840.

A UNA NIÑA

DEJAME ver tu plácida sonrisa
Que así embellece de tu rostro el cielo,
Cual ténue aliento de temprana brisa
Riza la faz de diáfano arroyuelo.
Déjame contemplar tus negros ojos,
Do una calma inefable se revela;
Pues ni el afán presente les dá enojos,
Ni el temor del futuro los desvela.
¡Cómo ostentan sus lánguidos hechizos
Con la tez contrastando transparente
Que van sombreando naturales rizos,
Sencillo adorno de la tersa frente!
¡Niña! ¿es verdad que, en tus ensueños de oro,
Todavía tus ojos no lloraron
Cuando á turbar su virginal decoro
Otros lánguidos ojos aspiraron?
¿Es verdad que ese labio purpurino,
Fresca rosa de límpido capullo,
No respondió con sonreír divino
De audaz mancebo al amoroso arrullo?

Nada de *ayer* revela tu *mañana*:
La alba de juventud apenas empieza;
Y con afán solícito, una ufana
Madre defiende tu feliz pureza.

Hoy esa voz remeda melodiosa
El canto de melífluos ruiseñores,
Y respira tu boca deliciosa
El balsámico aliento de las flores.

El lirio de tu cándida mejilla
No surca del dolor el jugo ardiente,
Ni á un amante mirar rápido brilla
Encendido rubor sobre la frente.

Todo inciensa ó adula á tu hermosura;
La vida es para tí grata y risueña:
Porque eres una flor cándida y pura
Que un pensil y un placer doquiera sueña.

El mundo en homenajes las perfidias
Transforma, y en lisonjas cubre daños!
¿Qué prudencia no cae en sus insidias?
¿Qué virtud no sucumbe á sus amaños?

¡Mañana! Niña inocente,
¿Qué será de tí mañana,
Cuando inadvertidamente
Vaya amor haciendo vana
La razón mas elocuente?

¿Qué será de tu inocencia,
Cuando en inquietud cruel,
En tormentosa impaciencia,
Entregues tu inexperiencia
De pasiones al tropel?

Llorarás como reías,
Y en pos de las seductoras
Vendrán las horas impías:
Que así nos cambian las horas
En penas las alegrías.

Con ellas los sinsabores
Sucederán á la risa:

POESIAS

No habrá la pradera olores;
Veneno traerá la brisa,
Y espinas darán las flores.

De tu rostro en la belleza
Confundidos dejarán
Suaves rasgos la pureza,
Duras líneas el afán,
Negras sombras la tristeza.

No habrá misterio en tus ojos,
Ni en el pecho dulce calma:
Y aun cuando al cielo de hinojos
Demandes la paz del alma,
El cielo daráte enojos.

¡Por qué al miserable mundo
Bajaste, ángel bello, dí,
Do el vicio el ardid profundo
O el salto furibundo
Premedita contra tí?

¡Y pensar que pudo ser
Este mundo un paraíso
De ventura y de placer!
¡Y que tanto arriesgar quiso
Ansía de mortal saber!

Vuélvete al cielo, alma mía:
Del mundo egoísta y yerto
Huye; que no en torpe orgía,
Con regocijo encubierto
Se complazca en tu agonía.

Más si es fuerza que también
Cedas al común delirio,
Y depurada ¡oh mi bien!
En el crisol del martirio,
Reconquistes el Eden;

No olvides que de quietud
Segura fuente aquí son
Y áncora allá de salud,
La humildad del corazón
Y el culto de la virtud.

UNA MUJER TRISTE

I

NO inquietéis su pensamiento,
Delirios de la esperanza,
Con vuestro efímero viento,
Que del voluble elemento
Copia la eterna mudanza.

No mováis en torno de ella
Radiantes las dulces alas:
Rayos vuestra luz destella
Que de la rosa más bella
Abrasan al fin las galas.

¡Rosas hubo en sus mejillas!
Pero sus matices rojos
Fueron del dolor despojos,
Y entre sombras amarillas
Se van hundiendo sus ojos.

Álzase lento su seno
Cual onda de quieto mar
Bajo un céfiro sereno:
Se alza de suspiros lleno;
Suspira, y vuelve á bajar.

Melancólica figura
Digna de Fídias ó Apéles,
A que añaden hermosura
Con su buril la amargura,
El dolor con sus pinceles.

POESIAS

Niobe que en roca tornada,
 Sus muertas delicias llora;
 Safo sin cestro, que implora,
 Al precipicio arrastrada,
 La sombra de un bien que adora.

Su voz es casi un gemido,
 Melancólico y sentido
 Cual de tórtola el arrullo
 Que, del bosque entre el murmullo,
 Lamenta el amor perdido:
 Acento de arpa lejana
 Que vibra en callada noche;
 Rumor de brisa temprana
 Que de flor modesta el broche
 Besa, al romper la mañana.
 Allí está! . . . de sus memorias
 En el abismo perdida;
 De sus mundanales glorias
 En las risueñas historias
 Meditando sumergida.

Sus páginas al leer,
 Le abruma pesar violento;
 Porque halla ¡pobre mujer!
 Tras un renglon de placer
 Una foja de tormento.

Sus ojos cierra el pesar,
 Cansados de leer verdades;
 Reliquias de vanidades
 Que allí fueron á copiar
 Sus pasadas liviandades.

¡Pobre mujer! está allí
 Sin esperanza y sin fe,
 De sus grandezas al pié,
 Y en amargo frenesí
 Adorando lo que fué.

Marchitas de ayer las flores,
 Su galanía y primores
 Han cambiado de repente

POESIAS

En una pálida frente
 Y unos lábios sin colores.
 Su ayer vivió en los jardines
 De su juvenil edad,
 Entre zambras y festines;
 Su presente en los confines
 De la oscura eternidad.

Caricias de sus galanes
 Cobijaron oportunos
 Pabellones de arrayanes;
 Y hoy le cuentan importunos
 Sus amorosos afanes.

Las aves desde su nido
 El voluptuoso gemido
 De su embriaguez escucharon;
 Y hoy en concierto sentido
 Cantando, le remedaron.

Límpido arroyo copiaba
 Tal vez su desnudo talle,
 Y un beso amante escuchaba;
 Y hoy, su cuerpo al retratalle,
 Són de un beso murmuraba.

Y todo ¡pobre mujer!
 Para hacerle tarde ver
 Que el deleite de un momento
 Tras un hora de placer
 Trae un siglo de tormento.

Todo ¡mujer sin ventura!
 Para mostrarle patente
 Que una juventud impura
 Enturbia con amargura
 Del porvenir la corriente.

¡Oh! cuánto es desgracia impía
 No poder, purificada,
 Volver á Dios la mirada,
 Y en congojosa agonía
 Morir sola, abandonada!

II

La ví, la ví como vision terrible,
De espirante crepúsculo á la luz,
Convulsa, loca, en agonía horrible,
Torcerse al pié de solitaria cruz!

Nunca lloró. Sus párpados negaron
Lágrimas al volcan de su pasión:
Sus pálidas mejillas no surcaron;
Cayeron nada mas al corazón.

Después, en noche lóbrega, velando
Del lecho junto al pobre cabezal,
Estuve su agonía contemplando,
Y la agitaba un vértigo infernal.

¡Qué agonía! En la sombra adelantaba
Lenta la muerte el descarnado pié:
La luz que débil lámpara arrojaba
Creció, me deslumbró, vilo y temblé.

¡Solo con ella! En su abrasada frente
Un instante mi mano se posó:
Cesaron los espasmos de repente;
Pudo entonces llorar, rezó y murió!

III

La noche desvanece con séquito de nieblas
Del velo de la tarde el transparente azul;
Saliendo de un sepulcro, parece las tinieblas
Romper vago fantasma envuelto en blanco tul.
¡Cuál sube! ¡Cuál se aleja! Parece en el altura
De la estrellada bóveda errante luminar.
¿Es alma que va al cielo, de su perdon segura?
Contrito llanto puede misericordia hallar.
¡Pobre mujer! Su rústica morada postrimera
En la nocturna calma visito solo yo.
De fútiles galanes jamas sombra ligera
Su despreciado túmulo pasando oscureció!

Marzo 1842.

LA FLOR MUERTA

A LA SEÑORITA DOÑA DOLORES ESCALANTE

I

ERA una flor: un bello pensamiento
Que en un vaso de pórvido labrado
Aromas daba al adormido viento,
En un secreto camarín guardado.

Bebian sus suavísimos olores
Los pliegues de un flotante cortinaje,
Y á su abrigo, la flor sus tres colores
Mostraba sola entre el sutil ramaje.

Una mano, más blanca que la nieve,
Arrancaba á su pié yerbas y abrojos,
Y en el recinto de su cáliz leve
Con amor se enclavaban unos ojos.—

Yo no sé lo que miran las mujeres
Dentro del cáliz de esas flores bellas,
Que guardan, como imagen de otros seres,
En sus retretes misteriosos ellas:

Yo no sé lo que buscan allá dentro
Sus ojos tristes de ansiedad, de amor;
Ni qué preguntan de la flor al centro;
Ni qué responde á su ansiedad la flor.
¡Con qué ternura y compasión las miran!
¡Con qué delirio en su existencia adoran!
¡Con cuánto orgullo su fragancia aspiran!
¡Y con cuánto dolor su muerte lloran!

II

La ví, la ví como vision terrible,
De espirante crepúsculo á la luz,
Convulsa, loca, en agonía horrible,
Torcerse al pié de solitaria cruz!

Nunca lloró. Sus párpados negaron
Lágrimas al volcan de su pasión:
Sus pálidas mejillas no surcaron;
Cayeron nada más al corazón.

Después, en noche lóbrega, velando
Del lecho junto al pobre cabezal,
Estuve su agonía contemplando,
Y la agitaba un vértigo infernal.

¡Qué agonía! En la sombra adelantaba
Lenta la muerte el descarnado pié:
La luz que débil lámpara arrojaba
Creció, me deslumbró, vilo y temblé.

¡Solo con ella! En su abrasada frente
Un instante mi mano se posó:
Cesaron los espasmos de repente;
Pudo entonces llorar, rezó y murió!

III

La noche desvanece con séquito de nieblas
Del velo de la tarde el transparente azul;
Saliendo de un sepulcro, parece las tinieblas
Romper vago fantasma envuelto en blanco tul.
¡Cuál sube! ¡Cuál se aleja! Parece en el altura
De la estrellada bóveda errante luminar.
¿Es alma que va al cielo, de su perdon segura?
Contrito llanto puede misericordia hallar.

¡Pobre mujer! Su rústica morada postrimera
En la nocturna calma visito solo yo.
De fútiles galanes jamás sombra ligera
Su despreciado túmulo pasando oscureció!

Marzo 1842.

LA FLOR MUERTA

A LA SEÑORITA DOÑA DOLORES ESCALANTE

I

ERA una flor: un bello pensamiento
Que en un vaso de pórvido labrado
Aromas daba al adormido viento,
En un secreto camarín guardado.

Bebían sus suavísimos olores
Los pliegues de un flotante cortinaje,
Y á su abrigo, la flor sus tres colores
Mostraba sola entre el sutil ramaje.

Una mano, más blanca que la nieve,
Arrancaba á su pié yerbas y abrojos,
Y en el recinto de su cáliz leve
Con amor se enclavaban unos ojos.—

Yo no sé lo que miran las mujeres
Dentro del cáliz de esas flores bellas,
Que guardan, como imagen de otros seres,
En sus retretes misteriosos ellas:

Yo no sé lo que buscan allá dentro
Sus ojos tristes de ansiedad, de amor;
Ni qué preguntan de la flor al centro;
Ni qué responde á su ansiedad la flor.
¡Con qué ternura y compasión las miran!
¡Con qué delirio en su existencia adoran!
¡Con cuánto orgullo su fragancia aspiran!
¡Y con cuánto dolor su muerte lloran!

¡Hallan, tal vez, como la suya una alma,
Sensitiva que al tacto se amancilla,
O un pensamiento que aun dormita en calma
De la inocencia en la perdida orilla?

¡Guardan, acaso, en ellas las memorias
De aquella edad sin pena y sin placer,
En que acaban de niña las historias,
Y aun no empiezan los sueños de mujer?

(Crepúsculo del alma misterioso
En que la aurora del vivir se apaga,
Y el día, ó bonancible ó borrascoso,
Entre las nieblas de los montes vaga.)

Acaso con la flor identifican
De un puro amor el grato sentimiento,
Alma dan á la flor, la deifican,
Y clavan en su centro el pensamiento:
Espíritus, tal vez, de sus mayores
De ella en torno flotar miran y adoran. . . .
Por eso ponen en las tumbas flores;
Que hoy ellas solas por los muertos lloran!—

Era una flor; un bello pensamiento
En un vaso de púrpura plantado:
Una hermosa guardábale del viento
En su secreto camarín cerrado.

Y día y noche en amoroso halago
Pasaron largas horas blandamente,
Él exhalando su perfume vago,
Y ella aspirando su aromado ambiente.

¡Quién sabe si extendiéndose el ramaje
De la mujer so los flotantes rizos,
Se hablaron en un místico lenguaje
En su misterio desflorando hechizos!

¡Y quién sabe si en plática sabrosa
Ambas hallaron treguas al dolor;
La flor en los secretos de la hermosa,
La hermosa en los misterios de la flor!

Pero una noche del invierno oscura
Bramaba ronco el huracan por fuera,

Y la lluvia del cierzo á la bravura
Se estrellaba sonando en la vidriera;
Y la flor en el vaso por descuido
Dejóse en la ventana la doncella,
Y la tormenta con medroso ruido
Lluvia y granizo desgajó sobre ella. . . .

Alzóse al fin espléndida la aurora
Vertiendo en el ambiente su arbol;
Del aura errante, al murmurar sonora,
El tibio aliento preludiva un sol:

Saltó la hermosa de su lecho blando,
Y agitada corriendo á la ventana,
Su flor marchita y deshojada hallando,
Maldecia la luz de tal mañana.

Sus lágrimas caían como gotas
De rocío en el árbol sacudidas,
Sobre las hojas de la flor ya rotas,
Salpicadas de lodo y esparcidas:

Pero en vano sus perlas resbalaban
Por el seco ramaje ú hoja yerta;
Algo en vano sus ojos demandaban

La flor estaba muerta!

II

¡No oís cómo en la noche silenciosa
Suenan la voz del arpa armoniosa

Por la calle desierta?

¡No oís del viento en el confin, perdido
De una canción el último sonido

Que ahoga el aura incierta:

Cual nota que vibró la arpa del ángel,
Al desplegar sus alas el arcángel
Tocada levemente,

Y que inclinado el querubín apaga
Al posar en la cuerda en donde vaga,
Su dedo reluciente?

POESIAS

¿No oís un canto melodioso y vago?
 ¿No oís un eco de amoroso halago
 Que entre las sombras suena?
 Es la voz de un amante que suspira
 Al compas de los ecos de la lira,
 Su triste cantilena.

¿Sabeis lo que es entre la sombra oscura
 La blanda trova que un amor murmura,
 Y de amores se queja?
 ¿Sabeis lo que es llamar tan á deshora
 Al corazon de la mujer que adora,
 Y abre al amor su reja?

¿Cómo escuchar tranquila desde el lecho
 La nocturna cancion, cuando en el pecho
 El amor se levanta?
 ¿Cómo dormir si otra alma nos invoca,
 Si á nuestras puertas la esperanza toca,
 O á nuestras rejas canta?

¿Cómo á la voz que en sus entrañas suena,
 Y de un fuego volcánico las llena
 No acudir amorosa;
 Cuando es larga ilusion, breve martirio
 Temblar de amor, de frío y de delirio
 En cita misteriosa?

Oh! nunca la culpeis — ¡pobre doncella!—
 Si abrió el balcon, y por su mala estrella,
 Para cubrirle el seno
 Era muy poco la flotante gasa,
 Por donde el frío de la noche pasa
 Preñado de veneno.

Oh! jamas la culpeis, si delirando
 Y con la fiebre y con su amor luchando
 En tremenda agonía,

POESIAS

Rindió al Criador el virginal aliento;
 Y cual busto de cera amarillento
 Veis su semblante un dia!

Murió! . . . ¡pobre mujer! Los que la amaban
 Su cadáver con lágrimas regaban
 Ay! que en vano caían
 Sobre sus miembros cual la nieve yertos,
 Sobre sus ojos apagados, muertos,
 Que á la luz no se abrian! . . .

¿Qué te valdrá su llanto derramado,
 Mujer, en tu semblante descarnado,
 En tu pupila hueca?
 Lo que vale la gota de rocío
 Que el soplo de las auras del estío
 Lleva á una planta seca!

El viento del amor alzó tu velo;
 La brisa de la noche al claro cielo
 Hizo tornar tu faz:
 Flor que dejó el descuido en la ventana,
 Fresca en la tarde y seca en la mañana,
 Duerme en paz! duerme en paz!

Flores son de la vida las mujeres,
 Aromas de la vida sus amores,
 Colores de la vida sus placeres;
 Y cual marchita el huracan las flores,
 Marchita á las mujeres el amor.
 La flor de los jardines arrancamos;
 La mujer del pensil de la inocencia;
 Con su aroma y amor nos embriagamos,
 Y al agotar voraces su existencia,
 ¡Pobre mujer! decimos: ¡pobre flor!

Febrero 1843.

UN NINO QUE LLORA

PORQUÉ estás llorando,
Vida mía, así?
¿Qué! ¿no tienes madre,
Rubio serafín?
Del huérfano acaso
No lo es, niño, dí,
La que al par fué virgen
Y madre infeliz?

¿No miran tus ojos
Doquier discurrir
Alados querubés
De rostro infantil,
Por el puro espacio
Que el alba, al salir,
Colora con tintas
De azul y carmin,
Y la noche esmalta
Con estrellas mil?

¿No miran tus ojos
En torno de tí,
Ondinas doquiera,
Doquiera un pensil,
Y lagos azules,
Y allá en el confín
De campos y montes,
Cascadas hervir?

POESIAS

¿No ves á tu lado
Mil rostros reir,
Mil brazos abrirse,
Y un seno gentil
Que el amor, la vida
Destila de sí?
¿Pues por qué así lloras,
Alma mía, dí?

Eres en la tierra
Destello feliz
Del sol que ilumina
La vida sin fin:
Gota de rocío
Que pende sutil
Del hoja de un árbol,
Que llaman vivir:
Flor que se engalana
Con colores mil
Del alba á los rayos,
No al sol del zenit:
Pájaro que salta
Del nido al jazmín
Que al céfiro abría
Su cáliz gentil,
Y ufano se mece
Sobre él, sin sentir
Que su propio peso
Le encorva, y que allí
La fuente sonora,
El verde jardín,
El cielo bañado
De puro zafir,
Y el aura que riza
Su pluma sutil,
Son sueños fugaces,
Son mentira vil.

POESIAS

Y si tanto eres,
Que al verte sentí
De tu sér envidia,
Lástima de mí:
¡Por qué estás llorando,
Vida mía, así?

Cada inocente lágrima que llora
Deslumbra en sus pestañas, imitando
La gota de rocío que atesora
De la entreabierta flor el cáliz blando:
Y así como la gota de la aurora
Va los cambiantes ricos reflejando,
Un destello su lágrima refleja
Del claro Eden, de que al nacer se aleja.

¡Morada de pureza y bienandanza!
¡Quién en la vida eternizar pudiera
De tu brillante luz la remembranza!
Mas piérdese en las sombras de esta esfera
A dó el enojo del Señor nos lanza;
Y la niñez conserva pasajera
Memoria de tu ámbito risueño,
Cual vaga idea de confuso sueño.

Llora la tórtola el nido
De que inocente se aleja:

Con cántico entristecido,
El puro cielo que deja
Lamenta el ángel caído.

¡Cambió por humanas galas
La esencia del serafín! . . .

¡Qué es agora el querubín
Que ayer tendía las alas
Por la gloria sin confin?

POESIAS

No ve del tiempo á los piés
Juntos lo que fué, lo que es,
Lo que será; ni estrellarse
Siglos, ni despedazarse
Mundos y soles despues.

Ni el puro ambiente respira
De la celeste Sion;
Ni la fúlgida luz mira
Que en olas por la extension
Del espacio eterno gira.

Ni al traves del santo incienso,
Del resplandor que deslumbra,
Sobre rico trono extenso
De diamante, al Sér inmenso
Se imagina que columbra

En santa union sempiterna
Con la Esposa y Virgen tierna,
Que holló el poder del averno. . . .
En ÉL, la justicia eterna!
En ELLA, el amor eterno!

Riega el camino de la vida triste
Con llanto virginal, ángel caído,
Mientras que de ese cielo que perdiste
El recuerdo fugaz no hayas perdido.
Nacimos á llorar, como naciste:
Al terrenal dolor eres venido:
Puro estás; mas mañana en tus enojos
Ni podrás á tu ayer tornar los ojos.

Frutos del árbol del placer nacimos:
A nuestros hijos el mortal veneno
Que de Adán heredamos, transmitimos:
Torpes pasiones sin barrera ó freno
Nos arrastran soñando. . . . ¡Ay, si dormimos
De los deleites en el blando cieno! . . .

POESIAS

Antes que el cuerpo al padecer sucumba,
Despierta el alma al borde de una tumba.

Tus venas son azules,
Y rubio tu cabello;
Blanquísimo tu cuello
Cual velo de vestal.
¡Cuánta pureza en esa
Célica faz se advierte,
Donde el pesar ya vierte
Su tinta funeral!
Bañe tu rostro, bañe
El llanto de amargura;
Que el tiempo á tu hermosura
Previene el ataúd.
¡Feliz si á la par que ella
Del cuerpo desaparece,
De tu alma no perece
La cándida virtud!

¡Oh niño! La virtud es en el suelo
Seguro talisman: ella derrama
En las almas purísimo consuelo;
Y jamás del espíritu que inflama
Se aleja la esperanza: ella abre el cielo.

Diciembre 1842. †

AMOR

I
FLOR de la juventud, abre el capullo,
Y entre las zarzas de la vida asoma;
El aura del placer con manso arrullo
Avara sorbe su oriental aroma:
Cabe el agua que corre sin murmullo
La inclina el tiempo que los cedros doma;
Y al mirarse marchita, al agua arroja
Por turbiar el cristal, hoja tras hoja.

II
Es la red que por campos de esmeralda
Tiende el destino en la llanura amena
Que de la edad viril orna la falda;
A las almas gemelas que encadena,
Es áspero dogal, dulce guirnalda;
Es de espinas y flores su cadena,
Y el tormento y placer nos muestra junto,
Del mundo espejo y del vivir trasunto.

III
Pálido el rostro, triste la mirada,
Los cabellos sin orden desparcidos,
Exhalando la boca mal cerrada
Suspiros en el pecho comprimidos,

POESÍAS

El alma por lo vago desalada,
Ardiendo en un infierno los sentidos,
Sus llamas atizándole el deseo. . . .
Así ví al hombre del amor trofeo!

IV

Fijáronse sus ojos rutilantes
En un objeto que á lo léjos mira;
Tendió hácia él los brazos anhelantes;
Su pecho se alza, con placer respira:
Unos ojos en él clávanse amantes;
Un beso ardiendo entre sus lábios gira,
Y sus párpados caen desmayados
En la luz de otros ojos abrasados.

V

¡Sueños de bendición, en que entregamos
Al placer los sentidos, la alma al cielo;
En que los blandos ojos ocultamos
De lágrimas de amor con turbio velo;
En que al tacto más leve retemblamos,
Cual se estremece sacudido el suelo:
En que la mente el porvenir olvida
En los delirios de lo que es pérdida!

VI

Fuente sonora, en cuya linfa pura
Al fondo están las heces del tormento,
A flor la dulce miel de la ventura;
Que hidrópico de amor el pensamiento,
Quiere toda agotar, que nunca apura,
Y cuanto bebe más, muy más sediento
Torna al cristal el labio enardecido,
Dó el gérmen saca de su daño asido!

POESÍAS

VII

Amor! tú eres el fuego que mantiene
Siempre ardiendo la antorcha de la vida,
Cual vaso que una luz guarda perenne
Ante el altar de un templo suspendida:
En tí la humanidad su origen tiene;
Y cuando al fin tu luz mire extinguida,
Echará, al aspirar tu última esencia,
La postrera raíz en la existencia.

VIII

Amor! tu sér aéreo y vaporoso
Es del Eterno el creador aliento,
Cuando hácia el borde del Eden umbroso
Inclinado, de lo alto al firmamento
Desparramó su soplo prodigioso
Por las llanuras do se tiende el viento:
—Aliento que flotaba en vago giro
Del amor de Eva en el primer suspiro!—

IX

Amor! al estrellarse en el bajío,
Arroja por despojo á la ribera
Desencajadas tablas el navío;
Y en el naufragio de la muerte fiera,
Al salvaje arenal del mundo impío
Dejamos, como dádiva postrera,
Hijos de nuestro amor, de nuestras vidas,
Tablas ¡ay! de nuestra alma desprendidas!

X

Tú de la flor en el gentil capullo,
De la selva en el toscó cortinaje,
De la paloma en el sentido arrullo,
En el aullido del chacal salvaje,

POESIAS

En la fuente que corre sin murmullo,
Y el torrente que brama entre el ramaje,
En la tierra, en el mar y el firmamento,
Vives y hablas al pecho, al pensamiento.

XI

Sentir es conocerte. Cuando oscura
Tiende la noche su estrellada alfombra
Por los espacios de una tarde pura,
Esos ruidos que suenan en la sombra,
Esa gigante voz que allí murmura
Y nos revela un Dios que nunca nombra,
Suenan como pudiera en la alma mía
Del amor de los mundos la armonía.

XII

Como estruendo de fiesta en los palacios,
Se oyen por dentro de la noche ruidos:
Suspiros son, que van á los espacios
De unos labios amantes desprendidos;
Que la luna en su carro de topacios
Atropella en los aires adormidos,
Tal vez medrosa de encontrar entre ellos
De otro amante Endimion suspiros bellos.

XIII

Amor! si el sueño á nuestros ojos quitas,
Viertes en la alma encantador ensueño:
Si una esperanza de lo que es marchitas,
¡Cuántas nos das de porvenir risueño!
A un infierno tal vez nos precipitas;
Mas nos lleva tambien tu altivo empeño,
A traves de un afecto mal seguro,
De Dios á conocer el amor puro.

POESIAS

XIV

Y Dios es todo amor! Ah! ven; te llama
Mi voz del fondo del herido pecho,
Como el enfermo que á los cielos clama
Desesperado en el tortuoso lecho:
Ven con tu lumbré que el desden inflama,
Y halla á su ardor el infinito estrecho:
Ven! yo quiero tus penas y placeres,
La cicuta y la miel de las mujeres.

XV

Amor! cabe mi lecho solitario
Ven de la noche en las solemnes horas,
Que van por el silencio funerario
Largas pasando, oscuras é insonoras:
Pliega en mi sien, cual cándido sudario,
Las plumas de tus alas voladoras;
Y al grato són de tu abrasado aliento,
Mis ojos cierra al velador tormento.

XVI

Amor! tu mano bienhechora encienda
Tu antorcha en medio de la niebla oscura,
Que en sombras borra mi perdida senda.
El sol de la esperanza en tí fulgura;
Pon en mis ojos tu engañosa venda,
Y al hundirse mi pié en la sepultura
Cabe mi sien doblado con ternura,
Tu brazo pon debajo á mi cabeza.

XVII

El sepulcro es la fúnebre barquilla
En que las playas del vivir dejamos,
Para ganar del no existir la orilla.
En el piélago oscuro que surcamos,

POESIAS

Si de la religion el sol no brilla,
Si en tu remo hácia él ¡oh amor! no vamos,
¡Dó nos lleva en sus ráfagas el noto,
Sin religion ni amor, norte y piloto?

XVIII

¡Oh religion! ¡Oh amor del pensamiento!
¡Oh puro amor! ¡Oh religion del alma!
Si tú enturbias la vida turbulento,
Le tornas tú resignacion y calma.
Ah! necesarios sois cual lo es el viento,
Como el rocío á la africana palma,
Como al alma virtud lo es la conciencia,
Y al almo Creador la Omnipotencia.

Febrero 1843.

VEINTIUN AÑOS

I

VENID á mí, recuerdos de la infancia;
Venid, memorias de la edad tranquila,
En que, cual rica fuente por el mármol,
Por la inocencia resbaló mi vida.

Venid á mí; pasad ante mis ojos,
Reflejándoos en mi ánima tan vivas
Como en las quietas aguas de los lagos
Las rojas nubes que en los aires giran:
Y cual pasando van, sin que en las ondas
La débil huella de su sombra impriman,

POESIAS

Así pasad fantásticas, borrando
De vuestras huellas la señal impía.
Impía, sí, porque en el alma quedan
Las heces del veneno que destila,
Y en los senos recónditos del pecho,
Como raudal de fuego cae y filtra.

Venid á mí: venid por un momento
A engalanar mi estéril fantasía,
A herir mi corazon y mis sentidos
Con el soplo fugaz de vuestra dicha.

Un momento no más, y huid veloces
Antes de que mi voz ronca os maldiga,
Al herir del puñal de lo presente
Mi ardiente corazon, la punta fría.

Desde el lóbrego abismo del tormento
Se alza á vosotros la memoria mia;
Temo miraros, é impotente y flaco
Torno á vosotros, sin querer, la vista.

Me arrastra irresistible mi destino;
Mis ojos y mi espíritu domina:
Os quiero detestar, y el alma débil
Más os adora cuanto más os mira.

Brotad de entre las sombras de esa nada
A do mi ardiente juventud camina;
Brotad á despertar muertas venturas,
Que harto he llorado por mi mal perdidas:

Y removiendo el polvo del olvido,
Salid, salid, fantasmas de otros dias
Que la edad disipó, como los vientos
Las blancas nieblas al pasar disipan.

II

Sílfide ó maga, en la callada noche
La ví agitar su túnica de nieblas;
Vila, al romper la aurora las tinieblas,
Por la serena atmósfera bajar.

POESIAS

Si de la religion el sol no brilla,
Si en tu remo hácia él ¡oh amor! no vamos,
¡Dó nos lleva en sus ráfagas el noto,
Sin religion ni amor, norte y piloto?

XVIII

¡Oh religion! ¡Oh amor del pensamiento!
¡Oh puro amor! ¡Oh religion del alma!
Si tú enturbias la vida turbulento,
Le tornas tú resignacion y calma.
Ah! necesarios sois cual lo es el viento,
Como el rocío á la africana palma,
Como al alma virtud lo es la conciencia,
Y al almo Creador la Omnipotencia.

Febrero 1843.

VEINTIUN AÑOS

I

VENID á mí, recuerdos de la infancia;
Venid, memorias de la edad tranquila,
En que, cual rica fuente por el mármol,
Por la inocencia resbaló mi vida.

Venid á mí; pasad ante mis ojos,
Reflejándoos en mi ánima tan vivas
Como en las quietas aguas de los lagos
Las rojas nubes que en los aires giran:
Y cual pasando van, sin que en las ondas
La débil huella de su sombra impriman,

POESIAS

Así pasad fantásticas, borrando
De vuestras huellas la señal impía.
Impía, sí, porque en el alma quedan
Las heces del veneno que destila,
Y en los senos recónditos del pecho,
Como raudal de fuego cae y filtra.

Venid á mí: venid por un momento
A engalanar mi estéril fantasía,
A herir mi corazon y mis sentidos
Con el soplo fugaz de vuestra dicha.

Un momento no más, y huid veloces
Antes de que mi voz ronca os maldiga,
Al herir del puñal de lo presente
Mi ardiente corazon, la punta fría.

Desde el lóbrego abismo del tormento
Se alza á vosotros la memoria mia;
Temo miraros, é impotente y flaco
Torno á vosotros, sin querer, la vista.

Me arrastra irresistible mi destino;
Mis ojos y mi espíritu domina:
Os quiero detestar, y el alma débil
Más os adora cuanto más os mira.

Brotad de entre las sombras de esa nada
A do mi ardiente juventud camina;
Brotad á despertar muertas venturas,
Que harto he llorado por mi mal perdidas:

Y removiendo el polvo del olvido,
Salid, salid, fantasmas de otros dias
Que la edad disipó, como los vientos
Las blancas nieblas al pasar disipan.

II

Sílfide ó maga, en la callada noche
La ví agitar su túnica de nieblas;
Vila, al romper la aurora las tinieblas,
Por la serena atmósfera bajar.

POESIAS

Mis cabellos rozó, de mi existencia
Al tocar las estériles regiones,
Como rozan pasando los alciones
La espuma de las olas de la mar.

Mis ojos y mis ansias la siguieron
Para ver y adorar tanta hermosura;
Tembló mi corazón: la mano dura
De un nuevo sentimiento le oprimió.
Tenia la vision cabellos de oro;
Caían por la nieve de su espalda,
Desprendidos del nudo de esmeralda
Que á su corona de oro los juntó.

En su frente un osado pensamiento,
En sus ojos la llama del sol brilla;
El fuego del placer en su mejilla
Imprime audaz sus huellas de carmin.
En su labio el desden y la arrogancia;
En su seno la miel. . . y el mismo seno
Guarda, cual áspid, pérfido veneno
Que al tacto del amor, brota sin fin.

Con la cintura de la antigua Vénus
El carcomido corazon cubria:
La luz boreal que en torno despedia
Realzaba la mágica ilusion.

Llegóse á mí: ¿qué entonces me importaba
Que encubrieran las rosas las espinas,
Y que encerrasen formas tan divinas
Tanta humana miseria y corrupcion?

Era la juventud! Su voz cantaba
Como sirena en sicilianos mares. . .
Pronto el eco sutil de sus cantares
De Scyla en el estruendo se apagó!
De su meliflúo acento fascinado,
Abríle incauto el corazon sencillo:

POESIAS

¡Ay! deslumbróme su aparente brillo;
Su verdadero incendio me abrasó.

Ahora de inquietudes en tormentos
Y al embate cruel de mis pasiones,
Voy hollando mis propias ilusiones
En pos corriendo del placer fugaz.

Se agolpa el desengaño á mi camino;
Rompe mi pié su hielo, y sigo osado
En pos de otro placer, jamas cansado,
Con amargura siempre, y sin solaz.

Errando inquieto, delirante y ciego,
Desprecio lo que atras deja mi paso;
Hacia adelante voy, aunque al acaso;
Ni lo que busco, ni lo que hallo sé.

Al borde del deleite pongo el labio,
El fastidio está allí, y huyo sediento. . .
Pero agotar el cáliz del tormento
Hasta las heces, con valor podré.

Un instante fatal probé el deleite
Unir de un puro amor al embeleso,
Y de mi labio palpitante el beso
De una hermosura marchitó la sien.

Su nombre es mi feroz remordimiento;
Quema mi juventud cual roja lava:
La espina atroz que el corazon me clava,
No arrancan ni otro amor ni otro desden.

La duda, la tristeza, el desengaño;
La ambicion, el amor; una ansia loca
Que mancilla ó destruye cuanto toca,
Mi espíritu combaten con furor.

A su empuje tenaz, siento que el alma
Un dardo emponzoñado me atraviesa:
Cual crimen sin perdon, sobre mí pesa
El despecho sombrío, aterrador.

POESIAS

No puedo con el llanto por los ojos
El veneno lanzar que me devora,
Y en vano busco la tremenda hora
Que me liberte, por piedad, de mí.
¿No sonará jamas? Vivo temiendo
Que no la haya el Eterno señalado;
Y maldigo la edad á que he llegado,
Así dudando y padeciendo así.

Ante mí el porvenir extiende inmenso
Las alteradas ondas de sus mares;
Vagan en sus espumas los pesares,
Esperando un objeto que asaltar.
Sordas mugen las olas solitarias,
Combatiendo las playas del presente;
Un paso mas! . . . y el lampo refulgente
Mi pobre barca alumbrará en el mar.

Cada día, cada hora, cada instante,
Me hundo en el porvenir, como el navío
Que al romper por las rocas del bajío,
Al salobre elemento el seno abrió.

Cada instante, cada hora, cada día
Es un nuevo eslabon de esa cadena
Que enlaza la vejez con la serena
Edad, que cual relámpago pasó.

Detras de mí, esqueleto lo pasado
Su fosfórica luz vibra en la nada,
Dó al sumergir mi lánguida mirada,
Palpitante en recuerdos le entreví.

Sin hojas ¡ay! las rosas del deleite;
Mis mágicos ensueños sin colores;
Mis deseos sin brío, y mis amores
Sin ardor ni ilasion están allí.

¿Cómo apartar los ojos de esa nada
¡Oh mis memorias de un ayer perdido!

POESIAS

Si aquí, en mi corazon, os he sentido
Cual serpientes de fuego discurrir!
Si al ménos al calor de vuestra lumbre
Más tranquila mi vida resbalara;
Si esa pálida luz arrebolara
Los negros nubarrones del vivir;

Si mitigar pudierais mis deseos
Y la insaciable sed que me devora;
O si un día á lo ménos, si una hora
Os viera sin afan mi juventud;
En vosotros la vista clavaria,
Y fijo el pensamiento en vuestra nada,
Os dirigiera la postrer mirada
Al descender al fúnebre ataúd.

III

Grato es del alta noche en la pavura
Hácia la luz que en el hogar oscila,
Tornar con esperanza la pupila
De en medio de apartada selva oscura.

De en medio de un presente de amargura
Grato es tambien tornar á la tranquila
Edad, el pensamiento que vacila
Entre temores de la edad futura.

Comparando lo que es y lo que ha sido,
Al porvenir amargo se previene
El ánima, y espera resignada

Sabiendo que el vivir muy pronto es ido;
Y que si un breve mal de Dios nos viene,
Nos guarda eterno bien en su morada.

Abril 1843.

INDIFERENCIA

ASOMA ya el crepúsculo: la tarde
Sus pálidas neblinas sacudiendo,
Se va del cielo en el azul tendiendo
Tras las huellas del sol que al léjos arde,
Y que en triste desmayo
A las últimas cimas de los montes,
Como postrar ¡adios! envía un rayo
De la ardiente lumbrera
Que lleva á otros remotos horizontes
En fúlgida carrera.

La sombra se despliega por los valles;
Azulado vapor se alza del río;
Gime el aura en el bosque, y el sombrío
Responde en medio á las salvajes calles
De arbustos y zarzales,
Do en confuso rumor se oye el rüido
Del viento que menea á los cocales
Las copas muy erguidas,
Los ecos del torrente y el rugido
De fieras escondidas.

El gilguero á la rama se guarece
Y de su nido al móvil aposento,
Mientras que allá, por el confin del viento,
El águila gigante se remece:

Tal vez una ave parda
Que va cruzando por el aire lenta,
Grazna al compas de su carrera tarda,
Mientras en trino blando
El cantor de las selvas se lamenta,
El dulce sueño de su amor velando.

POESIAS

Las flores de su pétalo cerrado
No exhalan hora el oriental aroma;
Si una hoja entreabierta al aire asoma
¡Cuán pronto muestra su esplendor manchado!
Por la llanura verde,
Siéndole apoyo la robusta caña,
Del tardo buey en pos al fin se pierde
El labrador tranquilo,
Que en el humo que se alza en su cabaña
Las señas tiene de su humilde asilo.

Dormita al parecer naturaleza;
Con los recuerdos del pasado día
Velar parece en la desierta vía,
Recostando en la niebla su cabeza.
Mas ni vela ni duerme;
Ni al rüido se entrega, ni á la calma:
Indiferente, soñolienta, inerme,
Nada en sus senos siente;
Y como ella también está mi alma
A todo lo que existe indiferente!

Todo acabó! Yo voy por la existencia
Cual náufrago cadáver por los mares;
Nada me son del mundo los pesares,
Ni del mundo el fatídico placer.

Sónme insípida fruta los amores;
Es cuadro sin color la humana historia:
Una ráfaga de humo ví en la gloria,
Y un pedazo de barro en la mujer.

Unos ojos ayer lánguidos, puros,
Mis tristes ojos con afán buscaban;
De lágrimas, al verme, se inundaban,
Me hablaron. . . mas no quise adivinar.
Una mórbida mano entre las mias
Temblar sentí, cual de medroso niño;

Volví mi rostro á su infantil cariño,
No pudo, empero, el corazon temblar.

Paso entre la belleza indiferente
Cual se arrastra el reptil entre las flores;
Ni él percibe sus cándidos olores,
Ni yo el aroma de su ardiente amor.
Seco está el corazon, la mente oscura;
En su aridez el sentimiento muere,
Y este vidrio empañado nunca hiere
De la gloria el fantástico esplendor.

¿Dónde está la amistad? ¿Dó esos afectos
Que al pecho tornan la perdida calma,
Y dízque hacen vibrar en nuestra alma
Los ecos del latir del corazon?
Tiendo mi mano á la amistad; ¿qué importa
La empuñen la verdad ó la mentira,
Si al amigo traidor veré sin ira,
Y al amigo sincero sin pasion?

Muerto mi corazon llevo en mi pecho.
Escucho por los ámbitos del mundo
Zumbar el grito de un pesar profundo
Que exhala con furor la humanidad.
Es la llama que brota de un infierno,
El estertor de un mundo que perece,
Y mi ánima al herir, se desvanece
Como eco en la desierta soledad.

Del látigo sutil oigo el crugido
Cuando la espalda del esclavo toca;
De indolente señor oigo en la boca
El cántico embriagante del festin;
El beso impuro que el magnate imprime
En el labio á la púdica doncella,
Y el ¡ay! de rabia que despide ella
Cuando sucumbe á su destino al fin.

No gozo del magnate en la alegría
Cuando huella triunfante la belleza;
No en mi ánima derrama la tristeza
El eco del dolor de una mujer.

No me hiere el gemido de los pueblos
Cuando rie su rey, á quien le plugo
Apoyar en los hombros de un verdugo
La base de su efímero poder.—

No enturbian la quietud del alma mia
Los tronos, al hundirse con estruendo
En ese mar de pueblos que está hirviendo
En bramadoras olas á sus piés;
Ni las altas cabezas de los grandes
Cayendo en el combate ó el cadalso;
Ni de un pueblo oprimido el triunfo falso
Que en sangre y llanto anegará despues!

Mirando voy risueñas ilusiones
Brotar al paso de la edad sencilla,
Que deslizano con su fácil quilla,
Por la corriente de los tiempos va.
Veo las rosas del pudor cobarde
En las espinas del amor mecerse,
Y al soplo del deleite deshacerse
Que en torno de ellas susurrando está.

Veo la gloria, como ví en ocaso
Al sol nadar por mares de escarlata:
Fúlgido rayo de su sien desata
De adusto sabio para ornar la sien.
Brota del duro seno de los mármoles,
Riela del pintor en la paleta,
Y suspira en el arpa del poeta
Con el són de las auras del Eden.

Todo lo miro indiferente y frío;
El alma estéril á sentir no alcanza,

POESIAS

Ni á concebir la mente esa esperanza,
Lumbre ya sin calor, sin rayos sol.
¿Qué me importa esa gloria tras que un día
Desalado corrí, loco ó sediento?
¿Calentará un deseo, un sentimiento
En mi ánima su espléndido arrebol?

Ni la quiero alcanzar! . . . La indiferencia
Que en hielo al sol tornara en medio al día,
Ha helado ya mi débil fantasía;
Hielo en mis venas discurrir veréis.
¿Cómo arrancar del mármol otros sonos
Que el són oscuro que al nacer espira?
¿Cómo podré cantar? . . . Tomad mi lira;
Rompedla, si quereis.

El crepúsculo huyó. Ya las estrellas
Por la bóveda azul están brotando,
Cual chispas que olvidadas va dejando
El sol detras de sus fulmíneas huellas.

Ya la nocturna sombra
Los restos al sorber del día inerme,
Sobre la tierra desplegó su alfombra:
El silencio, el misterio
Reinan doquier, y la natura duerme
Tranquila, como en vasto cementerio.

No indiferente como en ántes yace:
Siente la paz y goza del descanso;
Aspira el aire de la noche manso,
Y en la callada oscuridad se place.

De mi ánima en el hielo
Nada cambió! . . . Indiferente y frío
Por largas horas vagaré en el suelo;

Mas esta indiferencia
¿Qué importa que huya al fin del pecho mio
O que eterna acompañe mi existencia?

Abril 1843.

LOS MUERTOS
O EL DIA DE DIFUNTOS

FANTASIA

(IMITACION DE ZORRILLA)

Al Lic. D. José María Latragua.

A foris parent hominibus speciosa, intus
veró plena sunt ossibus mortuorum, et omni
spurcitiâ.

S. MATHEO, XXIII, 27.

I

¿QUÉ dicen esas campanas
Que de las torres inmóviles
Se agitan en las ventanas,
Las esperanzas humanas
Conturbando con sus dobles?
¿Qué revela al pensamiento,
Qué presagia al corazón
Ese incesante lamento
Que en solemne vibración
Se dilata por el viento?
Remedan quizá esos sonos
La que se habla, ignota lengua,
Del sepulcro en las regiones?
No: son voz de nuestra mengua,
De nuestro polvo pregones!
Advertencia son también
Con que llama la verdad,

POESIAS

Ni á concebir la mente esa esperanza,
Lumbre ya sin calor, sin rayos sol.
¿Qué me importa esa gloria tras que un día
Desalado corrí, loco ó sediento?
¿Calentará un deseo, un sentimiento
En mi ánima su espléndido arrebol?

Ni la quiero alcanzar! . . . La indiferencia
Que en hielo al sol tornara en medio al día,
Ha helado ya mi débil fantasía;
Hielo en mis venas discurrir veréis.
¿Cómo arrancar del mármol otros sonos
Que el són oscuro que al nacer espira?
¿Cómo podré cantar? . . . Tomad mi lira;
Rompedla, si quereis.

El crepúsculo huyó. Ya las estrellas
Por la bóveda azul están brotando,
Cual chispas que olvidadas va dejando
El sol detras de sus fulmíneas huellas.

Ya la nocturna sombra
Los restos al sorber del día inerme,
Sobre la tierra desplegó su alfombra:
El silencio, el misterio
Reinan doquier, y la natura duerme
Tranquila, como en vasto cementerio.

No indiferente como en ántes yace:
Siente la paz y goza del descanso;
Aspira el aire de la noche manso,
Y en la callada oscuridad se place.

De mi ánima en el hielo
Nada cambió! . . . Indiferente y frío
Por largas horas vagaré en el suelo;

Mas esta indiferencia
¿Qué importa que huya al fin del pecho mio
O que eterna acompañe mi existencia?

Abril 1843.

LOS MUERTOS
O EL DIA DE DIFUNTOS

FANTASIA

(IMITACION DE ZORRILLA)

Al Lic. D. José María Latragua.

A foris parent hominibus speciosa, intus
veró plena sunt ossibus mortuorum, et omni
spurcitiá.

S. MATHEO, XXIII, 27.

I

¿QUÉ dicen esas campanas
Que de las torres inmóviles
Se agitan en las ventanas,
Las esperanzas humanas
Conturbando con sus dobles?
¿Qué revela al pensamiento,
Qué presagia al corazón
Ese incesante lamento
Que en solemne vibración
Se dilata por el viento?
Remedan quizá esos sonos
La que se habla, ignota lengua,
Del sepulcro en las regiones?
No: son voz de nuestra mengua,
De nuestro polvo pregones!
Advertencia son también
Con que llama la verdad,

POESÍAS

Mostrando la calva sien,
A las puertas del Eden
De la humana vanidad.

Bocas de bronce las llaman
Que mienten de ayer memorias,
Y en su aliento desparraman
La flor de las pobres glorias
Que locos los hombres aman.
Su lengua es desconocida;
Pero hay un acento en ella,
Que en s6n de amarga querella,
Retumba sobre la vida
Para arrancarle lo bella.

Parece que esas campanas
Que del templo en las ventanas
Forman tan triste concierto,
Están ¡ay! doblando á muerto
Por nuestras dichas humanas.

Oh! bien hacen, ya que el cielo
Puso el nacer y el morir
Tan cercanos en el suelo;
Ya que el hombre ha de asistir
De sus creencias al duelo:

Ya que, en fin, la vida amarga
Es una carga importuna,
Y que en carrera no larga
Llevamos desde la cuna

Hasta el sepulcro esa carga.
Terrible en verdad, pues pesa
Como en el alma un pesar;
Y si hemos de descansar,
Es solo cuando en la huesa
La lleguemos á arrojar.

¡Quién sabe! ¡Será que acaso
De otro mundo en los escombros,
Vayamos con tardo paso
Un peso menos escaso
Sustentando en nuestros hombros?

POESÍAS

Nada afirma al pensamiento,
Nada anuncia al corazon
Ese incesante lamento
Que en solemne vibracion.
Se dilata por el viento.

De pavor me estremecí
A tan fúnebres conciertos:
Adivinar presumí;
Y tan solo comprendí
Que doblaban por los muertos.

II

Los muertos, sí. Pero en el doble muro
Que guarda avaro sus reliquias vanas,
¡Evocará sus almas el conjuro
Que remeda la voz de esas campanas?

Si sonara en el cóncavo recinto,
Sin duda levantarán el sudario
Para espiar el negro laberinto
Sobre que flota el eco funerario.

Si en sus cóncavos cráneos corroídos
Sintiesen vividora la memoria,
Sin duda que aprestarán los oídos
Para escuchar atentos nuestra historia.

Ent6nces esa lengua, para ellos
Sin el misterio con que aquí retumba,
Recuerdos mundanales, mas no bellos,
Les contara en las sombras de la tumba.

Tal vez más de una esposa y un amante
Levantarán la sien hueca, amarilla,
Para saber la historia interesante
De esposo ó dama que su honor mancilla.

Y se alzarán también hermano é hijo
Para oír y saber de qué maneras
El torpe mundo con afán prolijo,
Hermana y madre convirtió en ramerás.

POESIAS

Entónces, en la boca descarnada
Rechinando los dientes de despecho,
Se revolcaran en la tumba helada
Romper queriendo su marmóreo techo.
¡Oh! quién viera animadas osamentas
Incorporarse en el sepulcro entónces,
A las profanas crónicas atentas
Que les denuncian los sagrados bronce!

III

Si solo en luengo letargo
Yaciera su pensamiento,
Y se agítara á las veces
Dentro de sus cráneos huecos;
Si volviéndole al pasado,
Acordáranse de aquellos
Que en vida fueron origen
O alivio de sus tormentos;
Si pudieren escuchar
Las plegarias de los deudos
Y ver las dudosas lágrimas
Que riegan su monumento;
O escudriñar penetrantes
Si en rostros como el sol bellos,
Es aparente la angustia
O es el pesar verdadero;
Si vida súbita hallando
Ojo, oído y pensamiento,
En plática misteriosa
Pasaran breves momentos
Con el tibio amigo ó falso,
Con el hoy ajeno dueño,
Con el hijo pervertido
O con el padre perverso;

POESIAS

Sin duda que, despechados,
En aquel recinto estrecho
Se arrancaran uno á uno
Ojo, oído y pensamiento.

IV

Recuerdo que de la infancia
Conservaba mi memoria
Más de una lúgubre historia
Que el corazón me oprimió;
Que de fantasmas y espectros,
Porque el pavor me durmiera,
Dueña ignorante y parlera
Cien cuentos me refirió.

—“En noche, decia,
Cual ésta, de lloro,
Del bronce sonoro
Vibrante el clamor,
Penetra solemne
La gélida tumba,
Y en ella retumba
Con doble estridor.
Allí la reliquia
De humana miseria,
Corrupta materia,
Se anima á su voz:
Su presa el sepulcro
Por breves momentos
Arroja á los vientos
Con ímpetu atroz.

Y los vientos obedientes
La arrastran por las tinieblas,

POESIAS

Cual suele cenizas nieblas
Una ráfaga empujar.
Y de esas torres en torno
Que en luengas cruces despuntan,
Los esqueletos se juntan
Invisibles á danzar.

Se dan las huesosas manos,
En cerco vertiginoso
Girando al compas medroso
Del tañido funeral;
Y extraños himnos murmuran,
Como apagados gemidos,
De la tierra no sentidos
En la impura bacanal.

Y danzan ó cantan
En fúnebre orgía,
De su cárcel fría
Descanso fugaz.

Del círculo en medio
Los cárbos vuelan,
O en las torres velan
Con adusta faz:

Testigos solemnes
Que á la fiesta asisten
Graves, y revisten

Rígido ademan;

Como si reproche
Fueran y sarcasmo,
De todo entusiasmo
Y de todo afan.

Admiran sus ojos
Cuánta es nuestra mengua;
Mas no tienen lengua
Con que referir

Las verdades que oyen
De otros hemisferios,

POESIAS

Los hondos misterios
Que en los cementerios
Suelen descubrir.
Vigías que tienen
Sellada la boca:
Jehová los coloca
Del mundo al dintel,
Cual linde que en grandes
Terroros fecundo,
Separa este mundo
Del antro profundo
Que está detras de él.

Y hora en la cúspide oscura
De la torre encaramados,
Velan de los evocados
El pavoroso festín;
De los evocados muertos
Que en esta noche tremenda,
Se agitan en zambra horrenda
Por el éter sin confin:

De esos nudos esqueletos,
Restos de nave perdida
Que el océano de la vida
En las playas arrojó:

Troncos que arrastra el torrente
De los tiempos, y que secos
Y carcomidos y huecos
El osario conservó.

Destino inflexible
Con rígida norma,
En hórrida forma
Muéstralos así,
Para declararnos
Con leccion tan fuerte

Que idéntica suerte
 Nos reserva allí.
 Dura en los espectros
 La extraña alegría
 Mientras que del día
 No asoma la luz;
 Mas si la presienten,
 Huyen agoreros:
 Húndense ligeros
 En el ataúd;
 Y al cubrir su tumba
 Lápida pesada,
 Alta carcajada
 Suelen despedir,
 Como si riéran
 Del mundo altanero,
 Cuyo adiós! postrero
 Prométense oír.

Y ora les dé sepultura
 La tierra en humilde cúmulo,
 Ora los albergue el túmulo
 Que erige la vanidad;
 Allí están de nuestros gustos
 Y aspiraciones enfrente,
 Donde sueños no consiente
 Ni ficciones, la verdad.

De la existencia en el límite
 Allí los planta el destino
 Para cerrar el camino
 Al olvido, á la ilusión:
 Y entre la vida y la nada
 Yacen ¡ay! como en la vida
 Esperanza concebida
 Entre delirio y razón."—

V

¿Qué cubren los espléndidos sepulcros
 Mas de la vil materia en podredumbre?
 ¿Qué busca ante esos monumentos pulcros
 En vidior vaiven la muchedumbre?

Preguntad y sabréis por qué afanosa
 Ciega del cementerio los umbrales,
 Y con sereno pecho y faz curiosa
 Registra de la muerte los anales.

No hablan al corazón esos panteones
 Que el lujo con sus galas empobrece:
 Risueñas ó magníficas mansiones
 En que hediondo cadáver se guarece:
 Soberbios lechos do el gusano anida:
 Galerías de estatuas y jardines,
 Do yacen los harapos de la vida
 Que arrastramos del mundo en los festines:

Volúmen que de ayer á la memoria
 La hipóbole consagra ó la mentira . . .
 ¡Cada página es ya comun historia
 De virtud, que desden al sabio inspira!
 Así miente el orgullo al mismo cielo;
 Mientras la vanidad de mármol y oro
 El albergue postrer orna en el suelo.
 ¡Arca suntuosa para ruin tesoro!

¡Cuánto es mejor en esecondido valle
 Tumba que abraza con amor la hiedra,
 O de cipreses en sombría calle
 Nombre humilde, esculpido en tosca piedra!
 ¡Cuánto es mas bello entre verbena oculta,
 Del astro melancólico á la luz,
 La losa hallar que nuestro amor sepulta
 Y orar al pié de solitaria cruz!

POESIAS

¡Cuánto más grave aislarse pensativo
Entre las tumbas de tranquila aldea,
Que engolfarse en el vulgo irreflexivo
Que en sarcófagos régios se recrea!

Allí en libertad gemir
Pudierais, madres dolientes,
Y á vuestra amargura abrir
De las lágrimas las fuentes:
Allí pudierais también,
Enamoradas doncellas
Con luto en la casta sien,
Exhalar vuestras querellas;
Y allí pudierais rezar
En quietud, nobles ancianos,
Y al sacro polvo inclinar
La frente y cabellos canos,
Niños, que teneis los ojos
Por el llanto humedecidos
Y los tiernos labios rojos
Por el silencio oprimidos;
Que en feliz ayuntamiento
Teneis en el corazon
De mujer el sentimiento,
De ángel la resignacion;
Que llorais tan suavemente
Como el alba dá el rocío,
Sin que arruguen vuestra frente
Despecho ó dolor sombrío. . . .
Venid, ancianos, á orar
De cipreses en la calle;
Venid, niños, á rezar
Ante las tumbas del valle:
Vírgenes, madres, aquí
La oracion vela un misterio:
No hay esa turba de ahí
Que va en fiesta al cementerio.

POESIAS

No háyais miedo que sucumba
Aquí la fe sin doblez;
Del secreto de la tumba
Algo sorprenda tal vez.
Del candor, de la creencia
Quizás á la intüicion
Se otorgue, lo que á la ciencia
Se niega y á la razon.
Niño ó vírgen! Díme, díme
Si algo de aquel horizonte
Revela su luz sublime. . . .
La duda el alma me oprime
Con el peso de un gran monte!

VI

Duda y misterio! En vano he preguntado
Qué existe de los túmulos detras;
Y cuanto más en ello he meditado,
Mi razon ofuscóse tanto más.
Al doble de las lúgubres campanas,
Aspiré su lenguaje á comprender.
Nada enseñan. Con voces tan livianas
Cantan el triunfo, adulan al poder.
Traje á memoria los añejos cuentos
Que arrullaron mi sueño en la niñez:
De otra edad más sencilla monumentos,
Signos ya de vulgar insensatez.
Corrí á los cementerios. Allí el mundo
De escepticismo y vanidad marcó
Frigida huella; huí meditabundo,
Y el valle entre sus sauces me acogió.
Los sepulcros del valle silencioso
Con reverente planta recorrí;
Y aunque amé absorto su feliz reposo,
Nada del gran arcano comprendí.

POESIAS

Solo se aclara en la suprema hora
Que á la mortal carrera pone fin.
¡Ay del que exhausto de creencias llora
Y en dudas toca al lóbrego confin!

VII

Dad á mi cuerpo en el tranquilo valle
Y de colgantes sáuces en la calle,
Tumba que el sol no ofenda con su luz.
No ambiciono una urna cineraria,
No epitafio en mi piedra funeraria,
Sino sola, modesta, amiga cruz.

Noviembre 1841.

MEDITACION

AQUI estoy á la sombra
De un añoso ahuehuete, recostado
En la mullida alfombra
Que hace la verde majestad del prado.
Huído al rudo estruendo
De la ciudad soberbia y sus afanes,
Tranquilo estoy viendo
El valle, las lagunas, los volcanes.
Serenas horas paso
Absorto en este vário panorama,
Que el sol desde el ocaso
Con lo mas rico de su luz inflama.

POESIAS

Aquí medito á solas
Cómo cambian la faz de los imperios
De los siglos las olas,
Del porvenir mostrando los misterios.

Cómo hurta al olvido
El pasado una pálida memoria,
O en piedra convertido
O en pergaminos de polvienta historia.

Aquí miro una á una
Sombras pasar de cien generaciones,
Que revueltas aduna
El sepulcro en sus lóbregas regiones.

Ellas aquí surgieron
Cual semillas en surcos esparcidas;
Un día florecieron,
Y en la nada cayeron confundidas.

Cayeron con espanto,
Frutos secos de un árbol sacudido:
Los pliegues de su manto
Sobre sus tumbas desdobló el olvido.

La tierra fuélas viendo
Nacer, crecer, morir; y silenciosa
Cien capas recogiendo,
A virtudes y á crímenes dió fosa.

Testigos de su mengua,
Los valles que en sus senos las sepultan
No tienen voz ni lengua
Con que decirnos la verdad que ocultan.

Acaso aun el eterno
Boscaje ya olvidó su pobre historia:
Quítale cada invierno
En cada hoja seca una memoria.

Los cedros de los montes,
Los cipreses del llano que las vian,
Los claros horizontes
De luto nunca tónicas ceñian.

Impasibles quedaban
Del porvenir fiando en la promesa;

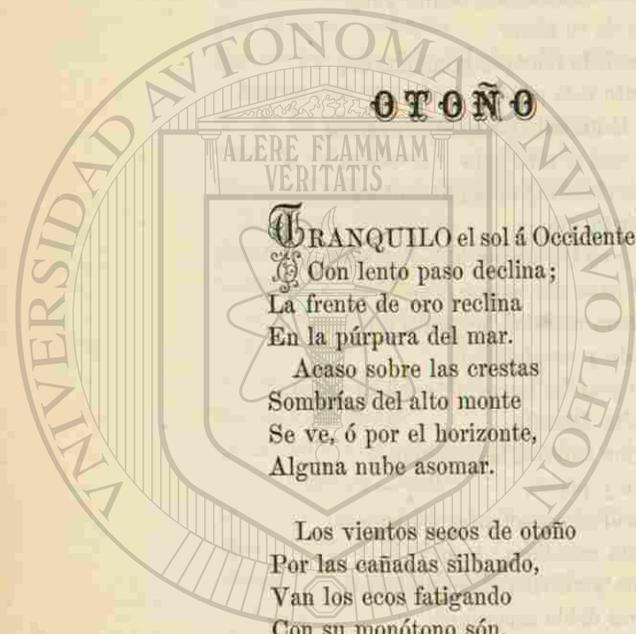
POESIAS

Y cuando otras brotaban,
Mostrábanles por término la huesa!

Oigo aquí el ténue viento
Que entre escombros fatídico suspira
Con el mismo lamento
Que en las ruínas de Ménfis y Palmira.
Ignota era esta raza!
Ni así del tiempo retardó el estrago:
Fiero la despedaza,
Como ajó á Roma y devastó á Cartago.
Idólatras, cristianas,
¡Cuántas generaciones sucumbieron!
Imágenes profanas
Y sagradas estatuas polvo fueron.
De su idólatra historia
Apena hay sombra que el olvido indulte;
Su católica gloria
Quizá mas rudo cataclismo oculte.
Así tambien pasaron
Otros pueblos heróicos y otros hombres;
Solo, al morir, dejaron
Grandes ejemplos y famosos nombres.
Ay! así de Castilla
Repúblicos, monarcas y guerreros,
Como mies amarilla
Pasaron con sus glorias y sus fueros:
Damas y paladines,
Monumentos de noble arquitectura,
Torneos y festines
Devoró la insaciable sepultura.
Así generaciones
Pasan y pasarán como un suspiro,
Cual las tristes canciones
Con que el vate las llora en su retiro.
Del tronco de la vida
Siempre caerán, como cabello cano

POESIAS

De la frente abatida
Que inclina al suelo el encorvado anciano.
Bajo onda asoladora
Que en destruccion universal se place,
Lo que anima y mejora
La noble humanidad, oculto yace.
Ella de su rüina
Revive, ó la renueva la mudanza;
Y cuanto más camina,
Más á la ansiada perfeccion avanza.
Del uno al otro polo
Cuanto viene del polvo al polvo torna:
El espíritu solo
Vence y en luz de eternidad se adorna;
Y al paso que engrandece
Su terrena mansion, aspira á un cielo
Do existe y resplandece
Cuanto grande, inmortal, soñó su anhelo.
De alta filosofia
Y religion sublime las nociones;
Del arte y põesía
Las blandas, consolantes emociones;
Cuanto estudiosa alcanza
La razon y adivina el sentimiento,
Dá á esta doble esperanza
De grandes corazones, fundamento! . . .
Mas al extremo ocaso
El sol descende, y por la extensa loma
Con reluciente paso
La amiga estrella de la tarde asoma.



OTOÑO

GRANQUILO el sol á Occidente
Con lento paso declina;
La frente de oro reclina
En la púrpura del mar.
Acaso sobre las crestas
Sombrias del alto monte
Se ve, ó por el horizonte,
Alguna nube asomar.

Los vientos secos de otoño
Por las cañadas silbando,
Van los ecos fatigando
Con su monótono són.

La yerba dobla á su empuje
Tallos cortos amarillos,
Y saltan los corderillos
En el árido peñon.

Secas las hojas del árbol,
Van cayendo una por una,
A la ráfaga importuna
Del ábrego asolador;

Y las que acaso olvidadas,
Asidas al árbol quedan,
En su murmullo remedan
Un gemido de dolor.

POESIAS

Antes amor de las auras
Eran con su verde pompa. . . .
Fuerza es que, secas, las rompa
El viento ronco despues.
¡Triste condicion precisa
De la desventura humana,
El ídolo de hoy, mañana
Arrojar roto á los piés!

Las que amontonadas yacen
Al pié de árbol corpulento,
Otra ráfaga de viento
Barre con furia mayor:
Y en las ramas, en los brezos
O en las peñas tropezando,
Van por el aire formando
Melancólico rumor:

Cruzan selvas, valles, ríos;
Y hasta la opuesta ribera
Las siguen siempre, doquiera,
Su mengua, su sequedad.
¡Pobres hojas que parecen
Por los vientos impelidas,
Las ilusiones perdidas
Que va arrastrando la edad!

Doquier se vuelven los ojos,
Ven aridez y tristeza;
Solo dura en la maleza
El verdor sombrío más.

Los deleites con sus flores
De almendro, nacen apénas
Y se secan; mas las penas
No se marchitan jamas.

Ya el acento de la alondra
No suena por el ambiente;

II

Allá va el sol. Las cúpulas altivas
De la ciudad, las cimas de los montes
Doraba há poco en luces fugitivas,
Aun no traspuesto á extraños horizontes.

Corona del volcan, encima ardia
Del ancho cráter que la nieve abarca;
Y en púrpura la nieve convertía,
Cual rico manto de oriental monarca.

Mas ya cayó. Levántase la sombra
Y discurre la niebla en las montañas,
Adonde trepa por la verde alfombra
El humo de las miseras cabañas.

Allá un lago tranquilo y azulado,
Aquí se agrupa un albo caserío;
Acá el antiguo alcázar derrumbado,
Mas allá pobre ermita y bosque umbrío.

Su melena de espigas de oro agitan
Las mieses en magníficas llanuras,
Y en noble anfiteatro las limitan
De los distantes montes las alturas.

III

Ni un ave, ni un insecto, ni un rüido;
Ni una rama en los árboles se mece:
El viento en los espacios enmudece,
Y en las playas lejanas duerme el mar.
Brotá por fin la brisa del crepúsculo;
Rompe la selva en flébil armonía,
Y á los destellos últimos del día
Parece con las copas saludar.

Es la muda plegaria, que en las tardes
Murmura al Creador naturaleza,
Al reclinar su lánguida cabeza
De la noche en el lecho funeral:

Himno de amor cual la oracion del niño
Que de hinojos oraba, y cuando el sueño
Tocóle con su vara de beleño,
Se reclinó en el seno maternal.

¡Oh! si tocara mi abrasada frente
Y adurmiera mis férvidas pasiones;
Si en ensueño inmortal, mis sensaciones
No dejaran en mi alma amarga hiel;
¡Cuán libre el pensamiento volaría,
Mundos salvando y recorriendo espacios,
A levantar efímeros palacios
En un mundo fantástico como él!

Mas traigo aquí mi corazon marchito,
Del que cayeron tantas ilusiones,
Cual de otoño á los broncos aquilones
Hojas ¡ay! de estos árboles caerán.
Para ellos una fértil primavera
Traen en triunfo rápidos los años;
Y en mí, tronco podrido, desengaños
Donde ántes ilusiones brotarán.

Grande es la soledad, aunque el invierno
Sus robles cambie en esqueletos secos:
Cubriendo el musgo bienhechor los huecos,
Conserva el gérmen de la vida allí.

¡Ah! que el hombre en sus míseros harapos
El gérmen solo de su muerte guarda;
Y á su raza pasándole bastarda,
Es infecundo, estéril para sí.

Es solemne esta hora, en que una duda
La mente embarga, el corazon oprime.
La pobre humanidad, que lucha y gime,
¡Camina al apoteosis ó á la cruz?

Su miseria mortal sacudiría
Para seguir en pos de una creencia,

POESIAS

Si este incierto crepúsculo á su ciencia
Preludíase una sombra ó una luz.

Triste es dudar, y el noble pensamiento
Cual la materia inerte ir arrastrando,
Y al pié de los cipreses meditando
En misterios que vela el porvenir.

Tristísimo pasear por la existencia
Con la duda en el alma, una mirada,
Y contemplar la raza condenada
Por el polvo del mundo á discurrir.

Léjos de mí su fúnebre memoria;
Léjos de mí su horrísono bullicio:
Hace el ara, aun despues del sacrificio,
A la olvidada victima temblar.

¡Feliz, si á tristes desengaños frío,
Vivir pudiera en lánguido reposo,
O detras de un pasado tormentoso
Los mares del olvido colocar! . . .

Augusta soledad, hora sublime,
Llenad mi corazon de vuestra calma:
Honda meditacion eleve mi alma
En éxtasis purísimo hasta Dios.

Vaga melancolía, un sentimiento

Triste y dulce en mi seno se difunde,
Y el mundo, y sus recuerdos, todo se hunde
Ante el silencio angusto de las dos.

IV

Mas en torre lejana,
Como voz de otro mundo, al alma avisa
Clamor de una campana
Que llama á la oracion:
Trae á mi oído lánguida la brisa
Ecos solemnes del sagrado són.

POESIAS

V

¡Ah! los que en la tierra fuísteis
Dignos del cielo y de vos;
Los que puros sucumbísteis
Y en espíritu os hundísteis
En la inmensidad de Dios;
Los que, pájaros caídos
Volviendo á los patrios nidos,
Bajo el ala maternal,
Llevasteis las almas puras
A las mansiones seguras
De beatitud perennal:

Los que sois polvo en la vida,
Y ángeles ante el Señor;
Plantas que en fango escondida
Teneis la raíz podrida,
Y en el tallo blanca flor;
¿Perdísteis ya la memoria
De esta tierra transitoria
De miseria, de orfandad?
¿O ese acento venerando
De tumba en tumba rodando
Cae en vuestra eternidad? . . .

Tras combate furibundo
Gozais suprema quietud.
¡Dormid! que el sueño profundo
De esa eterna beatitud
No turbe un eco del mundo.

Yo os consagro un pensamiento
Hora que estremece el viento
Ese fúnebre clamor:
En mis locos desvaríos
Nunca ¡oh manes de los míos!
Nunca os olvidó mi amor.

Léjos ¡ay! vuestros despojos
 Y vuestras tumbas están:
 Ni en éstas caeré de hinojos,
 Ni sobre aquellos mis ojos
 Verter lágrimas podrán.
 Mas creo ver vuestro giro
 Y en mis vigilijs os miro,
 Y os tengo en mi corazon;
 Y siempre á mi lado os sientó,
 Os hablo, os toco, y ni al viento
 Que abrazo, huye mi ilusion.

Es verdad que cuando el alma
 Digna ya de santa palma,
 Su mortal prision quebrante,
 A vos se unirá en la calma
 De la eternidad triunfante;
 Mas nunca de vuestras frías
 Cenizas, las pobres mías
 Al lado reposarán.
 No: que en lejano hemisferio
 Del infortunio al imperio
 Sin nombre se esparcirán.

VI

¡Mi alma yace en soledad amarga!
 ¡Cuándo podré la deleznable carga
 En la losa de un túmulo posar?
 Dios quiso que mi senda recorrieran,
 Y que mis pasos trémulos siguieran
 La duda, el desengaño y el pesar.
 Si hizo nacer en mi camino abrojos,
 Puso lágrimas muchas en mis ojos,
 Y en mi pecho también resignacion.
 ¡Bálsamo celestial, santa ambrosía!
 De mis lábios cayeron día á día
 Palabras de ternura y bendicion.

VII

Mas ya espira el crepúsculo; brillante,
 Tras de los montes, la modesta luna
 Asoma entre la niebla, que importuna
 Cual pálido reflejo, sube en pos.

Así, al traves de un velo de misterios
 Jamas alzado por humanos bríos,
 Allá, detras de los sepulcros fríos,
 Se alza sublime la esperanza en Dios.

Setiembre 1843.

TRADUCCION

DE VÍCTOR HUGO

DUERME en la alcoba sombría,
 Cerca de un humilde altar,
 Pálido niño, á la sombra
 De alto lecho maternal.
 En tanto que así reposa,
 Su párpado virginal
 Para la tierra cerrado,
 Se abre para el cielo ya.
 ¡Cuántos sueños! . . . Mira alegre
 Un vastísimo arenal,
 De relucientes diamantes
 Cubierta su inmensidad;
 Y mira radiantes soles,
 Y hermosas que con afán
 En sus brazos, almas puras
 Llevan á la eternidad.

POESIAS

¡Dulce ensueño! . . . Ve arroyuelos
 Y oye una voz celestial
 Que del agua clara sale
 En armonioso cantar.
 ¡Qué hermosas ve á sus hermanas!
 Junto á ellas su padre está:
 Con alas, como las aves,
 Sueña á su madre mirar.
 ¡Ve tantas cosas tan bellas! . . .
 Lirios, jazmin y azahar,
 En un corredor que cubren
 Pabellones de arrayan;
 Lagos do los peces nadan
 Bajo el onda de cristal
 Que en las cañas de la orilla
 Se arruga y riza al tocar. . .

¡Ah! duerme siempre, amor mio!
 Duerme ¡oh niño! duerme en paz.
 Tu alma de querube ignora
 Adónde tus días van.

¡Qué importa? Como alga muerta
 Vas por el turbio raudal:
 Te arrebatá la corriente;
 Pero tú durmiendo vas.
 Sin cuidados, sin afaes,
 Tú duermes al caminar:
 De la inquietud fatigosa
 Nunca la mano glacial
 Sobre tu cándida frente
 Que aun sin arrugas está,
 Con sus estériles uñas

¡Mañana! escribe tenaz.

¡El pobre duerme! Los ángeles
 Que saben desde ántes, cuál
 De los míseros humanos
 La suerte cierta será;

POESIAS

Viéndole inerme y tranquilo,
 Sin temor y sin pesar,
 Le besan las manecitas
 Con lágrimas de piedad;
 Con sus lábios, de los suyos
 Rozan la miel al pasar;
 Y el niño, que ve que lloran,
 ¡Gabriel! les dice no mas.
 Pero el arcángel le toca;
 Y su cuna al menear,
 Le pone en la boca un dedo,
 Y otro alza al cielo inmortal.

Mas la madre se apresura
 El rubio niño á arrullar,
 Creyendo que algun ensueño
 Negro, le oprime tenaz.
 Con alto orgullo le admira;
 Y oyéndole suspirar,
 Le hace sonreír dormido
 Con un beso que le dá.

Octubre 1843.

SONETO

EL tronco antiguo la raíz encubre
Pálido, el ántes verde cortinaje
Que arrancó del magnífico ramaje
El soplo audaz del aquilon de Octubre.

Así á sus plantas la vejez descubre
De ilusiones caídas el follaje,
Que, como al sol un fúnebre celaje,
Lo pasado á sus ojos tristes cubre.

Al contacto de Abril pimpollo tierno
En el yerto ramaje brota, crece
Y vive hasta las nieves del invierno:

El tronco para siempre al fin perece;
Y solo ¡oh privilegio! el hombre, eterno
Mas allá de la tumba reflorece.

1845.

DIA NUBLADO

EN vano desde la aurora
Volví al Oriente mis ojos,
De un sol de invierno esperando
Los resplandores dudosos.

No ví las tintas de grana,
Ni los celajes de oro
Que en pliegues de luz y sombra,
En ondas de azul y de ópalo,

Flotan sobre el sol naciente,
Como pabellones rojos
Sobre la cuna tranquila
De un monarca niño y blondo;

Ni la ráfaga que toca
Del astro al trémulo globo,
Y lentamente se aparta
Después de ceñirle en torno:—

Beso y abrazo de madre
Al hijo inocente y mozo,
Cuando del hogar paterno
Párte á países remotos.—

Ví solo la sombra oscura
Desde el horizonte lóbrego
Guiar sus pasos de niebla
Por el firmamento todo.

Ví las cenicientas nubes,
Desplegar su espeso toldo;
Correr, juntarse y formar
Nubarrón inmenso y solo,

123

122

POESIAS

Que bajando hácia la tierra
 Negro, triste y silencioso,
 Parecer el cielo hacia
 Mas cercano á nuestros ojos.
 El aire pasaba frío
 Por los árboles del soto,
 Que sin hojas en las ramas,
 Crugían con rumor sordo:
 Los flacos miembros desnudos
 De algun mendigo andrajoso,
 A su contacto de hielo
 Se entumecían; y atónitos,
 Con el plumaje erizado,
 Los pájaros melancólicos
 Medio dormidos temblaban
 En los huecos de los troncos.
 Junta el pastor taciturno
 Debajo un árbol añoso,
 El rebaño que pacía
 Por el ya desnudo soto;
 Y el labrador entregado
 A estéril, triste reposo,
 De su cabaña en la puerta
 Tranquilo medita y solo.
 La altiva ciudad levanta,
 Cual mil brazos de un coloso,
 Cúpulas y torreones
 De sus edificios dóricos.
 Dejad que en su centro abunden
 Placeres que dan sonrojo. . . .
 ¡Tambien el silencio reina
 De esos palacios en torno!
 Mas ya escasas gotas frías
 A una ráfaga del noto,
 Caen en el pavimento
 Con triste rumor sonoro.
 Pasa la ráfaga al punto,
 Y una llovizna de pronto

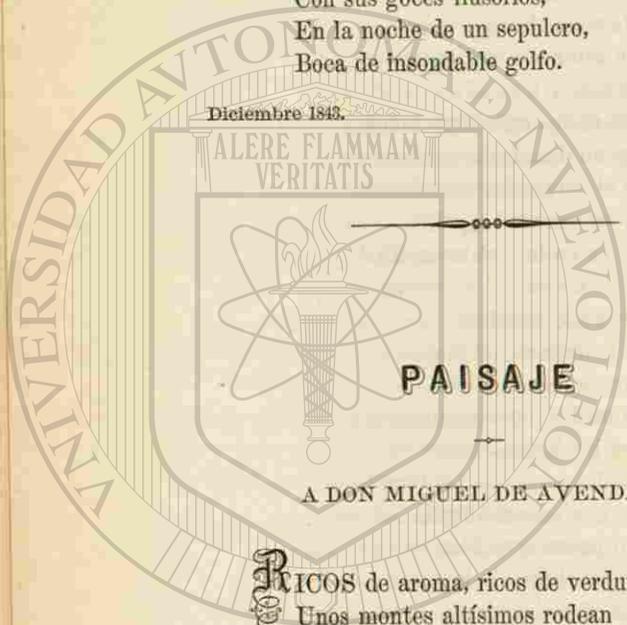
POESIAS

En hilos imperceptibles
 Desciende hasta el seco polvo.
 Sutil, helada, continúa,
 De la tierra á lo mas hondo,
 Del cuerpo á lo mas interno
 Lleva su glacial encono;
 Y la sensacion que causa
 Tenaz azotando el rostro,
 Reproduce y multiplica
 Su frío en los miembros todos.
 ¡Así un desengaño crudo
 Hierde el corazon, y ronco
 Halla un eco prolongado
 Del alma en lo mas recóndito!
 Las horas calladas cruzan
 Bajo el cielo nebuloso,
 Como fantasmas del aire
 Por las noches del otoño.
 Sus tardos pasos publican
 Solo en los bronces sonoros,
 Que en las torres de los templos
 Vibran con ecos medrosos.
 Pero pasan invisibles,
 Como por el mundo loco
 Pasa la virtud modesta
 En su humilde traje propio.
 Sobre sus alas el día
 Corre, hácia el Poniente próximo;
 Y cuando toca su frente
 De la noche el dedo lóbrego,
 Cae á pedazos en ella,
 De sus fauces á lo hondo,
 Como en popular tumulto
 Los despedazados tronos,
 Y así perece ese día
 Sin sol, sin colores, como
 En infecundo cerebro
 Un pensamiento grandioso.

POESIAS

Día nublado es la vida ;
 Su lluvia el humano lloro,
 Y el frío del desengaño
 Hiela el ardor mas fogoso :
 Día nublado que cae
 Con sus goces ilusorios,
 En la noche de un sepulcro,
 Boca de insondable golfo.

Diciembre 1843.



A DON MIGUEL DE AVENDAÑO

RICOS de aroma, ricos de verdura,
 Unos montes altísimos rodean
 Valle feraz ; magnífica llanura

Do entre mieses los ríos serpentean
 Hasta hallar en el mar la sepultura.

El llano surca el ponderoso arado
 Del tardo buey tras la profunda huella ;
 Sobre él robusto el labrador cansado,
 Va por la tierra-móvil arrastrado,
 Su amor cantando en lánguida querella.

Por las verdes laderas esparcidos
 Blanquísimos rebaños discurriendo,
 Pacen la grama, ó véñse reunidos

POESIAS

Del adusto mastin á los ladridos,
 Del honda del pastor al rudo estruendo.

El ronco són del caracol espira :
 Por la vereda retoreída y larga
 Del leñador el carro se retira ;
 Áspero cruge, y lentamente gira
 So el peso grave de la verde carga.

Un caserío, en cuyos muros viejos
 Sus vástagos la vid trepante muestra,
 Allá blanquea entre árboles añejos ;
 Bosques y caseríos á la diestra,
 Y á la siniestra mano vense al léjos.

Corta en giros fantásticos la viña
 Las amarillas mieses por el valle ;
 Y levanta la iglesia á dominalle,
 Aislada en medio á la feraz campiña,
 Airosa torre de moruno talle.

De allí se ven la ermita y la cabaña
 Que en la eminencia opuesta brillan solas :
 Playas, rocas oculta la montaña,
 Que, al quebrantarse el mar, soberbio baña
 Con las blancas espumas de sus olas.

Flores doquier, doquier alguna fuente
 Do se miren los álamos gallardos ;
 Doquiera mece nidos el ambiente :
 Fresca la primavera, estío ardiente,
 Dan allí, al parecer, pasos mas tardos.

¡Que no pudiera yo tornar agora
 A recorrer tan mágico paraje ;
 Y arrancar de mi cítara, que llora
 Siempre de ausencia, cántiga sonora
 A tan risueño, encantador paisaje!

¡Tornar á aquellos cándidos placeres
Estériles entonces, hora que el alma
Sabe gozar, verterse en otros séres,
Y con beso de amor, dejar la calma
En el labio gentil de las mujeres!

¡Que á mi ansiedad, como los vientos vaga,
Allí no hubiera una mujer brotado;
Y con su voz, como la antigua maga,
Aquellos sitios que la brisa halaga
Hubiera en mundos de placer tornado!

Mas no sentía amor. Cual blando ensueño
Corría el tiempo sobre mí tranquilo;
Todo giraba en derredor risueño;
Dulce era el despertar, sereno el sueño
De mi rústico albergue en el asilo.

¡Todo cambió! La tempestad sombría
Su ceño asoma por el pardo monte,
Y del viento la ráfaga bravía
Nubes empuja: desaparece el día;
La sombra envuelve el mar y el horizonte.

Se aleja el labrador, con pausa toca
De su choza á la puerta; en los escaños
Al amor de la lumbre se coloca;
Y en la sierra y el valle á los rebaños
El rudo són del caracol convoca.

A la espantable voz de la tormenta,
Cual siervos ante el dueño, se doblegan
Los altos robles, y en las breñas pliegan
Y despojan sus copas de verdor.

En movimiento rápido, uniforme,
Se vé la ondulacion rauda extenderse,

Por las cumbres trepando, hasta perderse
A la par del horrísono rumor.

Surca el salobre piélago la nave
Entre un velo de bruma; álzase y choca
El onda hirviendo en la gigante roca,
Ceñida por el negro nubarron.

Triste está la llanura y solitaria;
El cuervo lanza funeral graznido;
Y del viento y del mar entre el bramido,
Suena de ermita humilde el esquilon.

Al azote del ábrego se abaten
Mustias allá las tembladoras mieses:
Aquí los melancólicos cipreses
Un cementerio indican. . . ¡Contemplad!
¡Tumbas y cruces! Lo mortal, lo eterno;
La existencia que acaba, y la que empieza;
La terrenal miseria, y la grandeza
De un mundo de esperanza y de verdad!

Como olvidada espiga en mies segada,
Estoy entre los mios que reposan;
Mi alma, en tanto, lúgubres acosan
Vagos presentimientos, hondo afan.

El cárabo se posa en los sepulcros,
Que con súbito estruendo ábrense y lanzan
Sombras opacas, que en silencio avanzan
Y como trombas por los aires van!

En vano fué arrancarme á aquellos sitios
Do me asaltaron fúnebres visiones:

¡Todavía esos negros nubarrones
Ciernen sus pardas alas sobre mí!

¿Do están los montes de verdor cubiertos?
¿Dónde los cielos y los campos? ¿Dónde
Sus flores mil la primavera esconde,
Y la fuente el cristal? . . . Ya no los ví. . .

POESIAS

Así de la infancia nuestra
Desparece la bonanza,
Tras de ráfaga siniestra
Precursora de mudanza.

Frágil pino en tarde bruna
Por irritado elemento,
Lánzase nuestra fortuna
Al porvenir turbulento.

Naturaleza augusta! Donde quiera
Que risueña ó terrible,
Con el canto de un ave pasajera,
Con la luz del relámpago visible,
Con el rumor del invisible trueno
O el mugir de los mares
Respondiste á mis íntimos pesares;
Allí te amó con frenesí mi seno,
Allí te alzó mi pensamiento altares.
Ya que los campos de mi patria, en calma
Y sin amor corriese,
O ya que al pié de americana palma
Mi corazón sin brío falleciere;
Los sitios melancólicos, salvajes,
Los risueños paisajes
Que mi vista halagaron,
Cual de una amante el suspirar primero,
Cual de una madre el sonreír postrero,
En mi memoria eternos se grabaron;
Y en mi memoria donde eternos viven,
Culto, y amor, y adoración reciben.

Abril 1843.

MEDITACION

SONRIE Abril: la lumbre esplendorosa
El espacio purísimo enrojece;
El aura inquieta por los valles mece
La rubia espiga de la mies copiosa:
El álamo gentil, el triste sáuce
Brindan con fresca, deleitable sombra;
Tortuoso en tanto por la verde alfombra,
Llena el arroyo el florecido cáuce.

Al junco de la márgen se entreteje
Rosa encendida, en voluptuoso enlace;
Él en su aroma virginal se place,
Y contra la onda rauda la protege.
Solitario cantor desde el vecino
Ramaje, la envidiada union celebra,
Y cuando el curso entre las guijas quiebra,
Responde el agua al melodioso trino.

Todo en redor con galanura nueva
Y juventud risueña me saluda;
Solo el viejo pesar que nunca muda,
Por la aspereza del dolor me lleva,

Como el hambriento lobo que al aprisco
Audaz arranca tímido cordero,
Y ensangrienta del áspero sendero
La aguda espina y el punzante risco.
Quizás el curso mi pesar suspende
Al borde del horrendo precipicio:
Cierra entónces mis párpados propicio
El arcángel del sueño, y me defiende.

Tal vez creyendo efímero delirio
 Mi bárbaro sufrir, despierto al punto,
 Y á los objetos próximos pregunto
 Si hay martirio mayor que mi martirio.
 —Mis ojos ven al perseguido justo
 Devorar sus tormentos y su llanto;
 Tiembla escondida la inocencia, en tanto
 Triunfante pasa la maldad sin susto.
 La enlutada orfandad en desamparo,
 La pálida pobreza advierto unidas;
 Y veo con dolor que entre otras vidas
 Surge la mía cual radiante faro.
 Infelice no soy: las que á mi alma
 Se precipitan férvidas pasiones,
 No turbaran con tristes sensaciones
 Del sabio helado la constante calma.
 Las dudas que mi espíritu oscurecen
 Su fúlgida razon disiparía. . . .
 ¿No viven el insecto, el ave un día
 Sin preguntar qué son, cómo perecen?
 Y aun hay en este bajo mundo oscuro
 Quien blanca flor de mi existencia sea,
 Y cuando el aura el amor la orea,
 Exhale para mí su aroma puro;
 Quien se apoye en mi seno cual la rosa
 En el junco flexible de la orilla;
 Quien cante, melancólica avecilla,
 En secreto su llama misteriosa.
 No obstante, alguna venenosa planta
 Se arraiga en mi interior, crece y vegeta;
 El vuelo de mi espíritu sujeta
 Cual la astuta serpiente al ave encanta.
 El conturbado pensamiento oprime
 Un horizonte lóbrego y estrecho;
 Cual rumor subterráneo, en todo pecho
 Hay un acento que incesante gime.
 Tribulacion universal! Retarda
 La noche el negro paso. . . mas vislumbra

En Oriente una luz, arde, se encumbra,
 Y arrolla el claro sol la sombra parda.
 Las miserias que en torno la circuyen,
 La amargura que arrastra con desmayo
 La flaca humanidad, ante tu rayo
 ¡Sol de la eternidad! cual sombras huyen.—
 Cuando sucumba la materia inerte,
 De esperanza y de fé mi ánima llena,
 Para partir se ceñirá serena
 El invisible velo de la muerte.
 Así de la dorada prision rota
 El águila caudal lánzase al cielo;
 Así arrojado en el mármóreo suelo,
 Rómpele el vaso y el perfume brota.

Abril 1845.

EL SUEÑO DEL INFORTUNIO

§ OLIVIAN los pesares la cadena,
 Cuando al tormento bárbaro rendido
 Doblégase el mortal, y en larga vena
 Rompe el amargo llanto reprimido:
 Entonces esparcido
 En derredor un lánguido beleño,
 Los fatigados párpados halaga;
 Y en las alas del sueño
 La mente por aéreos mundos vaga.
 Ya en el fondo de lóbrega mazmorra
 Do espire no escuchado su lamento,
 Do sin que estéril compasion le acorra,
 En silencio devore hondo tormento;

Tal vez creyendo efímero delirio
 Mi bárbaro sufrir, despierto al punto,
 Y á los objetos próximos pregunto
 Si hay martirio mayor que mi martirio.
 —Mis ojos ven al perseguido justo
 Devorar sus tormentos y su llanto;
 Tiembla escondida la inocencia, en tanto
 Triunfante pasa la maldad sin susto.
 La enlutada orfandad en desamparo,
 La pálida pobreza advierto unidas;
 Y veo con dolor que entre otras vidas
 Surge la mía cual radiante faro.
 Infelice no soy: las que á mi alma
 Se precipitan férvidas pasiones,
 No turbaran con tristes sensaciones
 Del sabio helado la constante calma.
 Las dudas que mi espíritu oscurecen
 Su fúlgida razon disiparía. . . .
 ¿No viven el insecto, el ave un día
 Sin preguntar qué son, cómo perecen?
 Y aun hay en este bajo mundo oscuro
 Quien blanca flor de mi existencia sea,
 Y cuando el aura el amor la orea,
 Exhale para mí su aroma puro;
 Quien se apoye en mi seno cual la rosa
 En el junco flexible de la orilla;
 Quien cante, melancólica avecilla,
 En secreto su llama misteriosa.
 No obstante, alguna venenosa planta
 Se arraiga en mi interior, crece y vegeta;
 El vuelo de mi espíritu sujeta
 Cual la astuta serpiente al ave encanta.
 El conturbado pensamiento oprime
 Un horizonte lóbrego y estrecho;
 Cual rumor subterráneo, en todo pecho
 Hay un acento que incesante gime.
 Tribulacion universal! Retarda
 La noche el negro paso. . . mas vislumbra

En Oriente una luz, arde, se encumbra,
 Y arrolla el claro sol la sombra parda.
 Las miserias que en torno la circuyen,
 La amargura que arrastra con desmayo
 La flaca humanidad, ante tu rayo
 ¡Sol de la eternidad! cual sombras huyen.—
 Cuando sucumba la materia inerte,
 De esperanza y de fé mi ánima llena,
 Para partir se ceñirá serena
 El invisible velo de la muerte.
 Así de la dorada prision rota
 El águila caudal lánzase al cielo;
 Así arrojado en el mármóreo suelo,
 Rómpe el vaso y el perfume brota.

Abril 1845.

EL SUEÑO DEL INFORTUNIO

§ OLIVIAN los pesares la cadena,
 Cuando al tormento bárbaro rendido
 Doblégase el mortal, y en larga vena
 Rompe el amargo llanto reprimido:
 Entonces esparcido
 En derredor un lánguido beleño,
 Los fatigados párpados halaga;
 Y en las alas del sueño
 La mente por aéreos mundos vaga.
 Ya en el fondo de lóbrega mazmorra
 Do espire no escuchado su lamento,
 Do sin que estéril compasion le acorra,
 En silencio devore hondo tormento;

POESIAS

Ya en pobre pavimento
Acostado de mísera cabaña;
Ya en frágil nave contra el mar inerme;
Siempre olvida la saña
Del adverso destino, miétras duerme.

Abatida hasta el polvo la cabeza,
Pálido el rostro, el cuerpo sin abrigo,
De hielo el pié, la mano en la corteza
Del encorvado báculo, un mendigo
Reposa en sueño amigo
Junto al mármol de régia escalinata;
Mas súbito delirio le estremece,
Su frente se dilata
Y la risa en sus lábios resplandece.

De alcázares grandiosos le deslumbran
La pompa y el follaje, amor del moro:
Por salones de jaspe, do relumbran
Bujías mil en candelabros de oro,
Cual fugaz meteoro
Cruza risueña huri; su velo deja
Cubriendo de la espalda el niveo trecho,
Y al deleite apareja
Sedientos lábios y desnudo pecho.

Trémulo de placer, dudando abarca
Tesoros que fatigan su codicia,
Cíñe á su sien corona de monarca.
Ni el corruptor poder su virtud vicia,
Ni cae en avaricia;
Mas en copia feliz bienes derrama:
Póstrase ante él la agradecida tierra,
Y la historia le aclama
Pérfes nuevo en paz, César en guerra.

Jardin ante sus ojos se despliega,
Cual los vieron un tiempo las que ahora

POESIAS

Márgenes mudas el Eufrates riega;
Y de las várias plantas que atesora
Natura creadora,
Vé á sus hijos gozar las ricas flores,
Y en su placer el paternal se aumenta,
Cual de arroyos menores
El caudal de los ríos se acrecienta.

Gloria, felicidad, cuanto imagina
Bello y sublime el creador deseo,
Su existencia fantástica ilumina:
Acaso tan glorioso devaneo
El tristísimo arreo
De la miseria pálida perturba;
Revive, empero, su delirio á poco,
La vision que le turba
Juzgando aborto de un ensueño loco.

Mas el pié desdeñoso del magnate,
Del mendigo los miembros hollar quiso;
Su corazon sobresaltado late,
Abre á la luz el párpado remiso:
La ilusion de improviso
Huye; y perdido su brillante rastro,
Vuelve al antiguo llanto, de igual suerte
Que al morir el gran astro,
Lágrimas de rocío el cielo vierte.

En tanto que del próximo palacio
La música, la luz, el algazara
De las ojivas por el largo espacio
Brotan á mares; sin volver la cara,
En la nudosa vara
Apoyando el mendigo su flaqueza,
El inútil camino humilde emprende,
Y con mayor fiereza
La negra red el infortunio tiende.

POESIAS

¡Del prócer los estériles despojos
Cuánta horrible miseria aliviarían!
¡Cuánto llanto secaran ¡ay! en ojos
Que solo á Dios sus lágrimas confían!
¡Cuánto amor cogerían!
Mas cierran sus alcázares las puertas
Al infortunio, al mérito: y tan solo
Eneúctranlas abiertas
La gárrula lisonja, el sagaz dolo.

Diciembre 1845.



(ÚLTIMO CANTO DE CHILDE-HAROLD)

VIRGENES selvas, costa solitaria
Ofrécenme placer y arrobamiento:
Libre de intrusa gente, ó de contraria,
Música y sociedad junto al mar siento.
Amo á los hombres, pero más la vária
Naturaleza: al universo, exento
De cuanto he sido y soy, me identifico;
Ni callo lo que siento ni lo explico.

Tiende, tiende el oleaje azul-oscuro
Por tus vastas llanuras ¡océano!
De hierro, á domeñarte, y roble duro
Mil flotas surcan tu extension en vano.

POESIAS

Su paso por la tierra mal seguro
Señala en ruinas el poder humano;
Mas su dominio cesa con la playa,
Su bárbaro rigor aquí desmaya.

En tu líquido espacio toda ruina,
Toda devastacion es obra tuya:
De cuanta destruccion en tí maquina
El hombre audaz, queda no mas la suya
Cuando, gimiendo, cual burbuja indina
O gota de agua que de lo alto fluya,
Desparece ignorado en el naufragio
Sin féretro, sin tumba, sin sufragio.

No en tus sendas su rastro se conserva,
Ni halla en tus campos su codicia el precio:
Álzaste y le rechazas. Su proterva
Fuerza burlando, al cielo con desprecio
Le arrojas: allá vá entre espuma acerba,
Clamando á Dios en alarido recio
Que esperanza de un puerto no le vede;
Mas tú en tierra le estrellas. . . ¡allí quede!

Los bélicos aprestos que fulminan
Truenos y rayos á los fuertes muros
De ciudades que en rocas predominan;
Que con presentes males y futuros
De las naciones el reposo minan;
O en los dorados tronos inseguros
Que orgullosas metrópolis sustentan,
A los fieros monarcas amedrentan:

Los leviatanes de hiperbóreo encino,
Cuya estructura sólida y gigante
A su hacedor —de barro muy mezquino—
Hace asumir el título arrogante
De árbitro de la guerra y tu destino. . . .
Juguete, nieve son: tu ola espumante

POESIAS

Así discurre la edad florida
De dulces goces tras el iman,
Sin que su curso plácido impida
Cuidado insomne ó amargo afan.
Su voz del ave la melodía
Copia; la rosa pinta su tez;
La luz risueña del nuevo día
Presta á sus ojos la brillantez.
Todo á su anhelo grato responde,
Y de los gustos la ala fugaz
El mal que encubre, cauta le esconde,
Brindando solo vário solaz.
De lo pasado la remembranza
No arranca al seno triste gemir;
Hustra el iris de la esperanza
La incierta nube del porvenir;
Y en el presente firme mantiene
Su trono de oro dulce ilusion.
Perenne siempre por eso tiene
Su labio risa, fe el corazon.

¡Por qué al de Mayo florido campo
Estío aplica pronta segur,
Y huye la jóven edad, cual lampo
Que en clara noche fulge hácia el Sur?

Si eterna fuese la primavera
Y los floridos años tambien,
Un paraíso el mundo fuera
Que haria inútil el otro Eden.
Tal ser debian hombre y natura
Sin la caída del triste Adan;
Ésta brindando calma y ventura,
Aquel exento de años y afan.

Mas al pecado del primer hombre
Perdieron ambos su juventud;
De cano invierno súpuse el nombre,
Y andando vino la senectud.

POESIAS

¿Dónde habrá llanto de ojos humanos,
Dónde de flores rocío tal,
Que á llorar basten los soberanos
Males que trajo el primer mal?

Solo Dios pudo con su alta ciencia
El grano entre ellos sembrar del bien,
Y tras la noche de la existencia
Poner la aurora del santo Eden.

Dios, que del caos la luz suprema
Supo á un acento solo sacar,
Y del trabajo —rudo anatema—
Hizo la fuente del bien brotar;

De la primera sentencia amarga
Con que á natura y hombre affigió,
Gran recompensa con mano larga
Piadoso educe, de ambos en pró.

Si eterna fuese la primavera,
Si eterna fuese la juventud,
Ni otoño frutos opimos diera,
Ni honda experiencia la senectud.

JUNTO A UN RIO

A DON ANSELMO DE LA PORTILLA

A DONDE vas, río amado,
Que de inconstancia movido
O de ambición empujado,
Te alejas desacordado
De este campo florecido?
Hay ahora en tus orillas
Huertos y chozas sencillas,
Y ganados entre juncos:
Después, derrumbadas villas,
Arcos rotos, puentes truncos.
Ya en apacible remanso
Páres el corriente sesgo,
Ya le sigas luego manso,
Aquí te brinda el descanso,
Allá te amenaza el riesgo.
Porque allá, en agrestes breñas
Con ronco empuje te agitas:
Te contrastan rudas peñas;
Y mientras en triunfos sueñas,
Esclavo te precipitas.
Ayer arroyo naciente,
Hoy río caudal y pronto,
Mañana airado torrente,
Siempre á las fáuces del ponto
Llévaste en afán creciente.

POESIAS

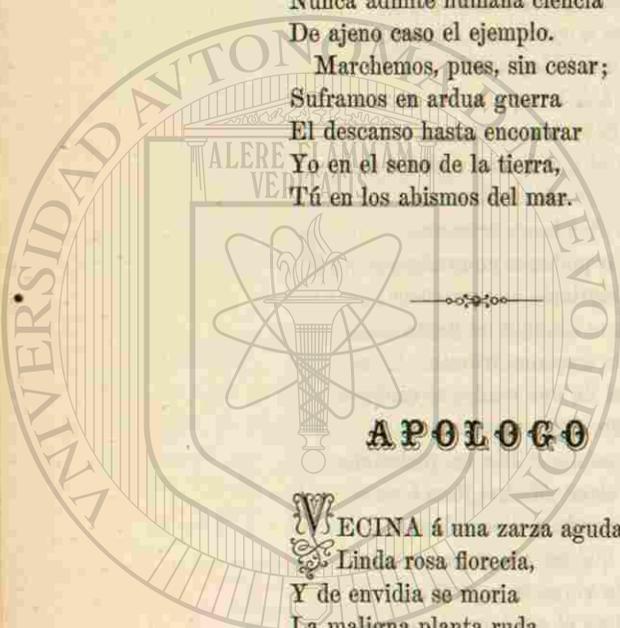
Así con fortuna vária
E irrevocable destino,
Sigue el mortal peregrino
Hacia losa funeraria
El comenzado camino.
Eternamente marchar
Fuése á entrambos dura guerra:
Por eso es ley tutelar
Que á él le sepulte la tierra
Y á tí te devore el mar.
Si al que baña en olas fieras
Aquellas cántabras rocas
Do ví las luces primeras,
Llevar pudieses enteras
Las lágrimas que provocas;
Yo te confiara mi llanto
Y mis suspiros: tributo
Aquel de una madre al santo
Cariño, éstos vano fruto
De ausente patria en quebranto.
¡Patria! ¡Madre! Rica fuente
De ternura y bienandanza.
¡Por qué de vos gimo ausente?
¡Ni de veros la esperanza
Siquiera el alma presente!
Como tú de estos lugares,
Huyendo los patrios montes
Aspiré á nuevos hogares,
A mas dilatados mares
Y á mas anchos horizontes.
¡Pobre niño! Yo ignoraba
Que del bien me despedía
Y de la paz me alejaba;
Que el huracán me seguía
Y el naufragio me aguardaba.
De idéntica suerte fuimos.
En escondidas montañas
Los dos origen tuvimos:

POESIAS

Despues regiones extrañas
Insensatos recorrimos.

Uno de otro en la experiencia
Escarmentar. . . Mas contemplo
Que, orgullo ó insuficiencia,
Nunca admite humana ciencia
De ajeno caso el ejemplo.

Marchemos, pues, sin cesar;
Suframós en ardua guerra
El descanso hasta encontrar
Yo en el seno de la tierra,
Tú en los abismos del mar.



APOLOGO

VECINA á una zarza aguda
Linda rosa florecía,
Y de envidia se moría
La maligna planta ruda.

Mas una tarde la rosa
Muere al cierzo que la embiste,
Mientras la zarza resiste
Con firmeza milagrosa.

Así admira el universo
Con fe que á su dicha incumbe,
Cuán pronto el bueno sucumbe
Y cuánto dura el perverso!

EL ÁRBOL VIEJO

A DON RAMON I. ALCARAZ

GENAZ la segur, mordiendo
El pié de encina robusta,
La derriba con estruendo
Que el valle y el monte asusta:

Y el leñador que contempla
De su hacha el bárbaro estrago,
Su arrepentimiento templa
Quejas dando al aire vago.

—“Necesidad rigorosa
E interés aborrecido,
Que el verde honor de la hojosa
Floresta habeis abatido;

Maldita la hora sea
Que de codicia al arrullo,
Cedí esta noble presea
Del ciudadano al orgullo.

Allá, con bruñido afeite
Ornará su regio techo,
O de su mesa el deleite,
O su voluptuoso lecho:

Allá, al asiático lujo
Creces dará, en un palacio,
Árbol que humilde redujo
Su ambición á breve espacio.

A sombrear nuestras cabañas
Le plantaron mis abuelos;

POESIAS

Fué amor de nuestras montañas
Y encanto de nuestros cielos.

A su pié vivieron ledas
Robustas generaciones
Que habitan ahora quedas
Las fosas de los panteones.

Bajo su sombra debía,
Después de afanes prolijos,
Acabar la vida mía
Y la vida de mis hijos.

Las aves que en él gorjeaban
Con delicados primores,
O en la rama edificaban
El nido de sus amores;

Ya en agitación y espanto
Se albergan en rudo espino,
O alzan el fúnebre canto
En el tejado vecino.

De la alegre primavera
Cuando retornen las brisas,
Viendo viuda esta ladera,
Suspenderán sus sonrisas.

Las ventiscas del invierno
Ante quien todo se encorva,
Juzgarán su triunfo eterno,
Pues nada su paso estorba.

Mas mi mano plantará
Fresno que al cielo se encumbra;
Sombra mejor nos dará,
Más frescura y dulcedumbre.

Tan risueño vaticinio
El corazón le alborozó:
Del hierro entrega al dominio,
El amparo de su choza;

Y mientras una mano dura
El árbol viejo destruye,
Otra próspera asegura
Nuevo que le sustituye.

POESIAS

Así en las revoluciones
De los tiempos, se estremecen
Antiguas instituciones,
Caducan, desaparecen;

A cuya sombra querida
Pasaron nuestros mayores
De la transitoria vida
Los gustos y los dolores;

Y otras, en tanto, se encumbran
Que el tiempo justo avalora.
Al fulgor con que deslumbran,
La humanidad se mejora;

Y por el agrio camino
Del mal, hácia el bien conduce
Su perfectible destino,
Que allá en lontananza luce.

Mas ¡ay! con honda tristeza
Ven los avisados ojos
Con qué profusa largueza
Siembra ruinas y despojos.

La pena que el pecho asalta
De firmeza le desnuda:
La fe quizás no le falta;
Mas le perturba la duda.

El temple mejor desmaya
Al aspecto de una ruina,
Por mas que sobre ella vaya
Brotando la nueva encina.

Nunca de sí desespere
La humanidad. Aunque en puro
Culto el pasado venera,
Tienda la vista al futuro.

Y el árbol viejo apartando,
Cultive el nuevo, que avanza
En su sávia concentrando
El porvenir, la esperanza.

EL SUEÑO DE LA PROSPERIDAD

No siempre despejado el firmamento,
Cúpula de zafiro resplandece;
Ni el ponto en cadencioso movimiento
Por las tendidas playas se adormece.
Túrbase y oscurece
Mudable el horizonte; la tormenta
Que presagia la cándida gaviota,
En los mares revienta
Y con estruendo el promontorio azota.

Admira el universo en ley alterna
Bien y mal, desencanto y esperanza:
Todo con firme cetro lo gobierna
Versátil, mas fecunda, la mudanza.

Sube así á bienandanza
La abatida pobreza; así desciende
Alcurnia ilustre á oscura muchedumbre,
Y en el polvo se tiende
Quien del poder caduco holló la cumbre.

Aun el mortal á quien ventura sobra,
A quien de paz sonríe é cuanto cabe
En este golfo de eternal zozobra,
¿Nunca una sirte receló do acabe
Su portentosa nave?
¿Jamás sintió turbar su calma augusta
De inopinado mal áspero ceño? . . .

POESIAS

Pues al ménos le asusta
La horrenda imágen en convulso sueño.

Tras luengo insomnio, necesario fruto
De dias de ocio y noches de placeres,
Rinde al sueño el magnate su tributo
Cuando la aurora, en vivos rosicleres,
De los alados seres
Que alberga en frescas ramas la floresta,
La vista alegre y estimula el canto,
Y en ropaje de fiesta
Risueña cambia de la noche el manto.

En régia estancia, do la arabia goma
Voluptüosa atmósfera produce
Con el que espira enardecido aroma,
Lámpara de oro tenuemente luce:
Diáfano tul reduce
A misterioso espacio el rico lecho
Do en muelle pluma y delicado lino,
Disfruta satisfecho
Prócer gallardo el sueño matutino.

Del rostro bello el clásico contorno,
Del labio la entreabierta rosa pura,
Del párpado y pestaña el suave adorno
Que el ojo cubre en lánguida clausura,

Todo la alma ventura
Revela de aquel seno, que palpita
Cual linfa clara al éfiro amoroso:
Dijerose que imita
La dulce imágen del feliz reposo.

¡Oh dicha! ¡Oh bendición! Mas de repente
Su rostro horrible contracción arruga;
Tiembla el labio, encapota la ancha frente
Y una ardorosa lágrima se enjuga.
Negro ensueño subyuga

Su ántes sereno espíritu; le abate
A horrenda sima, y con violento impulso
El corazón que late,
La ardiente sangre precipita al pulso.

Fraude sagaz con arte lisonjera
Tiende la red en torno á la confianza;
De honores y riquezas se apodera:
De la miseria luego á ver se alcanza
El espectro que avanza,
Y con rauda segur, como la muerte,
Orgullo, bienestar, poder, renombre
En vil polvo convierte,
Vivir dejando, para escarnio, al hombre.

¡Con cuánto afán estériles trabajos
Mira pasar y cálculos prolijos!
¡Con cuánto horror contempla sus andrajos,
La flaca esposa, los hambrientos hijos!
Ante sus ojos fijos
La desnudez, el hambre, el abandono
Las dulces prendas de su amor oprimen;
Y con rabioso encono,
Por última esperanza, abraza el crimen.

Un vértigo fatal allá le empuja,
Y venga en sangre humana su martirio;
Pero el remordimiento sobrepuja
La íntima voz de su mortal delirio.
Junto al fúnebre cirio
Que á la víctima alumbra, del verdugo
La siniestra figura á ver acierta;
Siente en su éuello un yugo,
Arroja un grito horrisono, y despierta.

Sus miembros palpa, que copioso moja
Yerto sudor: los ojos vuelve en torno,
Aun pavoridos de mortal congoja:

Del lecho observa el conocido adorno:
Vé el gracioso contorno
De risueños semblantes que le miran,
Que disipando la postrera duda,
Dulce calma le inspiran;
Y en paternal sonrisa el susto muda.

¡Quién bastará á decir el gozo inmenso
Del ya tranquilo pecho, que aun palpita
Cual, tras fiera borrasca, el mar extenso
En remolinos túrbidos se agita?
¡Quién pintar la exquisita
Gratitud que al Excelso su alma rinde?
Mas pronto olvida el saludable aviso:
Traspuesto el falso linde,
Torna la tierra á serle un paraíso.

¡Oh Caridad! Si quien miró severa
La faz del infortunio en sueño vano,
Tus advertencias útiles siguiera
Con franco pecho y generosa mano;
Nuevo José, el arcano
Del ensueño profético, en sublime
Sentido interpretara,
Y el que en miseria ó en angustia gime,
Beneficios, consuelos cosechara.

¡Feliz quien de estos sueños al aviso
Los bienes de la tierra en poco estima;
De fortuna el favor goza sumiso;
Al caso adverso fortaleza arrima,
Y el ánimo sublima
A esfera superior, do sin mudanza
Perenne brota el manantial fecundo
De divina esperanza,
Que de allá vino á confortar al mundo!

ESPERANZA DE LA VIDA

Dije con dolor: ¡Esto es el hombre!
Espíritu inmortal, materia inerte:
Sombra y luz confundidas en un nombre,
Que solo puede segregar la muerte!

Brota del seno maternal gimiendo:
Cual nace un río, crece y se derrumba,
Por tormentoso cauce va corriendo
A sumergirse en la forzosa tumba;

Donde, harapo infeliz de su miseria,
Sarcasmo de su fuerza y de su gloria,
Abandona corrupta la materia,
Como deja el metal la vil escoria.

Un día nada mas. . . y borrascoso:
Una senda no mas. . . y sus linderos
Con turbio remolino polvoroso
Borrando van los huracanes fieros.

Si á ver un hora de quietud acierta,
Duermes sueño agitado el peregrino;
Pero enemiga aurora le despierta,
Y sigue en llanto el áspero camino.

Esencia de la vida es la esperanza;
Mas como poco las terrenas viven,
Pronto el fijado término se alcanza
Y en sus brazos las tumbas nos reciben.

Y allá vamos sin orden ni medida,
Sin que penetre la razon mas fuerte

POESIAS

Ni el oscuro secreto de la vida,
Ni el profundo misterio de la muerte.

Es la ventura como flor que nace
En aurora lluviosa del Abril,
Y al cierzo de la tarde en lodo yace,
De aroma despojada y de matiz.

Quizás sus dulces ilusiones vanas
Preludios de la eterna dicha son,
Y pasan como ráfagas livianas
Para avivar nuestra esperanza en Dios.

Despeñada por locos pensamientos,
Versátil juventud busca el placer:
De fama el humo y de ambicion los vientos
Solicita madura edad despues.

Distinto anhelo cada día brota,
No seguido de esclava realidad;
Y vierte el desengaño gota á gota,
Todo el acíbar del atroz pesar:
Y esas gotas al seno se deslizan,
Heces dejando de amargor sin fin
Que, veneno del gusto, tiranizan
De la razon la libertad feliz.

Fiebre es amor que en atractivo arreo,
Al deliquio del alma une soez
Deleite del sentido: su trofeo
Menor el frío desencanto es!

Poco, aun siendo la tierra toda de oro,
Fuera al empeño de codicia vil:
Cuanto más acrecienta su tesoro,
Sáciase ménos su esperanza ruin.

Aspira el odio á emponzoñar el viento,
La venganza al estrago universal;
Y espina de feroz remordimiento
Vuélvese de ambos la esperanza audaz.

Expectacion efímera doquiera,
Doquiera el brillo de engañosa luz;

POESIAS

Fuego fátuo que al hombre en su carrera
Guia desde la cuna al ataúd:

Que mientras el aura de la vida zumba,
Allí se esconde, y se aparece aquí.
De una esperanza en otra hasta la tumba,
Y siempre con dolor. . . . eso es vivir!

—
Pero hay una esperanza que á lo léjos
Faro parece á orillas de la mar;
Que destella sus fúlgidos reflejos
En medio de la oscura eternidad;
Que olvida la materia abandonada
En los senos del cóncavo ataúd,
Y al espíritu guia por la nada,
Tras sí dejando refulgente luz.

Es la esperanza de las almas puras
Que ponen siempre su esperanza en Dios,
Y cae en las humanas amarguras
Como lluvia en los campos sin verdor:

La esperanza del náufrago marino
Que sobre el mástil cabalgando vá;
La del viejo y sediento peregrino,
Perdido del desierto en la mitad;
Pura como de un niño el pensamiento,
Tierna cual de una vírgen la oracion,
Sublime cual la calma en el tormento,
Cierta, infalible cual la luz del sol.

Como áncora en el fondo del océano,
De la existencia en la tormenta cruel,
A la infancia sostiene con su mano,
Con su báculo corvo á la vejez.

Va arrastrando magnífica en el suelo
Las orlas de oro de su manto azul,
Y las estrellas le ornan en el cielo
La humilde frente con laurel de luz.

Acá tiene en la tierra su guarida,
Y del sepulcro en la region tambien;

POESIAS

Por eso es la esperanza de la vida
Y la eterna esperanza del no sér.

El viento de la duda no menea
La antorcha que arde á sus desnudos piés;
Mas quieto en torno suyo se recrea,
Que es la antorcha sublime de la fe.

Brotan las ilusiones por do pasa,
Cual los colores á la luz del sol
Cuando del cielo por la oscura gasa
Derrama apénas el primer albor.

Y se alza la virtud fortalecida
Al rozarla su manto virginal,
Cual la yerba doblada ó abatida
El brezo que la oprime al apartar.

Y eres tú, Señor Dios, esa esperanza:
Tú, que pesas severo en la balanza

Las horas de contento,
Los siglos de dolor.

Eres del hombre en el vivir impío
La primera esperanza, tú, Dios mio;
La última esperanza, tú, mi Dios!

Mayo 1843.

EN LA IGLESIA DE

¡DIGO brotar del órgano sonoro
Puro raudal de mística armonía;
Siento la ardiente inspiración que envía
La santa religión.
Las bóvedas del templo se conmueven
Al solemne crugir; arde el incienso,
Y del coro levántase al Inmenso
Profética oración.

Un bálsamo en mi pecho se difunde;
Puedo mas libre respirar; mis venas
En blanda pulsación agita apenas
De mi sangre el correr.
Mi alma á la sombra del altar se acoge;
Grato frescor mi pensamiento orea,
Y vaga en él la consolante idea
Del Increado Sér.

¿Por qué será que el misterioso ambiente
Que del templo los ámbitos recorre,
Tan pronto el llanto de mi ojos borre,
Y de mi alma el dolor?

¿Por qué será, que al viejo peregrino
La sombra amiga de la aislada palma
Seque, del día en la abrasante calma,
De la frente el sudor?

Aquí está Dios, inmenso y poderoso;
Aquí derrama su gigante sombra;

POESIAS

Aquí la boca que con fe le nombra,
Halla tregua á su sed.
Aquí es su voz el órgano sonoro;
Aquí una religión, como él grandiosa,
Su mano omnipotente y misteriosa
Escribe en la pared.

Aquí luce la estrella de los tristes;
Aquí la Virgen del dolor me llama,
Y de su aliento el bálsamo derrama
Benigna sobre mí.
Como ella padeció, madre amorosa,
De mi amargo pesar se compadece.
Ah! por eso mi llanto desaparece,
Y mi dolor aquí!

Tú, que en la oscuridad de mi existencia
Eres, Señora, luminoso faro,
Desciende á mi profundo desamparo,
A mi hondo penar.
Yo acudiré á tu solitario templo:
Yo aspiraré su brisa perfumada,
Y aquí, en mi corazón, ¡Madre adorada!
Te elevaré un altar.

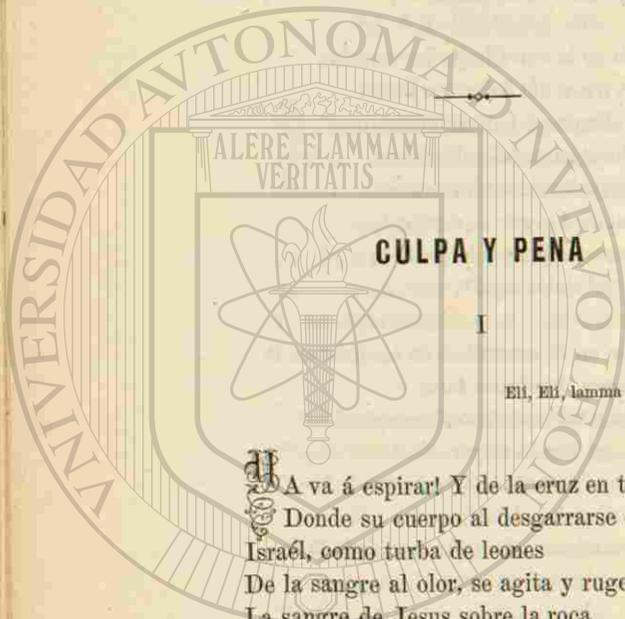
¿Con qué lengua decir, Virgen sublime,
Mi amor, mi adoración? ¿Cómo la lira
Con los ecos mundanos que suspira
Tan alto amor dirá?
Jamás mi corazón tu amor confunde
Con el amor ternísimo de aquella
Madre, que llora en otra playa bella,
De ese mar mas allá.

¡Oh flor del Paraíso! en tu santuario
Tu perfume adoré. Ruega ¡oh María!
Por mí, cuando las tumbas dore el día
De justicia y terror.

POESIAS

No mi sentencia temeré, si entónces
 Tu labio ¡oh Madre! ante el Señor me nombra;
 Si la escucho de hinojos, á la sombra
 De tu materno amor!

Julio 1843.



Ya va á espirar! Y de la cruz en torno
 Donde su cuerpo al desgarrarse cruge,
 Israel, como turba de leones
 De la sangre al olor, se agita y rugie.
 La sangre de Jesus sobre la roca
 Lentamente gotea:
 Baña el sudor su faz, donde aun negrea
 El ósculo de Júdas; y su boca
 Que la nueva virtud humilde y santa
 En sublimes parábolas vertía,
 Se cerrará, y su mística garganta
 Al tacto helado de la muerte fría.

Yerta está ya la milagrosa mano
 Que en los oscuros ojos luz ponía,
 Y vida del sepulero en el arcano;
 Yerto el pié que con bálsamo de nardo
 La Pecadora ungió, y que á la cumbre

POESIAS

Del Gólgota despues ascendió tardo
 De la cruz só la dura pesadumbre.

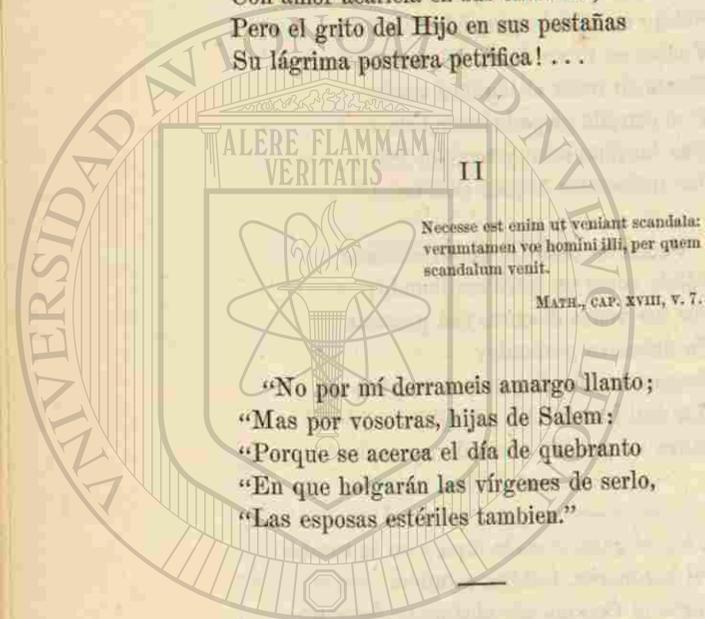
Ya va á espirar! Sus ojos tristemente
 Se fijan en la Madre dolorida,
 Del amado Discípulo en la frente;
 Súbito su mirada pavorida
 Vuelve en torno de sí; del desamparo
 Siente en redor el lúgubre vacío,
 Y su cerrado párpado humedece
 Una lágrima sola, y temblor frío
 Sus dislocados huesos estremece.

Vacila en tanto su gentil cabeza,
 Pálida como un astro moribundo;
 Por sus venas discurre con presteza
 Un desmayo profundo;
 Crugen sus dientes; árdese su pecho;
 “La sed! la sed!”. . . . suspira,
 Lanza un gemido aterrador, y espira!

Aquel gemido en la arpa y en la tumba
 Del bardo-rey, fatídico retumba;
 Turba el Cedron, por el Jordan desierto
 Va á apagarse en el fondo del Mar Muerto.
 Sin velo está el altar, sin luz el cielo;
 Se alzan los mares; chócense las rocas;
 Rumores mil que espantan
 Retruenan por los huecos subterráneos;
 Y asoman por las losas que levantan,
 Los flacos muertos sus blanquizcos cráneos.

Flota al viento en desórden, la melena
 Y la túnica pobre desgarrada
 De una triste mujer, de faz morena
 Por torrentes de lágrimas surcada:
 Su silencio, su pálida figura,

Su mirada sombría
 Revelan de una madre la amargura,
 Y atestiguan tan bárbara agonía.
 Aun al pié de la cruz, esa postrera
 Flaca esperanza, en desengaños rica,
 Con amor acaricia en sus entrañas;
 Pero el grito del Hijo en sus pestañas
 Su lágrima postrera petrifica! . . .



ALERE FLAMMAM
 VERITATIS II
 Necesse est enim ut veniant scandala:
 verumtamen vos homini illi, per quem
 scandalum venit.

MATH., CAP. XVIII, v. 7.

“No por mí derrameis amargo llanto;
 “Mas por vosotras, hijas de Salem:
 “Porque se acerca el día de quebranto
 “En que holgarán las vírgenes de serlo,
 “Las esposas estériles también.”

El polvo á lo léjos, cual grupo de nubes,
 Los límites borra del ancho sendero;
 De carros y de armas estruendo guerrero
 Retumba, se acerca con áspero són.
 Las máquinas crujen moviéndose tardas;
 La bélica trompa la esfera ensordece;
 Cual muro doblado de bronce, aparece
 En faz de batalla, romana legion.

Con ímpetu ciego las huestes arrolla,
 Los muros arrasa que opone Solima;
 Combate, destroza, al templo se arrima,
 Y arroja el incendio, que cébase en él.

Las ruinas, las llamas disputa el hebreo,
 Que el hambre extenua y el odio sustenta:
 Ni peste, ni hambre, ni sed le amedrenta,
 Y lidia y sucumbe con rabia cruel.

Por mano traidora la interna discordia
 Hermanos divide, los arma y azuza;
 La envidia su oculto puñal les aguza,
 Lanzándolos torva á bárbara lid:
 Y aquel que la peste y el hambre perdonan,
 O cae á los golpes de extraño ó de hermano,
 O dobla ante el fiero soldado romano
 La fuerte rodilla, la libre cerviz.

Cual lobos hambrientos las calles recorren;
 La carne sus ojos, sus lábios irrita;
 Ante ella el más fuerte de gozo palpita;
 Por ella combaten con ansia y furor.
 Las vírgenes yacen en polvo insepultas;
 Los flacos ancianos se tuercen y espiran;
 Las madres ahogan sus hijos, deliran
 O mueren sobre ellos con ronco estertor.

Más víctimas busca demente el sicario;
 El can que le sigue, sus cráneos quebranta:
 Crugiente el incendio voraz se adelanta;
 Milano y palomas sucumben al par.

Después en las ruinas humeantes, tranquilo
 Se sienta, limpiando la sangre, el soldado;
 Sobre ellas en triunfo pasea el arado,
 Y arrasa el impío, maldito lugar.

Jerusalén cayó! de su caída
 Aun el eco lejano nos arredra:
 Predicho fué que en la ciudad deícida
 No quedaria piedra sobre piedra!

POESIAS

Así serán destruidos
Pueblos y hombres, cuya frente
La sangre del inocente
Marque con sello fatal:
Jamás vivirán unidos
A otros pueblos ni á otros hombres:
Mas irá unida á sus nombres
Execración eternal.

Y como el pueblo deicida
Por el Cordero maldito,
Errante siempre, proscrito,
Sin hogar y sin nacion;
Agobiados por la vida
Irán bajo el propio crimen,
Solo excitando, si gimen,
Insultante compasion.

Abril 1844.

LA CRUZ

SONETO

BUENA de redencion hora suprema
Desde ántes de los tiempos decretada:
Ya de Jehová no es rayo la mirada,
Trueno la voz, el iris diadema.

De mansedumbre y caridad emblema,
En la cima del Gólgota sagrada
Cual víctima se humilla: rescatada
Vé Adan su prole al hórrido anatema.

El leño del patíbulo, do al mundo
Abre Jesus los amorosos brazos,
Es lábaro de lucha y de victoria:

Rompe la muerte el cetro furibundo;
Y al desatar los terrenales lazos,
Recobra el alma su pristina gloria.

1855.

ESPERANZA EN DIOS

(Traducción de Víctor Hugo)

ESPERA ¡oh niño! en mañana
Y siempre en mañana espera;
Creamos con fe sincera
En el hondo porvenir.
Siempre que al alba miremos
En la ventana pintarse,
A rezar nos levantemos
Como Dios á bendecir.

Nuestras culpas, ángel mío,
Causaron nuestros enojos.
Tal vez estando de hinojos
Largas horas ante Dios,
Cuando él haya bendecido
Cariñoso al inocente
Y luego al arrepentido,
Acabará por los dos.

HIMNO

ROMPA mi voz en cántico sonoro,
Como tras larga pena
Brotó el raudal de reprimido lloro:
Y en tanto que serena
La noche, cielo y tierra y mar abarca,
Y en sombras y en silencio los confunde,
Y blando sueño ó tormentoso infunde
Desde el libre mendigo hasta el monarca;
Mi férvida plegaria se levante,
Señor! hasta ese trono de diamante.

Las alas dobla el pensamiento débil
Cansado de admirar tu omnipotencia;
Lanza gemido flébil
Sumergida entre dudas la creencia,
Cuando la humana ciencia
El ímpetu no doma,
Y aspirando atrevida á comprenderte
De su soberbia al peso se desploma.
Y solo la oración, blanca paloma,
Ingénua virgen de mirar modesto,
Llega á tocar la orla de tu manto,
Llega á besar tu planta creadora,
Porque en éxtasis santo
Humilde ruega y ciegame adora.

Los astros luminosos,
Los invisibles mundos
Que surcan majestosos

POESIAS

Del espacio los ámbitos profundos;
 Los mares insondables
 Que en la móvil arena,
 Do su furia se enfrena,
 Precipitan las ondas perdurables;
 Los hervorosos montes
 Que en columnas de lava y de ceniza
 Revientan, y en rojiza
 Luz inundan los negros horizontes;
 Cuanto sublime en su fecundo seno
 Encierra la natura,
 Sombra de tu grandeza y hermosura,
 Miéntras tu faz nos vela,
 Tu existencia, poder y amor revela.

¡Con cuánta fe mi espíritu se embriaga
 En contemplar las obras de tu mano!
 ¡Cuánto á mi ardiente corazón halaga
 De tu existencia el insondable arcano!
 Amarte entre las sombras del misterio,
 Con un amor de inexplicable esencia,
 Grande cual lo infinito, que es tu imperio,
 Puro como la luz, que es tu presencia;
 El alma levantar á las regiones
 Donde el querub ardiente se extasía,
 Surcando, absorta en místicas visiones,
 Del éter vago la extension umbría. . . .

¡Inefable placer! ¡Cómo diría
 Mi adoración á tí, si la palabra
 Torpe se arrastra en pos del pensamiento,
 Que cual rápida flecha, páрте, vuela,
 Rasga la nube, hierе el firmamento!

De negra noche en la impalpable sombra
 Tu mirada penetra, y nada oculto
 Existe para tí, desde el inerte
 Imperceptible insecto, hasta el soberbio
 Leon que el sueño del descuido duerme.

POESIAS

Así en mi corazón, templo do suenan
 Los concertos del arpa en tu alabanza,
 Tus ojos ven cómo su centro llenan
 La fe, la adoración y la esperanza.

Todo en torno reposa. Entre los ecos
 Del rumor de las selvas que repite
 La voz sonora de los montes huecos,
 Y entre el murmurio de los tersos mares
 Que adormidos palpitan en la playa,
 Como de un pecho que al dolor desmaya,
 Oigo débil suspiro.
 ¡Voz de la humanidad que errante gime!
 Del infortunio el aquilon la azota,
 Y resignada, en actitud sublime
 Levanta al Criador la frente rota.

Tú la confortarás, que eres amparo
 Del que en la tierra sin arrimo vaga,
 Y refulgente faro
 Al que en las ondas del dolor naufraga.
 ¡Miseria humanidad! Cual los torrentes
 Despéñanse con hórrido bramido
 Por ásperas pendientes,
 Y luego al extendido
 Océano inmortal caen, se hunden
 Y en la extension salobre se confunden;
 Ella por la aspereza de la vida
 Rápida se derrumba
 Hasta el lóbrego abismo de la tumba:
 La eternidad inmensa la circuye,
 Recibesla en tu seno,
 El alma te contempla ¡Dios del trueno!
 Y á la prístina paz se restituye.

¡Dulce creencia! Con su eterno influjo
 Reanima el corazón que á piedra inerte
 La férrea mano del pesar redujo,

Templa el horror de la terrible muerte,
Y al grato amparo de sus alas de oro
El ánima reposa, mientras el sueño
Seca en los ojos el amargo lloro!
Mi espíritu, Señor, en tí confía:

Con fe, con esperanza

Aligero se lanza

A la etérea región, y á tí se acoge,
Bien como el ave, que al morir el día,

De sus plumas recoge

La rica gallardía,

Y en el materno nido se guarece

Que el aura suave de la tarde mece.

AL ANGEL DE LA GUARDA

(PARA UN DEVOCIONARIO)

ANGEL, que en la oscura noche,
Con santo y constante empeño,
Amparas mi dulce sueño
Bajo el ala de tu amor:

Pues la luz del nuevo día

Toca y despierta mis ojos,

Ante tí caigo de hinojos

Con gratitud, con fervor.

Tú apartas de mí y disipas
Las terríficas visiones,
Las impuras tentaciones
Y el espíritu del mal.

Y en derredor de mi lecho

Velas con afán prolijo,

Cual vela el sueño de un hijo
El cariño maternal.

No porque en los claros cielos
El astro glorioso arda,
De mí ¡Ángel santo de guarda!
Retires tu protección.

No: que del pérfido mundo
En el revuelto océano
Naufragara, sin tu mano,
La virtud del corazón.

El vicio cubre con flores
La boca de sima horrenda,
Nos guía por fácil senda
Con dulce brazo el placer;

Pero allí aguardan al hombre
La pasión desenfrenada,
El crimen de faz airada,
El infierno al perecer.

Si incauto mi pié un instante
Al hórrido mal se inclina,
Invisible me encamina
Tu dedo al lado del bien.

Del ignorado peligro,
Del dardo que Satan vibra,
Mi cuerpo, á tu voz, se libra,
Sálvase el alma también.

Ángel mio, no te apartes
De esta mísera criatura:
Mi virtud marcha segura
Si vamos juntos los dos.

Ni temerá el alma mía
Volar, con tu amparo fuerte,
Por la región de la muerte
Hasta las plantas de Dios!

LAS TRES AVE-MARIAS

(PARA UN DEVOCIONARIO)

DH Virgen inmaculada,
Hija del Omnipotente!
A tí se humilla mi frente,
Tu auxilio implora mi voz.
A tu ruego y por tu mano,
Cual sobre arbusto marchito,
Sobre el pecador contrito
Llueve de Dios el perdón.

CORO

Con tu amor y amparo fuerte
Acúdeme en la agonía;
En el trance de mi muerte
Sálvame, Virgen María!

Madre del divino Verbo!

En tu celestial pureza
Halla la humana flaqueza
Sempiterna compasión.
Ante el Hijo que te adora
Tu intercesión resplandece:
Quien en la vida padece
Dirige á tí su oración.

Tú, del Espíritu Esposa!
Del mar refulgente estrella!
Guía de mi incierta huella
Serás en el mundo tú.

POESIAS

Muéstrame á veces tu brillo
Para que tu amor pregone,
Para que nunca abandone
La senda de la virtud.

CORO

Con tu amor y amparo fuerte
Acúdeme en la agonía;
En el trance de mi muerte
Sálvame, Virgen María!

Reina del cielo, á quien el Ángel ama,
Y en quien la Trinidad Omnipotente
A manos llenas su poder derrama;
Con humilde plegaria reverente
Desde el abismo terrenal te llama
Mi penetrante voz, y con fe ardiente,
Como tu amor de Madre, sin medida,
Alma te ofrezco, y corazón, y vida.

PANGE LINGUA

(PARA UN DEVOCIONARIO)

DEL Cuerpo y de la Sangre el glorioso
Misterio ¡oh lengua! reverente canta:
Al sangriento holocausto, generoso
El Hacedor del mundo se adelanta,
Y, dulce fruto de un amor sublime,
Al universo mísero redime.

Nacido de una Virgen sin mancha,
A rescatar al hombre destinado,
De su santa palabra la semilla
Esparció por la tierra, y terminado
Dejó con orden inmortal, divino,
De su destierro el áspero camino.

Con los manjares que la ley ordena,
En medio á sus discípulos, cumplido
El precepto Pascual y última cena,
En celeste alimento convertido,
Por sus sagradas, poderosas manos,
El mismo Dios se entrega á sus hermanos.

Del incarnado Verbo la palabra
En CARNE el pan, el vino en SANGRE torna.
Si ante el misterio que la dicha labra
Del hombre, el pensamiento se trastorna,
De la Fe basta el esplendente brillo
Para afirmar el corazón sencillo.

POESIAS

Tan alto, sublimado Sacramento
Veneremos con ánimo contrito:
De la antigua doctrina el monumento
Ceda ante el nuevo, más perfecto rito:
Y de la Fe el apoyo soberano
Supla el defecto del sentido humano.

Bendicion, alabanza, reverencia,
Salud, honor, aplauso, regocijo
Tribute cuanto goza de existencia
Al Padre Eterno, al Sempiterno Hijo;
Y al que de ambos procede, reverente
Culto y adoracion dése igualmente.

PANGE LINGUA

(PARA UN DEVOCIONARIO)

DEL Cuerpo y de la Sangre el glorioso
Misterio ¡oh lengua! reverente canta:
Al sangriento holocausto, generoso
El Hacedor del mundo se adelanta,
Y, dulce fruto de un amor sublime,
Al universo mísero redime.

Nacido de una Virgen sin mancha,
A rescatar al hombre destinado,
De su santa palabra la semilla
Esparció por la tierra, y terminado
Dejó con orden inmortal, divino,
De su destierro el áspero camino.

Con los manjares que la ley ordena,
En medio á sus discípulos, cumplido
El precepto Pascual y última cena,
En celeste alimento convertido,
Por sus sagradas, poderosas manos,
El mismo Dios se entrega á sus hermanos.

Del incarnado Verbo la palabra
En CARNE el pan, el vino en SANGRE torna.
Si ante el misterio que la dicha labra
Del hombre, el pensamiento se trastorna,
De la Fe basta el esplendente brillo
Para afirmar el corazón sencillo.

POESIAS

Tan alto, sublimado Sacramento
Veneremos con ánimo contrito:
De la antigua doctrina el monumento
Ceda ante el nuevo, más perfecto rito:
Y de la Fe el apoyo soberano
Supla el defecto del sentido humano.

Bendicion, alabanza, reverencia,
Salud, honor, aplauso, regocijo
Tribute cuanto goza de existencia
Al Padre Eterno, al Sempiterno Hijo;
Y al que de ambos procede, reverente
Culto y adoracion dése igualmente.

EN LA MUERTE DE MI HERMANA

(Leída en la Academia de San Juan de Letran)

DEI alba las neblinas,
De la tarde las nubes
Alzarse á las esferas cristalinas.
Tiende hácia allá el espíritu su vuelo:
Allá ¡santa oracion! temblando subes;
Allá tornan alegres los querubes:
Que es patria de los ángeles el cielo.

I
Éraslo tú. Reverente,
Junto al trono de diamante,
Entre celestes escuadras
Himnos de amor entonaste.
Opaco el sol, á tu frente
No osaría compararse,
Ni á la albura de tus alas
La vía láctea brillante.

Quizá tu acento escuchando,
Volvió á tí el celeste Padre
La luz del rostro amoroso
Donde las auroras nacen:
Y tú, en amor abrasada,
Ráudo el vuelo desplegaste

POESIAS

Y descendiste, dejando
Iris por huella en los aires.
Te envió el Criador al mundo
A que de paz fueras ángel,
Y te llamó arrepentido
Otra vez á sus umbrales.
Refulgente metéoro
Nuestro turgurio alegraste;
Pero envidiosa borrasca
Te arrebató por los aires.
Fuiste cisne que en la noche
Orillas de un lago cae,
Y con las luces del alba
Deja allí una pluma y páрте.
¡Qué mucho ¡ángel caído!
Que junto al Señor tornases,
Si él es de las almas centro,
Si él es iman de los ángeles?

Poco en el patrio, ondisonante río
Duró tu imágen, ave pasajera.
Fuiste cual ténue perla de rocío
En oriental ladera:
Ni un vestigio en la arena de la vida,
Velada ya por vespertina bruma. . . .
Disípase también desconocida
En las playas la espuma.

II
Conmigo un recuerdo vive
Que sin cesar me atormenta,
Que todas mis horas cuenta
Por siglos de padecer.
Recuerdo que mi alma torna,
Con la hiel que en ella vierte,
Indiferente á la muerte
E indiferente al placer.

POESIAS

Recuerdo de una esperanza
Y de una patria perdida,
Y de una madre querida
Que acaso tambien perdí.
Y hélas ahí todas juntas
Que en mi mente se levantan,
Que el corazon me quebrantan,
Secando la vida en mí.

Fué ¡oh niña! la postrer hora
De un negro, tremendo día;
Yo abandonaros debia,
Y estabais allí las dos:
Tú de una madre á los pechos
Que por su hijo lloraba. . . .
Yo en el beso que te daba
Decia á mi madre: ¡Adios!

Pobre niña, que ántes eras
De nuestro hogar embeleso
Y ángel agora, aquel beso
Fué el último que te dí!
¡Será tambien á mi madre
Aquel ¡adios! el postrero?
¡Se abrirá el sepulcro fiero
Para ella ó para mí?

Al ménos con morir tú no vertiste
De destierro y ausencia el doble llanto;
No fué tu vida, cual la mia, triste;
Fué un ensueño, aunque breve, encantador.
Tu cuna y tu sepulcro la inocencia
Unió con lazo virginal de flores;
No probaste del mundo los favores
Ni la infernal cicuta del amor.

POESIAS

III

Serías ¡oh niña! hermosa
Como un pimpollo al abrirse
Sobre el cáliz de una rosa;
Como una perla preciosa,
El nácar al dividirse.

¡Y cuánto al morir más bella
Que al desaparecer el día,
O al apagarse una estrella! . . .
Porque al morir, la bujía
Lumbre más viva destella.

¡Oh! tan apuesta hermosura
Solo el Creador mereció:
Por eso á la tierra impura
El mismo Dios te robó
Para su morada pura.

Niña! es verdad que en la vida,
Negro infierno sin salida,
Nos abre la juventud
Una senda maldecida
Que nos cierra el ataúd:

Es verdad que en la niñez
Muriendo en serena calma,
Llevamos fresca la tez,
El corazon sin doblez,
Y pura hasta el cielo el alma.

¡Empero quién secará
El llanto de los que viven?
¡Quién á sus ojos dará
La luz que ya no reciben
Y á Dios caminando va?

Díme, niña, ¡nuestro duelo
Quién podrá agora calmar,
Si falta tu sol al suelo? . . .
¡Oh! desde lo alto del cielo
Vela sobre nuestro hogar!

POESIAS

Y cuando vuelva el Señor
El rostro amoroso á tí,
Intercede con fervor
Por los padres de tu amor,
Y por tu patria, y por mí.

Por tus padres y hermanos intercede;
Por tu patria, que es noble y desgraciada;
Por mí, que tengo el alma desgarrada
Y ya sin esperanza el corazón:
Por tus padres y hermanos, que inocentes
Sufren sin murmurar de sus destinos;
Por tu patria infeliz, cuyos caminos
De lágrimas y sangre todos son.

IV

Yo todo lo perdí. Quizá á los míos
Jamás dado me sea retornar.
No los veré por los inviernos fríos
Juntos en torno del tranquilo hogar:
Nunca entre voces de armonía vária,
Mas gratas por igual al corazón,
Oiré, elevando mística plegaria,
Del paternal acento el grave són.
Yo todo lo perdí. Ni por consuelo
Orar puedo en tu losa sepulcral,
Que de mi patria en el distante suelo
Azota turbulento el vendaval.
Solo me queda un corazón marchito
Que oprime entre sus garras el pesar;
Un porvenir en ansias infinito,
Y unos ojos cansados de llorar.
Pero tú, del Señor en la presencia,
Tienes la eternidad en torno á tí.
¡Oh niña! entre los dos cuál diferencia!
Ruega, ruega por mí!

Febrero 1843.

A LA SONTAG

SONETO

(ESCRITO PARA SUS EXEQUIAS)

ENTUSIASMO y asombro al orbe inspira
De su garganta el mágico tesoro,
Y en la celeste cumbre el almo coro
De su genio el prodigio absorto admira:

Mas ¡ay! sus glorias con airada vira
Corta la parca, indiferente al lloro
Y al materno afanar; el lauro de oro
Cae de su sien, y resignada espira.

Del arte la magnífica figura,
Bañada en llanto y desceñido el velo,
Ampara su extranjera sepultura;

Mientra á la patria universal, al cielo,
Virtud y religion de su alma pura
Plácidas guían el triunfante vuelo.

ELEGIA

Pieno era'l mondo de' suo' onor perfetti
Allor che Dio per adornarne il cielo
La si ritolse: e cosa era da lui.

PETRARCA.

DÉME ya en medio al postrimer retiro.
El angusto silencio no interrumpe
Sino ahogado sollozo, ó el suspiro
En que afligido el corazón prorumpe.
Negados ya mis ojos
Al apacible bálsamo del llanto,
Desfallecido de mortal quebranto,
En su losa de hinojos,
Estatua de la angustia, me levanto.

¡Oh muerte, inexorable ejecutora
De las tremendas iras del Eterno!
Tu rápida segur mueves traidora
De la dolencia pálida en lo interno,
En el hálito impuro
Del contagio mortífero que aterra,
En el carro sangriento de la guerra,
En el nublado oscuro
Que el rayo abriga y la tormenta encierra.

¡Y nada logra detener tu saña!
La juventud, la ciencia, la hermosura
Iguales siega tu feroz guadaña,
Y la noble virtud tampoco dura.

POESIAS

¡Horribles pensamientos!
Retoña en días la maldad tan solo:
Triunfa el perverso: cada nuevo dolo
Prolonga sus momentos,
Y extiende su poder de polo á polo.

Y tú, madre bondosa, ángel humano,
De los tuyos ornato y alegría,
Sucumbes de la vida en el verano,
Cual sol que muere en la mitad del día.
¡Qué el ánimo sublime,
Qué pudo la luz rica de tu mente,
La gracia amable, la virtud prudente?
¡Nada el cuello redime
De la fatal segur sobre él pendiente!

Allí está: vedla allí. Hondo martirio
Aja su faz, sus huesos descoyunta:
Con tierno afán en su postrer delirio
Las caras prendas de su amor pregunta.
En torno de su lecho
Pálidas, mudas, congojosas giran;
Sus ojos no las ven, aunque las miran;
Mientras ellas, deshecho
En llanto acerbo el corazón, suspiran.

Con el incendio de la fiebre lucha;
Rebusca el lecho su convulsa mano;
En su garganta el estertor se escucha;
¡Qué silencio! . . . ¡Gran Dios! ¡Todo es ya vano!
La pavorosa alcoba
Al grito dolorido se conmueve;
Y en tanto de esperanza la luz breve
Un sepulcro nos roba,
En el Oriente el sol su antorcha mueve.

¡Iman de nuestro amor! Pura tu alma,
Como un suspiro hácia el Señor se aleja;

POESÍAS

De la inmortalidad coge la palma,
Y en amargura, en orfandad nos deja.
 ¿Qué se harán los usados
A tu voz, á tu ejemplo, á tus caricias?
De su hórrido tormento son primicias
 Días de luz privados,
Y seco el manantial de sus delicias.

En vano atruena el fúnebre lamento
La mortuoria mansion: no el alma torna
A ocupar el vacío monumento
Que de belleza terrenal la adorna.
 Indiferente el orbe,
No suspende su curso conmovido;
Y en el espacio piérdese el gemido,
 Como este templo absorbe
De mi dolor el lúgubre alarido.

Cual sáuce melancólico, mi frente
Se inclina en su sarcófago de roca,
Y la quietud del vespertino ambiente
Turba mi acento que su sombra evoca.
 Mas de un suspiro flébil
El eco ténue bajo el mármol zumba;
Súbito por las bóvedas retumba,
 Y ante mi vista débil
Surge su imágen de la amada tumba.

Tú, que de mi niñez en los azares
Me fuiste guía y maternal amparo;
Bálsamo, del destierro en los pesares;
De juventud en las borrascas, faro. . . .
 ¿A dó subes? ¿Adónde
Tú espíritu ya libre se remonta?
 Cual astro que tramonta,
En la insondable eternidad se esconde
Y la presencia del Creador afronta.

POESÍAS

Sí: de sus manos que los orbes rigen,
Tu alma brotó, y el universo alegre;
Relámpago fugaz, torna á su origen,
Y crece noche solitaria y negra.

 El angélico gremio
Te acoge en la mansion de bienandanza;
Allí tu fe la recompensa alcanza,
 Tu caridad el premio,
Y el lauro inmarcesible tu esperanza.

 ¡Ay de los tristes que en el valle amargo,
De cosecha de lágrimas opimo,
Juzgan el curso de su vida largo
De tu materno amor sin el arrimo!
 Do su faz se convierta,
Hallarán perdurable tu memoria;
Doquier vacío, ó deleznable escoria,
 Y la tierra desierta
De ilusion, de esperanzas y de gloria.

Mas en los brazos de la mar lejana
La moribunda frente el sol reclina,
Y al traves de la gótica ventana
Miro lucir la estrella vespertina.

 De tu espíritu un rayo,
Para acercarse á nuestra desventura,
Baja al astro de amor en noche oscura,
 Y en tético desmayo
Convierte nuestra bárbara amargura.

De allí en afan solícito, perenne
Sobre tu prole infortunada vela,
Del nocturno silencio en lo solemne
Entre el mundo y la nada centinela:
 Allí aguarda la hora
Que trasmute la carne en pudredumbre,
Para guiar á la serena cumbre

POESIAS

Do tu espíritu mora,
Los afligidos nuestros con su lumbre.

En tanto llega el suspirado instante
De seguirle en el piélagos zafireo,
Tu plegaria con ala fulgurante,
Revestida de fe, surca el emíreo.
Ante el excelso trono
Derrama de su cáliz el perfume,
Y hácia las almas que tu amor consume,
De Dios el justo encono
Tornar en blanda compasión presume.

Ella lo alcanzará. Su aroma es santo;
Grande la religion que, mientras al suelo
Deja un cadáver que regar con llanto,
Intercesor un ángel manda al cielo.

Sin ella, en el suplicio
La flaca humanidad, huérfana, viuda,
Solitaria, famélica ó desnuda,
A la sima del vicio
Corriera, ó al abismo de la duda.

Mas tú ¡Señor! con gran misericordia,
Entre la vida y la eternal ventura
Vínculo indisoluble de concordia
Pusiste en la oracion, en la fe pura.

Por él á los que guarda
La eternidad en éxtasis divino,
En espíritu se une el peregrino
Cuyo débil pié tarda
Del desierto del mundo en el camino.

Bendita sea ¡Creador! tu mano
Que hiere cuando ama, y con la muerte
Renueva los destinos del humano,
Hollando al débil, abatiendo al fuerte:
Que del dolor terreno

POESIAS

A la criatura el correctivo aplica:
Cual oro en el crisol, la purifica,
Y á tu paterno seno
La sube luego en recompensa rica.

Allí la madre que lloramos, vive
De tu amparo beatífico á la sombra;
La corona de luz su sien recibe;
Son las estrellas de sus piés alfombra:
Ante ella pasan raudas
De los siglos las olas multiformes,
Y giran los cometas con disformes,
Resplandecientes caudas,
Describiendo sus órbitas enormes.

De beatitud tan inefable ¡cuándo
Para nosotros sonará la hora?
El frágil globo en soledad dejando,
Al Eden que su espíritu atesora
Alzarémos el vuelo,
Como águila gigante que desdeña
El tosco albergue en la nativa peña,
Y las auras del cielo
Y los rayos del sol á hollar se enseña.

En tanto de la vida los abrojos
Siega la parca, sorda á mi demanda,
Lágrimas dá ¡Señor! á nuestros ojos;
Resignacion á nuestros pechos manda.
El fúnebre delirio
Arranca del espíritu agitado,
Señor; y quede el corazon llagado
Por el rudo martirio
De este inmenso dolor purificado.

Mayo 1855.

EN LA MUERTE

DEL EXCELENTE POETA

DON MANUEL CARPIO

To native dust now wastes the mortal frame,
And nought survives the poet but his fame.

BECKINGHAM.

DEY forzosa es morir! El tiempo crudo
Toda materia vil en polvo torna;
Y con igual segur corta la parca,
En giro eterno y mudo,
El cuello del pastor y el del monarca.

Mas la huesa do el vulgo se confunde,
Sima de olvido es: mientras en la tumba
Do el saber, la virtud ó el genio se hunde,
Crece mayor su nombre,
Sobra á la envidia ruin su justa fama,
Y la inmortalidad su gran renombre
Sobre siglos y cielos encarama.

Noble cantor, de cuya infausta muerte
El mexicano suelo se lamenta
(Tan usado á rigores del destino
Que en él la copa de infortunio vierte):
Tú, robado al fragor de la tormenta

POESIAS

Para la calma del Eden divino,
Pagaste á tiempo el natural tributo.
Queda á tu patria tu radiante gloria,
A la tierna amistad perenne luto,
Y á la virtud dulcísima memoria.

Del sacro númen que tu acento anima
Cuando, de edades bíblicas vestigio,
Del Gólgota recuerda el gran prodigio
O el terrible escarmiento de Solima;
La fatídica frase que del muro
En el festin de Babilonia emerge,
O el mar que se abre, y en su centro oscuro
Ira y poder de Faraon sumerge:
Del himno hermoso en que á tu patria bella
Proclamas reina de la indiana zona,
O el ingente volcan pintas que de ella
La indescribible majestad corona:
De cuantos versos en raudal sonoro
Tu rica inspiracion al viento esparce,
México guardará como un tesoro
La dulce remembranza; y con tristura
Contemplará, en tu humilde sepultura,
Mudas las cuerdas de tu lira de oro.

De sus valles floridos en los ecos,
De sus lóbregas grutas en los huecos,
En sus montes y selvas seculares
Retumbará el murmurio de tu gloria,
Mientras pura, sin mengua,
Siquier conserven mexicanos lares
De España noble religion y lengua.
Mas si el pérfido amago
Que tu patriota corazon temia,
Tras luengos años de discordia impía,
De sangre y llama entre revueltas olas,
Trae el imperio aciago
De extraño culto y habla. . . .

POESIAS

Tu gloria ¡buen cantor! náufraga tabla,
Se acogerá á las playas españolas.

Dios sabe el porvenir. De sus misterios
Nada la humana prevision atina:
Tórnanse ricos reinos cementerios;
Surgen vastos desiertos á naciones;
Una raza sucumbe, otra domina;
Ciegas, empero, dóciles legiones,
Todas van á un designio, oculto y sabio,
Y el índice de Dios las encamina.

Tal lo escuché del inspirado labio
Del vate cuya fama no rehusa,
Su silencio letárgico rompiendo,
Cantar ahora mi doliente musa.

Util ciencia y difícil profesando
Con tierno corazon y mano franca,
No de su pecho la quietud arranca
De oro codicia ó ambicion de mando:
Ni incienso de lisonja en los salones
Quemó del prócer opulento, altivo,
Ni aduló de la turba las pasiones:
Iguales fueron en su amor activo
Alcázar regio y mísero tugurio;
Y con la diestra generosa, que era
De la salud del cuerpo fausto augurio,
De su lira severa
Arrancaba las graves melodías
Que del alma, en el mundo pasajera,
Suavizan las mortales agonías.

Pero mi débil voz y el rudo canto,
De su valor no digno,
Sofoca y vence desbordado el llanto.
De redencion el venerando signo
Que del poeta ampara los despojos,

POESIAS

Manda que al cielo la amistad convierta
Confiado el corazon, tristes los ojos.
Mientras en la tierra, de placer desierta,
Tejen las patrias musas su corona,
Mi espíritu allá sube;
Y sobre el arduo monte y densa nube,
Sobre el tropel de rutilantes astros
Que á los piés del Eterno se amontona,
Con entusiasmo férvido columbra
Cuál de justos el gremio,
A do su ardiente caridad le encumbra,
Discierne al bardo el suspirado premio.
Su espíritu la eterna ciencia alumbraba,
Y en la arpa del querube
Torna á vibrar su armoniosa nota
Que el soplo de la muerte dejó rota.

Febrero 1860.

LUTO Y GLORIA

AL 2 DE MAYO DE 1808

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

Fall'n nations gaze on Spain; if freed, she frees....

BYRON.

I

RADIANTE de justicia y arrogancia,
De argolla la cerviz emancipando,
Ejemplo al universo fué la Francia
Generosos principios proclamando.
Virtud, saber y libertad en ruina,
Vorágine de sangre, luego absorbe;
Turba odiosa de monstruos la domina,
Y es el terror y escándalo del orbe.

De genio y de fortuna alto portento
La plebe, harta de excesos, ya refrena:
Las aras reconstruye, al regio asiento
Se encumbra, y dá á su patria áurea cadena.
Mas su hidrópica sed de mando y tierra
Nueva lid ambiciona; y ¡grande hazaña!
Pérfido aliado, su puñal de guerra
Clava en el seno de la inerme España!

II

Allí, Mantua, allí están esos verdugos
Que ansían, ya depuesto el fingimiento,

190

POESIAS

Tus miembros en las cuerdas del tormento,
Tu angusta independéncia destrozár.

Guerra y execracion! Su sangre toda,
Sus palpitantes miembros uno á uno,
Vierte y desgarrá; y que la sangre goda
Junta con la del franco, acrezca el mar.

Guerra, Madrid! Ya empuñan las doncellas
El hierro vengador, y los ancianos:
No por débiles tiemblan, no, sus manos;
De cólera crispárase las veréis.

—“Venid, lobos de allende la montaña,
“Chacales de los bárbaros desiertos:
“Sí, venid al olor de nuestros muertos;
“Mas de matar ó de morir teneis.”

Ensordece el fragor de la contienda
Y nube de humo denso embarga el cielo.
¡Cuánto de sangre, y lágrimas, y duelo
Arrostra la metrópoli infeliz!

Héroes sin cuento irritan, y alimentan
Víctimas grandes del frances la furia:
Colosos de heroísmo, allí se ostentan
Dos mártires, Velarde y Daoiz,

Mas sucumben al número. No llores,
Mantua, de tus campeones la memoria:
Si tuyo fué el reves, tuya la gloria;
Del galo el triunfo y el oprobio fué.
Ensancha el corazón á la esperanza:
La sangre derramada de tu seno
En negras ondas de letal veneno
Del déspota extranjero baña el pié.

Gota á gota despues sobre su frente
Caerá, cual maldicion que Dios le arroja:
Ya en su imperial orgullo le sonroja,
El laurel de sus triunfos secará.

191

Cunde doquier horrisono alarido
 Con que la fama apela á la venganza:
 Descuelga España la mohosa lanza,
 Fulgura el hierro entre sus manos ya.

Álzase con impulso de gigante
 Desde Calpe al riscoso Pirineo;
 Tira al gaula felon el noble guante,
 Y estalla el rayo de la guerra atroz.
 Lidia y vence. Los cráneos enemigos
 Por copas de festin levanta España;
 Todo el incendio de su justa saña
 Extingue en sangre de invasor feroz.

Sobre enemigos huesos en montones
 Reposo ¡oh patria! Bélicos trofeos
 Te abandonan, huyendo, las legiones
 Que la fortuna coronó doquier.

De su despecho suenan los bramidos
 Al compas de tus cantos de victoria;
 Y se eclipsan los astros de su gloria,
 Las cumbres de Pirene al trasponer.

Paz al vencido! A lástima provoca
 Su luenga expiación y el cautiverio
 En que, moderno Encélado, á una roca
 Del mar etiope le sujeta Albion,

Cuyo oleaje, tumultos y batallas,
 Gemidos le recuerda, y sangre, y ruina:
 Cáncer lento, alma y cuerpo allí le mina;
 Allí espira de gran tormenta al son!⁴

III

Duerme en eterna paz, pléyade insigne
 De mártires modestos, cuyo nombre,
 Por mas que hazaña tanta al mundo asombre,
 Grata posteridad ignora aún.

“¡España, Libertad!” en el infausto
 Combate os fueron lábaro precioso,
 Y estímulo de Iberia el holocausto
 A la difícil salvacion comun.

Grande el coloso y en pujanza fiero,
 Mayor le respondió vuestra pujanza:
 No opuesto escudo de templado acero
 Astillas hizo su robusta lanza;

No: que desnudo el pecho y la cabeza,
 Sin peto y sin almete, en la estacada
 Para embotar su indómita fiereza,
 Pecho y cabeza dísteis á su espada.

Vengados sois. Dormid sueño de gloria,
 Digna corona de la heroica lid:
 Del tiempo triunfará vuestra memoria;
 Dormid, dormid!

IV

Tiende ¡oh Dios! tu mirada protectora
 Sobre el mísero pueblo de Castilla.
 Despunte ya la suspirada aurora
 Que con la luz de la esperanza brilla
 Y el porvenir colora.

Mira tan noble grey, sierva ú opresa,
 El látigo sufriendo de un tirano,
 O de extranjeros enemigos presa:
 Sus culpas mide, sus virtudes pesa,
 Y ampárela tu mano.

Con abundante sangre de sus venas
 Cobró la libertad que tú la diste:
 Volvieron á anudarse las cadenas,
 Y ella á hozar del oprobio las arenas
 Esclavizada y triste.

POESIAS

Tiendes por fin la diestra bendecida,
Y escribes en nuestros fastos la esperanza
Con letras de oro nueva ley de vida,
Y con rasgos de sangre una venganza
De tiranos temida.

¡LIBERTAD, LIBERTAD! Libre es el viento
Que bulle de la selva en el ramaje:
Es libre del salvaje el pensamiento;
Y desde el alto, diamantino asiento,
Dios bendice al salvaje.

¡LIBERTAD, LIBERTAD! Bajo las palmas
Planta sus libres tiendas el beduino.
Superiores á él, vínculo indino
No apoque el que redunda en nuestras almas
Aliento numantino.

¡LIBERTAD, LIBERTAD! Si acaso un dia
Propio tirano ú opresor extraño
La frente huella de la patria mía,
Y por fuerza brutal ó astuto engaño
Esclavitud la envia:

Otra vez luto y gloria ¡Señor! danos,
Luto y gloria otra vez: y si la suerte
Nos niega su favor, abre tus manos,
Y lanza á los abismos de la muerte
Esclavos y tiranos.

Mayo 1842.

ODA A ESPAÑA

RECOPRA ¡oh lira! el fervoroso acento
Que, rico de armonía,
Del puro amor el blando sentimiento
En dulces cantos modular solia.
Alta, solemne voz por la sombría
Bóveda del espacio se difunde,
Y al alma llega en delicioso halago;
¡Patria! retumba por el éter vago,
¡Patria! en los ecos de los montes cunde.

¡Oh sacrosanta idea,
De heroismo y virtud engendradora!
En contemplarte el alma se recrea,
Cuando la angustia de la ausencia llora.
¡Oh patria! ¡oh madre España!
Desde el fondo del vasto continente,
Premio á tu grande hazaña,
Hoy vestigio infeliz de tu grandeza,
Buscan mis ojos el remoto Oriente;
Se inclina mi cabeza;
Mueve la inspiracion mi labio rudo,
Y en cántico de triunfo te saludo.

¡Qué lengua habrá que diga,
Cuna de los antiguos paladines,
De tus proezas ínclitas la historia?
Del mundo los confines
Aun recuerdan medrosos tanta gloria.

Despeñados apénas
 Del África tostada á las arenas,
 Los abatidos restos de la Luna;
 Propicia la fortuna,
 Juzgando el orbe á tu arrogancia estrecho,
 El genio de Colon á tus piés rinde:
 Y un piélago al surcar desconocido,
 El navegante audaz busca atrevido
 Al español dominio nuevo linde.
 El sol le ve pasmado:
 El huracan su aliento de tormenta
 Reprime encadenado;
 Depona el mar su turbulento orgullo
 Ante el regio pendon de las Castillas,
 Y abren sus ondas con sonoro arrullo
 Fácil camino á las hispanas quillas.

¡Salud, héroes, salud! A la ardua cumbre
 Vuestro arrojo y constancia os arrebatan:
 De asombro mudo, el universo mira
 Renovada su faz; ya de la ciencia
 Los términos fecundos se dilatan;
 La religion sus lindes engrandece;
 La patria fama hasta los cielos crece!

¡Salud, héroes, salud! De vuestra huella
 Lánzase en pos á los extensos mares
 Muchedumbre de impávidos guerreros.

¡Adios, campos iberos!
 ¡Adios, paternos lares!
 Pálidas de terror y de agonía,
 Con inútil porfía

Cércanlos ¡ay! las madres españolas:
 Su mísero lamento
 Disípase en el viento
 Y en el bramido horrendo de las olas.

De América las vírgenes riberas
 Miran temblando las cortantes proras

De aquellas naves fieras,
 Que del preñado seno atronadoras
 Vomitan muerte, destrucción, estrago.
 No, empero, al duro amago,
 De sus tribus guerreras
 Dóblase humilde la cerviz altiva;
 Que en larga lid y con marcial coraje
 El hacha del salvaje
 Más de un ginete exánime derriba.
 Que el Azteca, y el Inca, y el de Arauco,
 Cuantas naciones de indomables bríos
 El mundo pueblan de Colon, con ríos
 De propia sangre y extranjera inundan
 El teatro inmortal de sus hazañas:
 Ni más fácil victoria
 Cumpliera á la alta gloria
 Y al insigne valor de las Españas!

Y en tanto que la fama
 De México y del Cuzco por el orbe
 Con resonante aplauso se derrama,
 Mostrando un hemisferio
 Sumiso al cetro del hispano imperio;
 De la vencida Europa
 En la revuelta arena,
 El gran triunfo de España tambien suena:
 Y donde quier la garra formidable
 Extienden sus impávidos leones,
 Con ímpetu bizarro
 La victoria, ostentando sus blasones,
 Lanza el crugiente, sanguinoso carro.

Así en opuestas zonas,
 ¡Oh Iberial! crecen para tí laureles,
 Y de sus montes brindan los verjeles
 Inmarcesibles palmas y coronas.
 Así tu fuerte mano el cetro rige,
 Y de un mundo le tiende al otro mundo;

En ley tu augusta voluntad se erige,
Y ambos la acatan con temor profundo.
La virtud, el saber, bajo el amparo
De tu eminente solio resplandecen,
Cual luminoso faro;
Y en venturosa alianza
Ensálzante las letras que florecen,
Y las artes que anima tu alabanza.

Mas ¡ay! que de la pérdida fortuna
Rápida gira la voluble rueda,
Y de las glorias pristinas ninguna,
Solo un recuerdo venerando queda!
De la estrella de España envidioso,
El claro sol oscurecióse en ira;
Y en voz que atruena la celeste cumbre,
Clama, suspensa al desusado acento
De los astros la inmensa muchedumbre:
“¿Será que eternamente
“Los rayos de mi faz resplandeciente
“Bañen de luz el español dominio?
“¿Será que para España no tramonte?
“¿Que el trueno precursor del exterminio,
“No turbe de su gloria el horizonte?
“Harto de esa nacion esclarecida
“Iluminé los triunfos portentosos;
“Harto se alzó su prepotencia erguida
“Sobre tierras y mares procelosos.
“¡Astros! cesad, cesad: no mas benigno
“Castilla sienta el favorable influjo;
“Prevenid el maligno
“Que en Roma y Grecia asolacion produjo,
“Y á ludibrio del orbe las redujo.
“No sea que esa raza de gigantes
“Escale nuestro asiento soberano,
“E imponga á nuestras frentes rutilantes
“El yugo del dominio castellano!”

Dijo: y al punto la fatal discordia,
La sacrilega tea sacudiendo,
Sobre España, feroz se precipita:
Siguen su paso el fanatismo horrendo;
La envidia, que sus víboras agita;
La ominosa traición, bajos los ojos;
Y aun mal despierto, el ocio que se place
De la mesa del rico en los despojos.

¡Horror, execracion! De sangre un lago
La contienda civil vierte primero:
Bajo el hierro cruel del extranjero
Despues un mar de sangre se derrama.
En vano lidia y brama
El rampante leon de las Castillas,
Y estremece en horrisono rugido
De los remotos mares las orillas! . . .
Como en fragor extraño,
Por subterráneo empuje sacudido,
El suelo se conmueve; bambolean
Las enormes montañas; de sus cauces
Levántanse los ríos contrastados;
Y de la tierra á las abiertas fauces
Las torres y las cúpulas que ondean,
Descienden repentinas
Con largo estruendo y polvorosas ruinas:
Así del godo imperio
Que formidable doma
Uno y otro hemisferio,
La soberbia grandeza se desploma.

¿Quién de los astros contrastar presume
La adversa voluntad? ¡Oh patria! en vano
En heróicos esfuerzos se consume
Tu valor sobrehumano!
Cedes por fin al bárbaro destino,
Y tu manto real desgarran crueles
Los que adoraban tu blason divino,
Los que rendian á tus piés laureles.

POESIAS

Tú magnánima, empero,
Majestad respirando y entereza,
Bañada en sangre generosa y pura,
Alzas al cielo la gentil cabeza,
Sublime en tan inmensa desventura.
Mudo el labio, severa la mirada;
En la siniestra mano
El pendon castellano;
Rota en la diestra la fulmínea espada,
Y el pecho ya desnudo
Poniendo al hierro vengativo, agudo. . . .
Tal te contempla el enemigo bando,
Y ceja con asombro
Tu glorioso infortunio respetando.

Y qué ¡tan dura suerte
Irrevocable es ya? ¡De tales glorias
Solo quedan estériles memorias?
Y de tu brazo fuerte
La indómita pujanza,
¡No renace siquiera en esperanza?
¡Domadora de monstruos y naciones!
La misma sangre que en el seno hervía
De tus nobles campeones,
Arde en tus anchas venas todavía.
¡Y sumergida en lánguido desmayo,
Sucumbes al dolor, mísera España,
Mientras el orin empaña
El victorioso acero de Pelayo?

No: que el rigor del bárbaro martirio
Ya el letargo convierte en ira justa.
Del sol de libertad á la vislumbre
Tu antiguo brío se renueva y crece,
Cual de encina robusta
Que troncha el rayo en la fragosa cumbre,
La nueva pompa en el abril florece.
Del esplendor pasado

POESIAS

En la hermosa, indeleble remembranza
Tu espíritu se nutre y acrecienta:
Empuñas ya la ponderosa lanza;
El bruñido pavés tu brazo ostenta;
Mientras la rica luz de la esperanza,
Que serena en los cielos la tormenta,
Baña tu rostro, y con pujante brío
Clamas audaz: "¡El porvenir es mío!"

Y lo será: que el suspirado instante
De tremolar triunfante
Tu gloriosa bandera,
Se acerca, se apresura
Del tiempo edaz en la veloz carrera.

Mas de la noche oscura
El velo hácia el Oriente se ilumina;
Ténue claror fulgura,
Cual de alba purpurina
Que al sereno horizonte se avecina.
Súbito en rojo incendio se colora
El vasto firmamento,
Cual yerto polo en la boreal aurora:
De un círculo de fuego se desprenden
Ráfagas gigantes, que se extienden
Hasta los fines del inmenso espacio;
Dentro de él, sobre nubes de topacio,
Que hora semejan bélicos adornos,
Pendones y trofeos,
Ora extrañas figuras de contornos
Fantásticos y espléndidos arreos,
Se alza glorioso y refulgente brilla,
Por invisible mano sostenido,
El pabellon triunfante de Castilla.

En reverente pasmo
Ante el gran espectáculo me postro,
Y prorumpo con férvido entusiasmo:

"Alienta ¡oh patria mia!
 "Que el apacible día
 "De tu ventura asoma en lontananza:
 "Abre á su nueva luz los dulces ojos,
 "Y el noble corazon á la esperanza.
 "Tu diadema de abrojos
 "Arranca de la sien, y la apercibe
 "A lauros mil de inmarcesible gloria;
 "Risueño el porvenir te los previene,
 "Y sus sangrientas palmas la victoria.
 "Adereza tu rica vestidura
 "Y tus sandalias de oro,
 "Y con gentil decoro
 "Cuelga á la nívea espalda el regio manto;
 "Propicio ya el destino,
 "El curso pára del mortal quebranto,
 "Y con afan benino
 "A los pueblos del mundo te presenta
 "Libre, feliz, temida y opulenta."

Esta dulce esperanza de mi vida
 Que el corazon sostiene y fortalece,
 ¡Cuándo mis ojos la verán cumplida?
 Quiera, vencido á mi impaciente anhelo,
 El lento paso de las tardas horas
 Apresurar el compasivo cielo.
 Cumplirse ¡oh patria! tan felice suerte,
 De gozo el seno rebosando, mire;
 Y adoraré la mano de la muerte,
 Aunque de tí en apartamiento espire,
 Y aunque del cuerpo inerte
 Que de los años al rigor sucumba,
 Guarde los restos extranjera tumba.

1853.

A ZORRILLA

(Leída en un convite de amigos al insigne poeta)

DE las agrestes rocas do mi cuna
 El cantábrico mar meció estruendoso,
 Arrojóme á estas playas la fortuna:
 Por vez primera el corazon medroso
 En ellas palpitó; de esta laguna
 Mi primer llanto perturbó el reposo,
 Y cuando á luz mi mente se entreabria,
 Ya el pesar del destierro la oprimia.

Cuántas ¡ay! de amargura eternas horas
 A las fauces del tiempo se empujaron,
 De mi salud y esfuerzo vencedoras!
 ¡Cuántas nocturnas lágrimas surearon
 Y aun surcan mis mejillas incoloras!
 Memorias de mi patria aquí quedaron;
 Doquier las hallo, y cuanto más las miro,
 Más me inflamo en su amor y más suspiro.

El habla rica de mis padres suena
 Con majestad solemne ó dulce halago;
 De españolas proezas está llena
 De América la faz; al aire vago,
 En las torres del templo, en el almena
 Del alcázar, que aun burla el rudo estrago
 De los siglos, fulgente la cruz brilla
 Que sublimó las glorias de Castilla.

POESIAS

Bajo este cielo diáfano y risueño;
En estos campos donde Abril reside,
Y con diversas flores halagüeño
Las estaciones plácidas divide;
Donde las auras lánguido beleño
Espiran; donde el astro que preside
Al nocturno silencio, al sol iguala
En claridad, en hermosura y gala:

En estos climas do natura ostenta
Su mágico poder, ya en dulce brisa,
Ya lanzando en los aires la tormenta:
Ora del iris muestren la sonrisa,
Ora el fulgor del rayo que amedrenta,
De mi patria una imágen se divide;
Revive España aquí: yo triste, empero,
De mal de ausencia entre recuerdos muero.

Por eso de mi lira los prístinos
Acentos consagré á la patria ausente,
Y mezclóse á mis versos peregrinos
De ternura y de afán lágrima ardiente:
Por eso de tus cánticos divinos
La inefable armonía hirió mi mente:
En raudales de excelsa poesía
Ensalzabas tu tierra, que es la mía.

Cristiano y español, ¿quién no admirara
De tu genio el prodigio soberano?
¿Quién, si gime tu musa no llorara,
Árabe cisne ó trovador cristiano?
Doquiera la fortuna harto ya avara
De eclipsar el renombre castellano,
Tus inmortales trovas desparrame,
Quien te admire hallarás, te admire y te ame.

El valor del hidalgo; la apostura
De la dama gentil; las tradiciones

POESIAS

De más inculta edad, aunque más pura;
El choque de católicas legiones
Que tras sangrienta lid, áspera y dura,
De Isabel tremolaron los pendones
En las morunas torres de Granada
Y en la Alhambra, de genios fabricada:

La altivez de sultana granadina;
El último suspiro del rey moro;
Del musulmico imperio la ruina,
Que aun hoy arranca al africano lloro;
Los cármenes risueños, la divina
Vega do mueve el Darro arenas de oro:
Cuanto tu musa prodigiosa canta,
Más de tu gloria el pedestal levanta.

Salve, genio feliz, que en raudos vuelo
Abandonando los paternos lares,
Huellas triunfante el mexicano suelo!
Es fama que de América los mares
Y el que los cubre portentoso cielo,
Para escuchar atentos tus cantares
Sus olas y sus vientos acallaron:
¡Tanto el sagrado númen respetaron!

Canta, insigne *raví*: es tu destino,
Los tesoros del canto prodigando,
Lauros y amor sembrar en tu camino.
Canta, que, en tus canciones recordando
La dulce patria á que me arranca el síno,
Irá el dolor su furia refrenando.
Así del infortunio el torvo ceño
De la esperanza olvidase en el sueño.

Yo, cisne ausente á la nativa orilla,
Tus cántigas conservo en mi memoria:
Como recuerdo de amistad sencilla,
Guarda mi corazón toda tu historia;

POESIAS

Cuando en los anchos horizontes brilla
Una ráfaga nueva de tu gloria,
Torna la admiracion mi labio mudo,
Y en resonante aplauso te saludo.

Prosigue audaz tu espléndida carrera;
Lleva de tu arpa de oro el dulce encanto
Desde do nazca el sol hasta do muera;
Y si pura amistad alcanza á tanto,
¡Ay! cuando tornes á la playa ibera,
Llévale, envuelta en el luciente manto
De tu oriental, soberbia poesía,
Una lágrima, triste á fuer de mía.

Enero 21 de 1855.

A DOÑA SALVADORA CAIRON

EN LA OVACION DE LOS ESPAÑOLES AL ACTOR
DON JOSÉ VALERO

GLORIA al arte divino
Que el estrago de vicios y pasiones
Reproduciendo en cuadro peregrino,
Da á la virtud estímulo y ejemplo!
De sus grandes alumnos á los dones
Ya la inmortalidad prepara el templo;
Mientras en vida su mérito proclama
Por distantes regiones,
Con bronces y con mármoles la Fama.

Gloria á tí, bella actriz, que en el nocturno
Espectáculo admira un pueblo absorto

206

POESIAS

De lo sublime respirando el aire,
Ora calces el trágico coturno,
Ora ensayes el cómico donaire.

Subida en la ardua cumbre
Del arte, sus secretos dominando,
Conmover ó agradar es tu costumbre;
Y en éxtasis terrible ó goce blando
Tener suspensas de tu voz las almas,
Émula y compañera
Del grande actor por quien la escena ibera
Florece en lauros y redunda en palmas.

Viniste á recordarnos cómo suena
De España la grande habla,
Que un dia llegó á ser ¡oh amarga pena!
De su grandeza náufraga la tabla:
A enseñar has venido,
Delicia del proscenio,
Cuánto supera el natural ingenio
Al buen ejemplo y al estudio unido.

Aunque mezquino premio,
Ven ya y recibe este sencillo lauro,
No en el Tajo crecido ni en el Dauro,
En que el hispano gremio
De un pueblo hermano circuido en torno,
De aplauso y triunfo el símbolo te ofrece.

De tu sien para adorno
Doquier céfiro mece
La rama que las artes galardona;
Pero al cogerla so los patrios soles,
No olvides, no, que en apartada zona
La admiracion de ausentes españoles
Puso esta flor en tu inmortal corona.

Setiembre 24 de 1868.

207

AMÉRICA

A DON ALEJANDRO ARANGO Y ESCANDON

(Leída en la sesión inaugural del Ateneo)

SUS miembros de amazona en dos océanos
Baña morena virgen de Occidente:
Los ardores del sol templea en su frente
La diadema glacial del Septentrion;
Y á su pié, que al austral polo dilata,
Y el giganteo Patagon ocupa,
Como escabel magnífico se agrupa
De la tierra del fuego la extension.

Héla aquí con sus altos cocoteros,
Con sus viejos sabinos colosales
A cuya sombra zumban altaneros
Despeñándose roncós los raudales;
Con sus montes altivos que apuntalan
El cielo azul con espirales rocas,
O columnas de llamas y humo exhalan
De los volcanes por las blancas bocas.
Sobre ellos iracundos se desgajan,
En bronco son los huracanes roncós:
Las peñas de su asiento desencajan,
Y el rayo rasga los vetustos troncos;
Y de ellos se desprenden rugidoras
De agudos riscos en el largo lecho,
Las blancas cataratas hervidoras
Que hallan el cauce á su torrente estrecho,

POESIAS

Y rugiendo entre rocas y entre brumas,
Al seco són del estallante trueno
Sacuden por los aires sus espumas,
Como un caballo á quien reprime el freno.

Asoma el sol tras de la nube parda:
De sus rayos la ardiente cabellera
Soberbio agita, y en lanzar no tarda
Su fuego sufocante por la esfera.

Del plátano á la sombra sonora,
Bajo el dosel del trémulo ramaje,
Adereza su flecha venenosa,
Su penacho de plumas el salvaje:
Y su amada peinándose el cabello,
Del arroyo en el onda atenta mira
Cuál tiembla á par del onda el rostro bello,
Crece, se borra, vuelve y se retira.

Y en torno del Sachem hospitalario
Danzan libres las gentes descuidadas,
En la alfombra del bosque cinerario
Y al compás del bramar de las cascadas.
Mientras tiene en la atmósfera la noche
Su cabello de nieblas desaparecido,
Hay flor que goza en su cerrado broche
Del amor de un insecto en él prendido:

Así el salvaje tras feliz fatiga
Se acoge de su amante al nudo pecho;
Y ella con franca libertad, le abriga
De no aprendido amor en cerco estrecho.

¡Virgen de la creacion! Son tus placeres
Ardientes, como el sol que se desploma
En la morena tez de tus mujeres,
En donde el gérmen del deleite asoma.
¡Tierra de libertad, do el pensamiento
Párte y vuela, cual flecha del salvaje,
Rápido, libre por el libre viento,
Hasta romper del cielo el cortinaje;

Donde el hombre es un rey, y donde mata
La fiera ó ave que al festin destina,

Y con el dardo que al carcax desata
 Toda pujanza á rendimiento inclina;
 Do la sangrienta piel de los leones,
 Y las plumas del águila altanera
 Dan al guerrero túnica y blasones,
 Y penacho á su basta cabellera!
 ¡Gigante de los mundos! yo cantara
 Tu inmensa mole y tu fecundo seno,
 Si de mi arpa el concento resonara
 Como són de huracan, cual voz de trueno:
 Si en la alta cumbre de tus pardos montes
 Rota á mis piés, la tempestad me hablase,
 Y sobre tus inmensos horizontes
 Mi pensamiento colosal se alzase.
 Ah! con tanta grandeza engrandecido
 Buscara al Creador, le encontraria,
 Y en su seno de amor, de amor henchido,
 Como águila en el sol se perderia!

No le hallara en las obras de los hombres,
 No; que la flor de las ruinas brota
 Entre las grietas de muralla rota. . . .
 ¿Dó los colosos del Egipto están?
 Cayeron las columnas de la Grecia;
 Sobre ellas fuma indiferente el turco;
 Y en las piedras del templo un hondo surco
 Del genízaro marca el yatagan.

Entre severos monumentos, Roma
 Que aun oye el paso del corcel de Atila,
 Cual Mesalina en la vejez, vacila
 Cabe el sepulcro do se hundió su ayer.
 Vedla asida con brazos descarnados
 A la fúlgida cruz del cristianismo;
 Pendiente sobre el cráter del abismo,
 Bajo su peso próxima á caer!

De Dios el nombre en las eternas brisas,
 Del Nuevo-Mundo en los desiertos suena:
 Lanza ÉL su carro por el aire, y truena
 En los ecos del monte su rumor.

A su paso revientan los volcanes;
 Los profundos espacios se iluminan,
 Y las humildes palmas se le inclinan
 En señal de respeto y de temor.

El búfalo que duerme en las sabáñas
 Despierta y se alza; al levantarse, treme
 Bajo sus piés la tierra, escucha, teme,
 Conoce á Dios y tórnase á acostar.

Sumergido en el agua el cocodrilo
 Asoma hácia el Poniente armada boca,
 Miétras los rios con violencia loca
 Delante del Señor corren al mar.

Y en las hojas de acuático nenúfar,
 En medio de los lagos transparentes,
 Silban en són discordes mil serpientes
 Cuyos ojos relumbran como el sol;
 En cuyas rojas, entreabiertas bocas
 Lenguas como candentes dardos mueven,
 Cuyos cuerpos se enlazan y remueven
 En torcido y vistoso caracol.

Todo revela á Dios: á la natura,
 Madre comun, el maternal cariño
 Confía el sueño del amado niño
 Cuya cuna suspende en un saúz.

La brisa, aliento del Eterno, le habla
 Idioma de misterios que él entiende:
 La mirada de Dios sobre él descende,
 Y brota en torno un círculo de luz.

¡Monumentos sublimes do la mano
 Del Artífice eterno se descubre!

POESIAS

¡Caractéres gigantes do se encubre
Un arcano profundo y eternal!

Nada concibe la razon soberbia,
Y el salvaje ignorante los concibe;
Porque en su corazon una fe vive
Pura, como en las rocas el cristal.

Por eso, cuando al són de las tormentas
Que en diluvios de fuego y lluvia abortan,
En sus piraguas los salvajes cortan
Las ondas de unos lagos como el mar,
Suspenden en las popas de sus barcas
Los gratos *manitús*: así se entregan
Al sueño de la fe, y salvos llegan
A la orilla anhelada, al despertar.

Dadme esa vida errante que ilumina
La antorcha de la fe, sol del prodigio,
Cuyo sublime y místico prestigio
La soledad engrandeciera más:

Que aquí, de estéril duda por las sombras
A ciegas, siento el corazon herirse
Del dolor en la espina, sin abrirse
De la esperanza el pétalo jamas.

Dadme del Nuevo-Mundo, hijo postrero
Más amado de Dios, las soledades;
Léjos de esas ruidosas sociedades
Que se agitan del oro vil en pos.

Yo al sacudir sus miserables cadenas,
Busco la libertad, busco el espacio,
Y detrás de ese cielo de topacio,
Desde los altos montes, busco á Dios!

Libertad, poesía, hondos misterios
De ciencia y religion que en él hallara,
Con lágrimas de amor abandonara
De mi patria no más por un rineon.

POESIAS

Grato sepulero en tus entrañas de oro,
¡Oh América! pudieras ofrecerme;
Yo, empero, el pobre do mi estirpe duerme
Prefiriera á tu rico pantéon. . . .

Tregua al dolor, que á sofocar empieza
Mi cancion con el llanto que derrama:
De mi patria despues, solo á tí te ama
Mi corazon de bardo y de español.

Porque jamas olvidaré que pudo
Mi alma, con tu grandeza engrandecida,
En el seno de Dios, de amor henchida,
Perderse como una águila en el sol!

Febrero 25 de 1844.

SONETO

EL sanguinario monstruo de la guerra
Doquiera ejerce su implacable saña:
Toda social virtud su aliento empaña,
Y, atento á la venganza, al mal se aferra.

Recorre el fácil valle y la ardua sierra:
La industria borra, y el trabajo extraña;
Y en llama y sangre, en luto y llanto baña
La ántes feraz, agora estéril tierra.

Al fin el monstruo su pendon tremola,
De orgullo henchido y de feroz contento,
Sobre huesos y escombros y ceniza;

Mientras en el Norte helado se oye sola
Careajada de triunfo, que da al viento
Sajon pirata que el incendio atiza.

Marzo 1860.

A MÉXICO

ODA

A DON JOSÉ MARIA ROA BÁRCENA

TU, cuya frente se remonta al cielo
Émula de sus grandes luminares,
De perdurable hielo
Circundada con nítida corona,
Morena Vénus de la indiana zona,
Salida de la espuma de dos mares;
Oye la voz de agradecido bardo
Que por bella é infeliz, dos veces te ama:
Quizás, cual del cansancio olvido pone
Sombra de fresno en caluroso Junio,
El himno rudo que mi amor entone
Breve espacio suspenda tu infortunio.
¡Ojalá que del vate el sacrificio
Tornase el cielo á tu anhelar propicio!

Con qué grandiosa majestad ostenta
De hermosura y poder la doble pompa
Natura aquí risueña y opulenta!
En breve espacio abarca
De opuestas zonas los distantes climas;
Desde la baja, tórrida comarca
Que con lengua salobre el ponto adula,
Hasta la alta region en cuyas cimas,
Escollo á los marinos huracanes,
Coronadas de témpanos de hielo

POESIAS

Llevan hasta las márgenes del cielo
Sus multiformes crestas los volcanes.

De ellos las aguas límpidas descienden
Que en frescas ondas la planicie inundan :
Las fértiles cañadas do se extienden,
Los anchos valles que al pasar fecundan,
Tapizan flores de carmin y gualda,
Praderas de esmeralda,
Mieses de dulce caña ó rubia espiga,
Las plantas todas que en perenne Mayo
El suelo de los trópicos prodiga.

En las regiones donde eterno estío
El vigor de su aliento desparrama,
Y apenas el aljófár del rocío
Consiente al alba en la menuda grama,
Con ardoroso arrullo
Las auras lisonjeras
Halagan el orgullo
De plátanos y cocos y palmeras.
Allí, por entre ovaes
Hojas, blanco algodón rompe el capullo
En copos desiguales:
Encorvados nopales
Los insectos preciosos atesoran,
Que de Tiro la púrpura mejoran :
Del café mas allá verdes arbustos
Las habas insomníferas despliegan,
De copudos naranjos á la sombra
Que en azahar y aroma el campo anegan;
Y más léjos, más léjos, los manglares
Do alimañas innúmeras se esconden,
Con soleme murmurio corresponden
Al compasado estruendo de los mares.

En las altas regiones
Do flores y perfumes primavera

POESIAS

Esparce con hartura,
O el otoño sus medros
En profusion mas útil asegura,
Se empinan aromáticos los cedros ;
Cano vegeta el secular sabino ;
Casi en la árida linde
De las nieves eternas, crece y rinde
Sus toscas piñas resinoso pino ;
Y en ricas vegas, en desnudos montes,
En selvas que no pisa humana planta,
Cercada de admirables horizontes
Natura un himno de victoria canta.

¿Quién la infinita variedad dijera
De aves de extraña voz, raro plumaje ?
Ya alegran con gorjeos la pradera ;
Ya en graznido salvaje
Entristecen el eco en la montaña ;
Ya en la quietud nocturna
Y donde mas el bosque se enmaraña,
Cascadas de armonía
El mexicano ruseñor envía :
Se espacian por el flúido elemento,
Se albergan en la rústica floresta
Desde la flor volátil, á quien iris
Su vívido matiz amante presta
Y el cáliz de los mirtos alimento,
Hasta el águila audaz que se remonta
A la última esfera sin desmayo,
Y cuya vista perspícaz afronta
Del sol la llama y el fulgor del rayo.

Albean por los valles los ganados
No siempre al lobo astuto defendidos :
Por las agrestes quiebras
Saltan con grave susto los venados
Del rumor de una yerba sorprendidos,
Suspícaes de horrisonas culebras :

La frente armada torna
 El toro resoplando con fiereza,
 Al jaguar que en pintada piel se adorna
 Y le acecha ó le asalta en la maleza;
 Y el salvaje corcel lánzase altivo
 Por monte y por llanura;
 Tiende la crin al aire fugitivo,
 El cuello enarca, y respirando fuego
 Por el ancha nariz y abierta boca,
 En rápida carrera el suelo oprime
 Con duro casco y arrogancia loca.
 Así de libertad el gozo exprime,
 Y en su indómito brío y gallardía
 La pujanza del hombre desafia.

Con ímpetu mayor llevan los ríos—
 Arterias de los vastos continentes—
 Por ásperas quebradas y bajíos
 A los remotos mares sus corrientes.
 Suelen por los estíos
 Romper bramando el cáuce dilatado
 Cuando, al fragor de ríspida tormenta,
 De las tardes el lóbrego nublado
 En diluvios revienta.
 Troncos, puentes y rocas arrancadas
 Irritan más su empuje,
 Y al estridor de altísimas cascadas,
 Cóncavo el eco de los montes ruje.

Mientras en tersos lagos, casi mares,
 Hallan plácido asilo
 Las acuáticas aves á millares,
 Y en su piragua el pescador tranquilo,
 Retrátanse en las ondas placenteras
 Agaves que en simétricas hileras
 Erizan las estériles colinas;
 Los caseríos blancos
 Que, á orillas de fértiles barrancos,

Salpican las montañas convecinas;
 El cielo azul, y entre neblinas leves
 De los volcanes las perpetuas nieves.

Los volcanes!! En ellos de natura
 Con más sólida gloria se atestiguan
 El poder, la hermosura.
 Un tiempo en convulsiones horrosas
 Sus moles se agitaron;
 En columnas al cielo vomitaron
 Llamas bituminosas:
 En raudales de lava, de los montes
 La vacilante forma se envolvía:
 Los amplios horizontes
 La arrojada ceniza recorria;
 Y aumentando el horror del cataclismo,
 Mugian cielo y mar, tierra y abismo.

Piadoso el curso de los siglos pudo
 Del subterráneo piélagos de fuego
 Serenar el inquieto hervor sañudo.
 Mas abiertos los cráteres quedaron,
 Como fáuces de monstruo: allí respira
 La profunda voráGINE que encierra
 El eléctrico incendio que aun trabaja
 Las vísceras gigantes de la tierra.
 Las nubes los coronan
 Que atrae sin cesar la ingente cumbre:
 El huracan allí prorumpo bronco,
 Allí prende el relámpago su lumbré,
 Allí estrena su voz el trueno ronco;
 Y del horno en que yacen
 En quieta combustión lavas candentes,
 Los terremotos nacen
 Que sacuden los vastos continentes.
 El suelo trepidante bambolea;
 La erguida torre en el espacio ondea;
 Quebrántase el fortísimo cimiento;

De pavor enmudece la natura,
Y la oracion de pálida criatura
Sube llorosa en vano al firmamento.

En el lóbrego centro de la tierra,
Opresa en muros de luciente roca,
La rica vena de metal se encierra,
Que la codicia sórdida provoca.

En vano de sus hilos ramifica
La extensa red del orbe en las entrañas,
Y á resguardarla, el tiempo multiplica
De basalto y de pórfido montañas.

Atrevido, tenaz, sediento de oro,
Bárbaro el hombre las taladra ó hiende;
Allí busca el magnífico tesoro
Y con ávidos ojos le sorprende.

Recorre insomne, escuálido y desnudo
La cóncava extension de aquella tumba
Que, del férreo martillo al golpe rudo
O al trueno de la pólvora, retumba.

Salta el peñasco y vuela con estruendo:
El agua por las grietas se destaca;
Y entre humeante vapor, del antro horrendo
La confusion alumbrá antorcha opaca.

Ni peligro, ni sueño, ni fatiga
Arredra al hombre, ó su codicia doma;
Y aun salir del sepulcro que le abriga
Duda, si el grave techo se desploma.

Así bajo la inmensa pesadumbre
Tal vez perece en congojoso duelo,
Sin que, al morir, la fugitiva lumbre
Hallen sus ojos del radiante cielo!

Purísimo el de Anáhuac
Sobre el risueño panorama esplende,
Como digna corona
Con que la régia sien orna y defiende
La indiana matrona.

Ya ostente el suave albor del nuevo día,
Ya la espléndida llama del sol que arde
En el alto zenit, ya la que envía
Modesta claridad pálida tarde;
¡Qué trasparente, límpido y sereno
Muestra el cóncavo seno,
Lago inmóvil de nítido zafiro,
De diáfano cristal bóveda inmensa!
¡Cuál la vívida luz, que en rauda giro
Por las ondas del éter flota extensa,
Ténue suaviza el interpuesto ambiente!
¡En cuál arrobamiento el alma sube
A Dios por esta cúpula luciente,
Templo de claridad que ama el querube,
Atrio de las mansiones del Potente!
Como polvo de fúlgidos topacios,
Estrellas se derraman
De la bóveda azul por los espacios;
O bien la luna, que los tristes aman,
Navega en los silencios del vacío,
Émula del gran astro que refleja,
Cuya ígnea guedeja
Trasmuta en rayo delicioso y frío!

¡Cuántos de alta beldad nobles tesoros,
Reina infeliz del Septentrion, adunas
En valles y montañas,
En ríos y lagunas,
En tus ricas entrañas,
En tus climas y cielo sin segundo
Que el cetro de belleza te confirman
Entre las zonas del extenso mundo!

¡Por qué tanto primor, perseverante
Soplo de adversidad aja y desdora?
¡Por qué tu prole exánime, sentada
Del infortunio en las tinieblas llora?
¡Por qué, cuando mas grandes

Tu hermosura y riqueza resplandecen
Que las ingentes moles de tus Andes,
En la desgracia ó la inquietud perecen
Tras de afanes prolijos,
Impotentes ó míseros tus hijos?

Justo y noble, aspirando á vida propia,
Erigirse en naci3n. Pero ¡ay del pueblo
Que de ambiciosos ruines larga copia,
Bisoño en libertad, alza y derriba!
¡Ay si con maña activa,
De prósperos ejemplos al halago,
Extranjero interes pérfido siembra
Lenta zizaña de seguro estrago!
Rompes el cetro de lejanos reyes;
A los ídolos nuevos sacrificas
Costumbres sóbrias y severas leyes;
Ya libre, el juvenil ardor duplicas:
Empero la discordia, sacudiendo
Sus cabellos de víboras, convoca
Los monstruos de la guerra en grito horrendo;
Lid fratricida sin piedad provoca,
Y con agudo estruendo,
De hambre y peste entre pálidos vestiglos,
El bélico clarín llena los campos
Do con rara constancia,
Cual de Saturno en los dorados siglos,
Tres reinaron la paz y la abundancia.
¡Así de inexperiencia amargo fruto
La malograda juventud cosecha!
¡Feliz, si la esperanza en tanto luto
Su fecunda raíz no halla deshecha!

De tus vastos confines en lo espeso
Cauteloso deslízase el salvaje:
De su macana al formidable peso,
De su traidora flecha al raudo silbo,
De su alarido al oprobioso ultraje,

Tímidos ya sucumben
Los choznos de los héroes, que la raza
Bárbara del desierto domeñaron
Con la cruz, con la esteva y con la maza.
Sus términos dilata en tus fronteras,
Precedida de estragos, la barbarie:
Los pasos de natura creadora
No endereza solfcoito el cultivo;
Robusta, triunfadora,
Se propaga la rústica maleza
Donde ántes rubia mies ó verde olivo;
En donde pueblos hubo, hay aspereza
De escombros sepultados bajo espinas,
Y el áspero nopal torcido crece,
Y el taciturno buho se guarece
Del viejo templo entre las pardas ruinas.
Mientras en las brumas de hiperbórea playa
El pirata del Norte apresta el lino
De las altivas naos, codicioso
De amarrar á su remo tu destino.

Vence por fin. . . ¡oh mengua! ¡Y así humilla
Linaje de orgullosos mercaderes
La noble descendencia de Castilla?
Sucumbe así del áspid al veneno
Leon dormido en la africana orilla.
Despues no en torpe guerra
Índigna de memoria,
El corsario sajón roba tu tierra.
No: á precio de vil oro,
Que del siglo venal es arma y gloria,
Tus provincias adquiere y tu desdoro.
Con amistosos brazos el gigante
Rodea y acaricia tu hermosura:
Mañana, en su codicia devorante,
Comprimirán tu mórbida cintura
Y quedarás en ellos espirante.
Tal en las selvas tímido venado

POESIAS

Cáe en lazo de boa corpulento,
Y en el horrible nudo aprisionado,
Forceja y rinde el postrimer aliento.

Vuelve ¡oh México! en tí, que del abismo
Duermes incanta al resbaloso borde:
No más del interes y el egoismo
La envenenada copa se desborde.
El valor, la virtud, el heroismo
De tu estirpe recuerda, la alta gloria
Con que del tiempo y del olvido triunfa
Su claro nombre en la severa historia.
Nunca, vástago real del tronco hispano,
Tu noble origen ni su ejemplo olvides:
Con ánimo y esfuerzo sobrehumano
El hierro blande en las gloriosas lides;
Y si del hado en el ignoto arcano
Es ley que cedas tras sangrienta lucha
Al número, á la astucia, á la perfidia,
La voz solemne del honor escucha
Y hasta caer en el sepulcro lidia.

Si benigno acogiera
Mis votos el Señor, á cuyo arbitrio
Los tronos sublimados caen rotos,
Surgen á dominar pueblos humildes,
Brotan y se hunden déspotas violentos,
Rudos tribunos, razas ó naciones,
Todos de sus designios instrumentos;
La paz, la libertad, gloria y ventura
Tus ámbitos risueños morarian:
Los campos que hora yerma el amargura
En feraz plenitud florecerian;
Y en hosannas de júbilo, las várias
Del mundo de Colon gentiles zonas
A tu justo poder rindieran párias,
Como á tu gran beldad rinden coronas.

1855.

224

TAL AGRAVIO TAL VENGANZA

ROMANCE

Porque el que supo el agravio
Solo la venganza sepa,
Porque secreta venganza
Requiere secreta ofensa.

CALDERON.

I

OBREGA, señor, la noche
Nos entolda el patrio cielo.—
Aun es demasiado clara
Para alumbrar mi tormento;
Pues hay donde quier hogueras
Cuyos brillantes destellos
Animan el bullicioso
Regocijo de este pueblo.
Acaso de mi esperanza
Presagian el sol sereno;
O tal vez me pronostican
De mi venganza el incendio!—
Nuevas fatales, Don Juan,
A Sevilla nos trajeron,
Y alborozos y festines
Nos hacen recibimiento:
Pero el astro que buscáis,
Segun lo oscuro del cielo,
Que esté ya en total eclipse
Para vos, mucho me temo.
Dizque cuando aquí anochece
Alborea en otro suelo:

225

29

POESIAS

Cáe en lazo de boa corpulento,
Y en el horrible nudo aprisionado,
Forceja y rinde el postrimer aliento.

Vuelve ¡oh México! en tí, que del abismo
Duermes incanta al resbaloso borde:
No más del interes y el egoismo
La envenenada copa se desborde.
El valor, la virtud, el heroismo
De tu estirpe recuerda, la alta gloria
Con que del tiempo y del olvido triunfa
Su claro nombre en la severa historia.
Nunca, vástago real del tronco hispano,
Tu noble origen ni su ejemplo olvides:
Con ánimo y esfuerzo sobrehumano
El hierro blande en las gloriosas lides;
Y si del hado en el ignoto arcano
Es ley que cedas tras sangrienta lucha
Al número, á la astucia, á la perfidia,
La voz solemne del honor escucha
Y hasta caer en el sepulcro lidia.

Si benigno acogiera
Mis votos el Señor, á cuyo arbitrio
Los tronos sublimados caen rotos,
Surgen á dominar pueblos humildes,
Brotan y se hunden déspotas violentos,
Rudos tribunos, razas ó naciones,
Todos de sus designios instrumentos;
La paz, la libertad, gloria y ventura
Tus ámbitos risueños morarian:
Los campos que hora yerma el amargura
En feraz plenitud florecerian;
Y en hosannas de júbilo, las várias
Del mundo de Colon gentiles zonas
A tu justo poder rindieran párias,
Como á tu gran beldad rinden coronas.

TAL AGRAVIO TAL VENGANZA

ROMANCE

Porque el que supo el agravio
Solo la venganza sepa,
.....
Porque secreta venganza
Requiere secreta ofensa.

CALDERON.

I

OBREGA, señor, la noche
Nos entolda el patrio cielo.—
Aun es demasiado clara
Para alumbrar mi tormento;
Pues hay donde quier hogueras
Cuyos brillantes destellos
Animan el bullicioso
Regocijo de este pueblo.
Acaso de mi esperanza
Presagian el sol sereno;
O tal vez me pronostican
De mi venganza el incendio!—
Nuevas fatales, Don Juan,
A Sevilla nos trajeron,
Y alborozos y festines
Nos hacen recibimiento:
Pero el astro que buscáis,
Segun lo oscuro del cielo,
Que esté ya en total eclipse
Para vos, mucho me temo.
Dizque cuando aquí anochece
Alborea en otro suelo:

POESIAS

Si el sol para vos se pone,
 Que nace para otro es cierto. . . —
 —No hables más en ese punto,
 O te arranque ¡vive el cielo!
 La desenfrenada lengua
 Que soltaste osado ó necio.
 Harto, sin que lo recalques,
 Me va lacerando el pecho
 Que me agravién y me ofendan,
 O el pensarlo, que es lo mesmo.—
 ¡Señor! . . .—Silencio, Ginés,
 Y deja correr el tiempo.

Echaron los dos á andar
 Bajo las capas cubriendo
 Los torvos, chispeantes ojos;
 Y la calle traspusieron,
 Entrándose en otra angosta
 Y oscura, hácia cuyo extremo
 Se apostaron, recelosos
 Mano á las dagas poniendo.
 Pasó una vieja á su lado,
 Semi-vampiro ó espectro:
 La luz de su candileja
 Los iluminó un momento;
 Y ellos, volviendo los rostros,
 Por darle paso, se abrieron.
 La vieja de hito en hito
 Mirólos por conocerlos;
 Mas embozados y mudos
 Entrambos permanecieron.
 Ondeaba una blanca pluma
 Del mas alto en el sombrero;
 Ningun penacho lucía
 En el del ménos esbelto:
 Las botas igual el polvo
 De los dos iba cubriendo;
 Y aunque no iguales en forma,

POESIAS

Por bajo los ferreruelos
 Solo asomaban las puntas
 Dos estoques de Toledo.
 Que uno era noble infanzon
 Y otro inferior escudero
 Adivinólo la vieja;
 Que era fácil conocerlo.
 Cansado al fin el hidalgo
 De escrutinio tan atento,
 “¡Qué hora es?” brusco pregunta
 Con airada voz de trueno.
 La bruja atemorizada,
 Entre temblando y gruñendo,
 Al escapar presurosa,
 “Las once son, caballero,”
 Responde; y el otro dice:
 “Está bien: guárdela el cielo.”

Seis hombres de capas luengas
 Y de tendidos sombreros,
 En la calle van entrando
 Con pausa y cauto recelo.
 Armados van de razon
 O de estoque, que es lo mesmo;
 Pues la razon sin estoque
 Poco alcanza en todos tiempos.
 Espían con aire torvo,
 A un lado y otro volviendo
 Ojos que al azor robaron
 La perspicacia y el fuego,
 Por ver si acaso tropiezan
 Con ladron ó con ratero:
 Que hurtar lo que otro robó
 Siempre á gran virtud tuvieron.
 Los otros dos embozados
 De que los vieron de léjos,
 Retrajéronse á una puerta
 De la calle al otro extremo.

POESIAS

De allí pasar los miraron
 Con sus pardos ferreruelos,
 Sus blanquecinas golillas
 Y sus calados sombreros:
 Y al ver sus graves figuras
 Y sus pausas, conocieron
 Que son corchetes los seis
 Que hacen la ronda del pueblo.
 Justicia el vulgo los llama:
 Menguada cosa, por cierto,
 Que á tan injustos bellacos
 Llaman *justicia* los pueblos!
 Desde la puerta Don Juan
 Viólos ir con paso lento,
 Y una calle y otra oyóles
 Atravesar en silencio.
 La suya cruzó el hidalgo,
 Tras él siguió el escudero;
 Quedaron un rato inmóviles;
 Luego otra pieza anduvieron,
 Hasta que tras de una esquina
 Con ojo y oído atentos,
 A la pared arrimados
 Quedáronse en gran silencio:
 Y de la arabesca torre
 De inmediato monasterio,
 Doce lentas campanadas
 Rodaron con ronco estruendo.

II

Dizque de la noche suelen
 Por las sombras discurrir
 Vagos fantasmas, que aterran
 A la plebe baladí;
 Que á su paso estremecida,
 Remeda el aura sutil
 En apagado suspiro,

POESIAS

Su monótono gemir;
 Y que son esos fantasmas,
 Creacion del miedo vil,
 Almas en pena que el cielo
 Condena á viajar así
 En el silencio nocturno
 Con lastimero plañir,
 O á cabalgar por los aires
 Entre tormentos sin fin.
 Mas el que hora se desliza
 Por la sombra sin sentir,
 No es un medroso fantasma,
 Ni es un espectro infeliz.
 Mucho tiene de corpóreo:
 Es su garbo juvenil;
 Y el ruido de sus espuelas
 Muestra no es sugeto ruin.
 No murmura misterioso
 Con lastimero plañir;
 Sino modula una trova
 Que amor revela sin fin.
 Y bien la canta el mancebo;
 Bella es la trova gentil,
 Aunque á su arrullo dormite
 La ronda que vela allí.
 Tambien sobre la alta bóveda
 Duerme el cáрабо al oir
 La religiosa armonía
 Que lanza, en torrentes mil,
 El grave órgano del templo,
 Cuando en místico festin
 Turba en sonos acordados
 De los ecos el dormir.
 Mas ya no se oye la trova;
 Ya se apaga en el zenit
 Su postrer eco, perdido
 Entre la brisa sutil;
 Y una palmada retumba

POESIAS

A que corresponde al fin
Otra sonante palmada,
Aunque ménos varonil,
Que de una reja entreabierta
Sigue al áspero crugir.

“Caballero, á mi opinion
“Pequeña importancia dais,
“Cuando amores me cantais
“De noche bajo el balcon.—
“—Severa estais por demas;
“Que para mí, que os adoro,
“Es mucho vuestro decoro
“Y vuestra opinion es más.
“Retirada está la calle;
“Y nada extraño parece,
“Cuando mi sol amanece,
“Que salga yo á celebralle.
“Dejad ya vuestros enojos
“Si me amais, como yo á vos,
“O me ponga ¡vive Dios!
“Ante la reja de hinojos.”—

—“No me acuseis de liviana
“Porque á la reja bajé. . . .
“Que no acabarais, pensé,
“Vuestro canto hasta mañana.

“De hinojos estar debierais
“Para templar mis enojos;
“Mas en la calle de hinojos
“No bien, Don Pedro, estuvierais.

“Por eso habré de ceder
“Y en lugar de castigaros,
“Pretendo. . . .—

“¿Qué?—
—“Perdonaros,

“Obrando como mujer.
—“Dios os lo premie, señora.
“Mas que diga permitid

POESIAS

“Que tengo. . . .—
—“¿Zelos? Decid.

“¿Pedísme zelos ahora?—

—“No por cierto. Solo tengo

“Por cosa digna de queja

“Que nos separe una reja,

“Leonor, cuando á hablaros vengo.

—“¡Caballero!

—“No, por Dios,

“Penseis mal de quien os ama

“Y precia en más vuestra fama

“Que el amor que os tiene á vos.

“Pero es fácil que en la calle

“Nos cuente algun importuno

“Los suspiros uno á uno;

“Y entónces ¡qué hacer?

—“¡Matalle!”—

—“Bien: mas severa os negais;

“En ello así persistís,

“¿Y que me amabais, decís!

“Ni me amasteis ni me amais.

—“¿Que no os amé, que no os amo,

“Me decís, Don Pedro, á mí,

“Cuando os desmienten así

“Las lágrimas que derramo:

“Cuando por poder, sin mengua

“Del deber y del honor,

“Consagrarme á vuestro amor,

“Diera mil vidas?—

—“La lengua

“Bendiga Dios que habla así.

“Mas, Leonor, os retirad,

“Y la ventana cerrad;

“Que oigo pasos por aquí.”—

Entónces vió que en la calle,
Acechándole conformes,
Hácia él se adelantaban

POESIAS

Con gran misterio dos hombres.
 Cuando ya cerca estuvieron,
 El uno al otro llegóse
 Para decirle en voz baja:
 —Guárdame la espalda; corre
 Hacia la vieja, y si grita. . . .
 Para eso tienes estoque.—
 Entónces se departieron
 Uno del otro veloces;
 Huyó el uno hácia la ronda,
 Y el otro hidalgo encaróse
 Con Don Pedro, á quien la dama
 Despide con faz de amores.
 Don Pedro, al verle venir,
 Con fría calma embozóse,
 Y tras la entreabierta reja
 Oyó Leonor sus razones.—

DON PEDRO.

Despeje la calle, hidalgo.

DON JUAN.

Mala demanda, por Dios!
 Ved de despejarla vos,
 Si habeis de servirme en algo.

DON PEDRO.

No piense que intencion tengo
 De servir á vuesarocé.

DON JUAN.

Mirad si yo la tendré,
 Cuando por mataros vengo.

DON PEDRO.

¿Por matarme? ¡Voto á Cristo!
 ¿Y el por qué?

POESIAS

DON JUAN.

¡Lo preguntais,
 Y á esa ventana os llegais?

DON PEDRO.

Mirad!

DON JUAN.

Há tiempo lo he visto.
 Noble os creo todavía,
 Y vos hidalgo os decís:
 Mirad que si no os batís,
 Desmiento vuestra hidalguía.

DON PEDRO.

Ya fuera mucho en mi mengua
 Que al lado ciñendo estoque,
 Un hidalgo me provoque.

DON JUAN.

Donde hay acero no hay lengua.

Brillaron en esto al aire
 Desnudos ambos estoques,
 Y uno al otro caballero
 Se aproximaron entónces.
 Doña Leonor que lo vía,
 Hasta el suelo desplomóse,
 Respondiendo á sus gemidos
 Ora un tajo, y ora un corte.

Y miéntras duerme la ronda
 Lidian los dos como nobles,
 Y se estrechan, y se apartan,
 Y se acuchillan conformes.—

La vieja se despertó,
 Y á la ventana asomóse.
 —Muerto soy!— se oyó en la calle,
 Y ¡socorro! ella responde.

Pero un hombre por detras
 Con fuerza el brazo la coge:

POESIAS

Calle, la bruja, le dijo,
Y la ventana cerróse.—

En esto, en medio á la calle
Gritaban con roncadas voces:
¡Ténganse al rey! los corchetes,
Que ya llegaban adonde

Tendido en la sombra yace
Sin vida, el cuerpo de un hombre.
Mas viendo que el matador
Ya lejos, tal vez, se esconde,
Y que en la entreabierta reja
Hay un bulto blanco, acorren,
Y una mujer desmayada
Sacan en brazos dos hombres.

Juzgándola buen testigo,
Ya la justicia alegróse,
Y al muerto y á la mujer
Llevaron en medio entónces.

En tanto tras la ventana:
He conocido á ese hombre,
Murmuraba por lo bajo
La vieja, y Gines responde:

—Mas no podréis denunciarle,
Bruja maldecida y torpe,
Que ántes que solteis la lengua,
Esta tizona os la corte.—

III

En la cárcel de la villa,
Doña Leonor de Mendoza
Su femenil liviandad
Bien arrepentida llora.

Mucho con razon le pesa
Que dama de tanta nota
Llore en pública prision,
Tan desamparada y sola:

POESIAS

Y más cuando en la ciudad
Casi unánimes la nombran
Virtuosa, las otras damas,
Los hombres, bella y virtuosa.

Mucho siente, allá en la cárcel,
Ver que pierde en una hora
Honra y fama para siempre;
Que no se cobra la honra.

Porque, aunque de su prision
Las horas sean muy pocas,
Siempre ha de saberlo el vulgo
Y en ello habrá de hacer mofa:

Y aunque del ausente esposo
No le aflija la memoria,
Teme que lo sepa, y teme
La venganza que provoca.

Los corchetes por fortuna
No la conocen, y sola
De la cárcel en la sala,
Temblando aguarda la aurora.

Echóse el manto de pronto,
Para que no la conozca
Un hidalgo que, embozado,
Entró en la sala á deshora.

Miróla el hidalgo atento;
Y escudriñando la alcoba,
Dirigiéndose á la dama
Tranquilo se desemboza.

DOÑA LEONOR (sorprendida)

Esposo mío y señor,
En hora triste venís.
Dadme los brazos. . .

DON JUAN.

¡Leonor!
Mirad si algo me decís
Que me abone vuestro honor.

POESIAS

A vuestra casa llegué;
Y en vez de hallar vuestros brazos,
Desierta la casa hallé,
Y por cierto que temblé
De encontrar mi honra en pedazos.
De noche en la calle andais

En medio de la justicia;
El por qué me lo ocultais,
¿Y esto, señora, dudais
Cuánto arguye de malicia?

DOÑA LEONOR.

¿Malicia, esposo, decís?
Ni malicia ni delito
Arguyen, cual presumís;
¿Y á atormentarme venís
Cuando amistad necesito!

DON JUAN.

Mas explicadme, por Dios,
Cómo os hallo aprisionada
Para mengua de los dos:
Cómo os vieron desmayada
Tras de la reja. . . .

DOÑA LEONOR.

¿A mí?

DON JUAN.

A vos.

DOÑA LEONOR (aterrada.)

¡Válgame el cielo! Supisteis. . . .
Y liviana me creísteis. . . .

DON JUAN (disimulando.)

En verdad lo he sospechado;
Empero no he demandado
Por qué á la reja salisteis.

POESIAS

DOÑA LEONOR (recobrándose.)

Rumor de espadas sentí.

DON JUAN.

¿Y los conociste?

DOÑA LEONOR.

No.

DON JUAN.

¿Mas te desmayaste?

DOÑA LEONOR.

Sí.

DON JUAN.

Luego era el ruido por tí.

DOÑA LEONOR.

Yerra quien así pensó.
Y si lo pensasteis vos,
Errasteis tambien.

DON JUAN.

¿Decís

Que no me engañasteis?

DOÑA LEONOR.

Dios

Por testigo.

DON JUAN.

¿Y si mentís?

DOÑA LEONOR.

¡Su maldicion á los dos!

DON JUAN.

Hora los brazos me dad;
Y pues no nos conocieron,

POESIAS

Este sombrero os calad,
Y en esta capa os tapad,
Que ocultos aquí estuvieron.
Pues la idea de libraros
Tanto pudo, esposa, en mí,
Que, aunque por medios bien raros,
Para en secreto sacaros
Capa y sombrero escondí.
Y ya que por maravilla
No es pública esta prision,
Ni nos resulta mancilla,
Que salgamos es razon
En secreto de Sevilla.

DOÑA LEONOR.

Mas temo, Don Juan, que ahora
Se os oponga y os provoque
La justicia veladora.

DON JUAN.

Seguidme y fiad, señora,
En mi razon y mi estoque.
En esto echaron á andar,
Y el hidalgo murmuró:
No le valdrá su jurar;
Porque á médias se vengar,
Eso no es vengarse, no.

—Déjese querer, la vieja,
Por vida de Belcebú,
O va á dormir esta noche
El sueño del ataúd.

¿Conocióle?—

—Sí, Gines:

Le pude ver á la luz
De mi linterna.—

—¡Y mañana,

Piensa denunciarle aún?

POESIAS

—Tan pronto como recoja
La noche el negro capuz;
Porque la justicia venga,
Haciendo causa comun,
La sangre del caballero,
De la dama la virtud,
Y el miedo que yo. . . —

—La torpe

Encubridora, ¡y aún
No teme que la justicia
Al mirar esa actitud,
La mande á que en una hoguera
Retoce con Belcebú?
¡No tiemble! y échese el manto
Sobre aquesa senectud;
Véle ese talle mezuino
Bajo de su pliegue azul,
Y sígame.—

—¡Adónde?—

—Cálle

Y destierre la inquietud;
Que va á estar con esa dama
De quien le hablé. . . —

—¡Por Jesus!

Ten compasion. . . de rodillas. . . —

—Álcese ¡bruja! la luz
Apague, y allá en la calle
Mi atenta solicitud
No olvide: si huir intenta,
La alcanzará mi arcabuz.

IV

Es una tarde amarilla
Que con lánguido arrebol
Apénas dora las cumbres
De una vega en derredor.

POESIAS

Aplomados nubarrones
 En caprichoso monton
 El sol esconden, y anuncian
 De la tormenta la voz.
 Por eso en el ancha vega,
 Desde que el sol se ocultó,
 Misteriosa cabalgata
 Aprieta el paso veloz.
 De muy angosta litera
 Se abrigan en lo interior
 Dos personas silenciosas,
 Mujeres ambas á dos.
 Hermosa dama es la una,
 Y parece de alto honor;
 Es una vieja la otra
 Sin belleza ni blason.
 Ambas á un tiempo se miran;
 Y avergonzadas las dos,
 No hay de las dos quien intente
 Promover conversacion.
 A un lado de la litera
 Y en un gallardo troton,
 Armado de punta en blanco
 Un hidalgo cabalgó.
 A otro lado un escudero
 Sin penacho en el morrion,
 Cabalga tambien armado
 En corcel batallador.
 Los rostros llevan cubiertos
 Con las viseras los dos,
 Y en el escudo el hidalgo
 No lleva cifra ó blason.
 La dama tambien se esconde
 Bajo el velo temblador,
 Como si álguien que pasara
 Con atenta precaucion,
 Pudiera ver en su frente
 Que hay mancha de deshonor.

POESIAS

Marchando van por la márgen
 De ancho río que veloz,
 Entre juncos y espadañas,
 Con monótono clamor
 Se dilata susurrando
 Y dando á los ecos voz.—
 Crece en tanto la tormenta,
 Que ya la noche envolvió
 En manto de espesas nubes
 La débil lumbré del sol.
 El trueno que ántes al léjos
 Con hondo sonar mugió,
 Retumba ya contrastando
 Del río con el rumor;
 Y el rebramar de los vientos
 Que turban la alta region,
 Provoca del fuerte roble
 El crugido aterrador.
 Aisladas, gruesas gotas
 Soltaba ya el nubarron,
 Que absorbía de la tierra
 El concentrado calor.
 La cabalgata al sentir las
 Aun más el paso apretó;
 Y en medio de un despoblado,
 Del relámpago al fulgor,
 Vióse enfrente de un convento
 De aspecto triste y feroz,
 A cuya puerta el hidalgo
 Con rudo estruendo llamó.—
 Rasgaban en esto el aire
 Con prolongado clamor,
 Los ecos de las campanas
 Que tocaban la oracion:
 Y la tormenta envidiosa
 Los ecos arrebató,
 Repitiéndolos al léjos
 Con melancólico són.

POESIAS

Abrióse lenta la puerta,
Y el hidalgo se apeó,
Inquieto espíando el campo
Con receloso temor.

Acercóse á la litera;
Y con rendida intencion,
Para que baje la dama,
Mano sin guante ofreció.

La vieja y el escudero
Marchan del hidalgo en pos,
Que á la dama dando el brazo,
En el convento se entró.

—
DON JUAN.

Estamos solos, señora;
Y á solas con nuestros duelos,
Me están pidiendo mis zelos
Sangre en que vengarse ahora.

El corazon pide cuenta
Del amor que os entregué
Con este honor y esta fe
Que manchasteis con afrenta.

Ved si la dais, á despecho
Del sentir del corazon;
Que abonan mi pretension
Mi nobleza y mi derecho.

Hablad, que mucho pecáis;
Y ved que de cierto modo
Llegó á mi noticia todo
El baldon con que me ajais.

DOÑA LEONOR.

Don Juan, quien os dijo tal,
De vuestro honor se burló

POESIAS

Y cual villano mintió.

DON JUAN.

¡No ha mentido por mi mal!
Torpe vendísteis mi fe;
Mi honor manchasteis liviana;
¡Y con mentira villana
Negando estais lo que sé?

DOÑA LEONOR.

¡Vos? . . . ¡Mentís!

DON JUAN.

Uno murió;
Don Pedro tuvo por nombre,
A manos murió de otro hombre. . . .

DOÑA LEONOR.

Y ese hombre ¿quién era?

DON JUAN.

Yo.

DOÑA LEONOR.

¡Dios mio!

DON JUAN.

¡Y así pensar

Pudísteis, Doña Leonor,
Que os entregara mi honor
Sin venirme yo á velar?

¡Y que en las manos pusiera
De imberbe niño sin juicio,
Un cristal para que el vicio
Le empañara ó le rompiera?

Bajad al suelo los ojos
Que están diciendo mi mengua;
Moved ¡por Cristo! la lengua,
Y pedid perdon. . . . de hinojos.

POESIAS

DOÑA LEONOR.

¡Piedad!

DON JUAN.

¡Mi honor!

DOÑA LEONOR.

Compasion

Os merezca mi querella. . .

DON JUAN.

Mi honra. . . ¿qué hicisteis de ella?

DOÑA LEONOR.

No la afrenté. . . Mas perdon!!

DON JUAN.

Ligera solo os juzgué;
Nunca os creí tan liviana!! . .
Os amaba esta mañana,
Y aun detestaros no sé.

De rodillas ¡voto á tal!
Ved que en la mano la daga,
En justa venganza, amaga
Vuestro pecho desleal.

Me lo ocultasteis traidora,
Y con maligna intencion
De Dios con la maldicion
Atestiguasteis, señora,

Ella al fin os marcará
Con negro sello la frente,
Y en el corazon doliente
Sus huellas estampará.

A médias tan solo advierto
Que está vengado mi honor:
Murió Don Pedro, Leonor;
Pero vos aun no habeis muerto.

POESIAS

Vais á morir. . .

DOÑA LEONOR.

¡Tengo miedo!

DON JUAN.

De hinojos, que he de mataros.

DOÑA LEONOR.

Bien!!

DON JUAN.

No puedo perdonaros;
Pero ni mataros puedo.

¡Leonor, Leonor! ¿por qué así
Vendisteis vuestro albedrío,
Mancillando el honor mío
Que en prenda de amor os dí?

Mas basta de inútil queja:
Mi honra escupisteis los dos;
Voy á vengarme de vos,
Que de él me vengué en la reja.

Como con vil mercancía
Traficasteis con mi honra,
Por precio de una deshonra
Dando vuestra fe y la mía.

Gran pecado cometisteis;
Mucho á Dios debeis rogar,
Mucho teneis que llorar,
Porque mucho me ofendisteis.

Y esa dueña, encubridora
De amor tan torpe y nefando,
Vuestro rezo acompañando,
Tambien llorará, señora.

Aquí rezaréis sin cuento
En la piedra arrodilladas;
Que están por siempre cerradas
Las puertas de este convento.

POESIAS

De incógnito á Flándes voy,
 Huyendo voy de Sevilla;
 No quiero que mi mancilla
 Vaya diciendo quién soy.
 Y tened por cosa cierta,
 Pues la visera calé,
 Que no la levantaré
 Hasta que vos seáis muerta.
 ¡Adios, señora! al momento
 A Flándes voy á partir,
 Pues que ya pude encubrir
 Mi vergüenza en un convento.
 Y no dirá ningun labio
 Que mancha en la honra tengo;
 Pues que en secreto me vengo. . . .
 ¡Tal venganza á tal agravio! —

Las ocho daba en la torre
 Con triste són la campana,
 Y sus ecos se columpian
 En la region de las auras;
 Cuando del convento salen,
 Sin hablar una palabra,
 Dos hombres que á los caballos
 Se acercan, suben y marchan.

Recia la lluvia caía,
 Y ronco el viento sonaba
 Entre los pinos robustos,
 Desgajándoles las ramas.

Los dos ginetes en tanto
 Silenciosos caminaban,
 A trasponer presurosos
 Una vecina montaña.

Desde á la cumbre llegaron,
 Volvieron los dos la cara,
 Quizá para despedirse
 Con tierno ¡adios! de la patria.

POESIAS

Allá en el fondo del valle
 Vieron, cual vagos fantasmas,
 Entre mil sombras confusas
 Alzarse dos torres blancas.
 —El sol allí se os ha puesto,
 Exclamó el uno al mirarlas;
 Y si alboreó para otro,
 Razon es que nunca salga.—
 —¡Verdad dijiste, Gines!
 Y aun no satisface al alma
 Ver que un día presenció
 Tal agravio y tal venganza!

Junio 1841.

UN REY CABALLERO

ROMANCE

Sevilla, siglo XIV.

I

IMPRUDENCIAS DE ZELOSO

¡Oh mar de amor, leve esfera!
¡Qué poca ocasion altera
Las olas de tu reposo!

TIRSO DE MOLINA.

EN un rincón de Sevilla
Una hija de Israel
Vive en morada sencilla,
Y es hermosa á maravilla,
Y tiene nombre Raquel.
Delito fué nacer bella,
Y así lo piensan las damas;
Aunque los hombres por vella
La siguen, y en vivas llamas
De amores arden por ella.
Y la calle le pasean
En las noches tenebrosas;
Que en calles donde hay hermosas
No es extraño que se vean
Desgastadas las baldosas.

Como que vive encerrada,
Ella de ellos no se cura;

POESIAS

Le basta, porque es honrada,
Un amor, y no aventura
En otros amores nada.

Que el galán que la enamora,
Y la trajo de Castilla
Como combeza ó señora,
Es el más noble en Sevilla,
Y la regala y la adora.

Bien es que habla de su fama
El vulgo, y contra su honor
Bruja ó ramera la llama;
Mas no se cura la dama
Del necio vulgo hablador.

Y como nadie conoce
Al escondido galán
Que de su hermosura goce,
La verdad se desconoce
Y habillitas vienen y van.

Ella que ignora de mundo
Y solo sabe de amor,
Vive en letargo profundo,
Sin que jamás iracundo
La asalte fiero dolor.

Como paloma inocente
En pos del amante vuela
Que la idolatra y la zela;
Jamás se nubla su frente,
Y aunque ama, no se desvela.

En labores femeniles
Emplea el sereno día
Y en mil bordados sutiles;
Mas llega la noche umbría,
Y adorna sus veinte abriles.

Porque es nocturno el amante
Y de noche la visita;
Y es bien que diga el semblante,
Que, aunque el corazón palpita,
Palpita alegre y triunfante.

POESIAS

Así la hermosa risueña
De día espera á su amor,
En plática con su dueña:
Cuando se va el amador,
Se acuesta tranquila, y sueña.

—“Díme, Sara,— miéntras viste,
A la dueña demandaba
Que el cabello le rizaba,—

“¿Por qué habré de estar hoy triste
“Cuando ayer contenta estaba?

“¿Quédanme bien estas flores

“Que pusiste en el tocado? . . .

“¡Ah! ¡No vendrán mis amores?

“Mas dime, ¿por qué han brotado

“En el alma estos temores?

“Un vago presentimiento,

“Una ilusion. . . ¡Nada más! . . .

“Ponme joyas al momento;

“Que estar alegre presiento,

“Y he de estarlo por demás.

“De blanco me he de vestir;

“Bien estaráme el vestido,

“Que si le he de recibir

“Alegre, de más no ha sido

“Blanco el color preferir.

“¿Acabaste? . . . Abre el balcon;

“Que sienta mi corazon

“El rumor de sus pisadas.

“¡Oh! ¡Qué silenciosas son

“Estas calles retiradas!

“¡Oscura noche!—¡Qué olores

“El aura en torno esparció!

“Más suaves son y mejores

“Que los que esparcen las flores

“De Sahara ó Jericó.

“Oh! cuánto es bella Sevilla!

“Mira qué tranquila está

“Durmiendo la noble villa:

POESIAS

“¿Vés? ¡De Israel y Judá

“No es tanta la maravilla!

“Siéntome para esperalle.

“Mas ¿no oyes, Zara, rumor

“De alguién que pasa en la calle?

“¡Él es! Sí, véte á alumbralle:

¡Zara! . . . Componme esta flor.”

Galan entró un caballero

Embozado hasta las cejas,

El ala de ancho sombrero

Cubre el resto de su faz.

Con garbo se desemboza,

Y muestra un talle cumplido,

Que adorna rico vestido

Bajo la capa ó disfraz.

La dama al punto á sus brazos

Se arroja amante y sencilla,

Y él la estrecha en dulces lazos

A su noble corazon.

Ella le acaricia blanda;

Él la mira en su embeleso,

Y cruge lúbrico un beso

Bajo el pintado artesón.

En ancho cojín morisco

Tomán entrambos asiento,

Él callado y macilento,

Ella alegre y juvenil:

El un brazo en su cintura,

La frente sobre su cuello;

Ella le riza el cabello

Con su mano de marfil,—

RAQUEL.

Muy noble Don Juan de Vargas,

Tarde vinísteis, mi amor:

POESIAS

DON JUAN.
Ved que os mate.

RAQUEL.

Pues matadme!

DON JUAN.

Le defendeis? ¡Maldicion!!!

Junto al balcon desmayada

Cayó en el suelo Raquel;

Cerró el hidalgo la puerta,

Dando á una llave mas fe

Que á palabras, juramentos

Y lágrimas de mujer.

El bulto que allá en la calle

Causa al rompimiento fué,

Vió flotar en el balcon,

De su esperanza escabel,

Un lienzo blanco. . . —el vestido

De la judía al caer.—

Tomólo por seña ó cita;

Y para saber lo que es,

Por una reja trepando,

Puso en el balcon el pié.

POESIAS

De puntillas por la estancia
Y de ella estando ya retaca
Las ojos ella levanta.

Mas al ver que la judía
Se tumba ó se sobresalta
El rostro descolorido

Por tranquilizarla le habla
PERDONAR COMO REY

EMBOZADO

Duque.—Quién va?—
Astolfo.—Un hombre solo.—

Duque.—¿Cómo
De esa suerte en esta casa?

Duque.—¿Sabéis quién soy?

Astolfo.—No sé nada;

Que á estas horas y á estos zelos,
Todas las sombras son pardas.

CALDERON.

Miéntras Don Juan en la calle

Busca al rival y no le halla,

En el balcon retraido

El hombre embozado estaba.

Ancho sombrero le cubre,

Ginete sobre una capa

Que es mucho si deja ver

Del caballero las calzas:

Y asoma á un lado la punta

De una tizona tan larga,

Que á la cintura pendiente

Casi por el suelo arrastra.

Volvió la judía en sí,

Y en moro cojin sentada,

Ambas manos en el rostro

Regando está con sus lágrimas.

Por entre embozo y sombrero,

Con amorosa mirada

La contempla el embozado

Que en ella los ojos clava.

POESIAS

Sale del balcon, andando
De puntillas por la estancia;
Y de ella estando ya cerca,
Los ojos ella levanta.

Mas al ver que la judía
Se turba ó se sobresalta,
El rostro desembozando,
Por tranquilizarla le habla.

EMBOZADO.

Estais llorando, señora,
Y apenas creo á mis ojos;
Que mal puede dar enojos
Quien calla lo que os adora.
No lloréis, ó que la aurora
No os halle al ménos llorando;
Las perlas que derramando

Van esos ojos, bien mío,
Valen más que su rocío,

Y ella os las fuera envidiando

Si llorais por darme amor

Haciéndoos más hecllicera;

Estais por demás severa;

Que á ser mi afecto mayor

Pudiera acaso el dolor

Mis esperanzas quitarme

Y en la tumba sepultarme;

Y fuera cruel sinrazon

Que me abrierais el balcon

Tansolo para matarme.

Que es tanto el amor que os tengo,

Que no os puedo tener mas;

Y á no olvidarle jamas

Firme voluntad prevengo.

Llamásteisme vos, y vengo

Para adoraros de hinojos;

Mas me iré, si os doy enojos;

Pues á mi despecho veó

POESIAS

Que ó me engañó mi deseo,
O me engañaron mis ojos.

RAQUEL.

¡Caballero! perdonad,
Que en llamaros no pensé.

EMBOZADO.

¡Vive Dios que me engañé,
Y mi loca ceguedad

Castiga cruel la verdad!

Mas ¡quién, decidme, asomó

A ese balcon?

RAQUEL.

Era yo.

EMBOZADO.

¡Y el blanco lienzo que ví

RAQUEL.

Mi vestido.

EMBOZADO.

Luego á mi

Me llamasteis.

RAQUEL.

¡Eso no!

EMBOZADO.

A otro fué ¡viven los cielos!

¡Qué tal llegue á sucedermé,

Y que sin amor tenerme,

Me esteis inspirando zelos!

He de agotar mis recelos,

Aunque raye en importuno;

Tantas desdichas aduno.

POESIAS

Que habrán de volverme loco,
Llamasteis, pues.

RAQUEL.

Poco á poco,
Que yo no llamé á ninguno.

EMBOZADO.

¿A ninguno? ¡Bien, por Dios!
Consuelo al ménos me dais;
Y si á ninguno llamais,
Y aquí nos hallamos dos,
Claro es que vengo por vos;
Y fuera injusta crudeza,
Indigna de tal belleza,
Que habiendo por vos venido,
Me volviera desquerido
Con mi amor y mi tristeza.

Que os amo, no hay que dudallo;
Y es tanto lo que os adoro,
Que en honra á vuestro decoro,
Lo siento, lo sufro y callo.
Bien podeis adivinallo
En lo mucho que velé
De aquese balcon al pié,
Centinela de esas rejas,
Y en que no os dije mis quejas
Ni serenatas canté.

Y pues amándoos estoy
Y estoy en vuestra presencia,
Habeis de dar mi sentencia;
Que, por vida de quien soy,
Sin saberla no me voy;
Y advertid, pues ha de ser,
Que yo os tengo de querer,
Aunque á mí no me querais.

POESIAS

Pídoos, hidalgo, que os vais

EMBOZADO.

Tal sin ella no he de hacer

RAQUEL.

Ved que exponéis á los dos.

EMBOZADO.

Bien en mujer sienta el miedo.

RAQUEL.

Y que yo amaros no puedo,
Porque á otro.

EMBOZADO.

¡Vive Dios!

Que piedad no tenéis vos
De un corazon que tanto ama;
Todas sus heces derrama
Hondo el cáliz de mis zelos,
Y estoy apurando... ¡Cielos!
Álguen á esa puerta llama.

RAQUEL.

Idos... ¡Piedad!

EMBOZADO.

Tal no haré!

No la tuvisteis de mí,
Por ese balcon subí,
Mas por él no bajaré,
Ya vienen: me cubriré;
Mas advertid al menguado
Que á abrir la puerta sea osado,
Que si descubrirme intenta,

POESIAS

Habré de tenerlo á afrenta
Y habrá de ser castigado.

Embozóse el caballero
Con altivez y arrogancia,
Mientras la bella judía
En ambas manos la cara,
Más muerta que viva, esconde,
Lágrimas vertiendo amargas.
En esto se abre la puerta;
Vuelve el hidalgo la espalda;
Ella á un rincón se retrae,
Y ya desnuda la espada
De Toledo, entra en la alcoba
Furioso Don Juan de Vargas.

DON JUAN.

¡Un hombre! ¡Horrible traición!

EMBOZADO.

Paso dejad, caballero.

DON JUAN.

Le encontraréis en mi acero,
Si á la calle ese balcón
No os le da.

EMBOZADO.

Ya más de uno
Lo dijo, pero ninguno
Hizo tal.

DON JUAN.

Pues yo lo haré!

EMBOZADO.

Cómo os tolero no sé,
Que estais de sobra impertunó.

POESIAS

Paso dejad, caballero.

DON JUAN.

De aquí no os habeis de ir.

EMBOZADO.

Os digo que he de salir.

DON JUAN.

Muerto, si os mato yo;

Vivo, si vos me matais.

Ved que un hidalgo os retó

Y es preciso que riñais

Si honor en el pecho os arde.

EMBOZADO.

No reñiré.

DON JUAN.

Sois cobarde!

EMBOZADO.

Mentísteis, si tal pensais.

DON JUAN.

¿Queréis, villano, que un sello
La mano os marque infamante,
Y que el oculto semblante
Os descubra para hacello? . . .

EMBOZADO.

Mucho perderais en ello.

DON JUAN.

Si no es que así os cubris
Porque tal miedo sentís,
Que pálida os la encontrará.

POESIAS

Si os descubriera la cara, ¡ah! ¿cómo?

EMBOZADO.

Digoos tambien que mentís.

De aquí no os habéis de ir.
DON JUAN.

Por Dios! qué hacerlo medito.

Os digo que he de salir.
RAQUEL.

Oh! ¡No hagáis tal, por piedad!

Muerto si os habéis de ir.
DON JUAN.

A un lado vos apartad;
Que más al veros me irrita
Con ese llanto maldito,
Falso como vuestra grey,
Torpe como vuestra ley. . . .

RAQUEL.

Oh! Don Juan. . . .

DON JUAN.

Alzad del suelo:

Vos, descubrid ¡vive el cielo!

U os mato. (Desenvaina.)

EMBOZADO (Desenvainado.)

Mirad.

DON JUAN.

¡El rey!

REY.

¡De hinojos puesto ante mí,
Teneis en tierra el estoque!
No es mucho que no provoqué
Mi cólera un hombre así.

POESIAS

DON JUAN.

¡Señor! pues no os conocí,
Perdon!

REY.

Si me conocierais,
Y tal ofensa me hicierais
Como á rey, juro por Dios
Que tal os pesara á vos,
Que en una horca murierais.

Tomad del suelo el acero:
Obedeced, que eso es ley.
Yo os perdono como rey;
Mas no como caballero.
Que ameis á esa dama espero
Que acusasteis sin razon
De villanía ó traicion:
Yo por el balcon saldré;
Que si por balcon entré,
Sabré salir por balcon.—

Raquel y Don Juan quedaron
Entre confusiones tantas,
Que luengo rato estuvieron
Entrambos como sin alma.

Don Pedro por el balcon
Salió; que así sus palabras
Cumplia el rey caballero
Que *Don Pedro el Cruel* llamaban.

VENGARSE COMO CABALLERO

Así mi valor castiga
A quien mi valor agravia.

CALDERON.

Tan oscura está la noche,
Que intento fuera no cuerdo
En las calles de Sevilla
Perderse en un galanteo.
Ni un farol en una esquina,
Ni aislada estrella en el cielo
Que las nubes encapotan,
En informes grupos negros,
Ni asoma una pobre vieja
El pálido rostro seco,
Por estrecho ventanillo
Sacando vil candilejo.
Ni hay matones en las calles,
Ni ladrones, ni rateros,
Ni alguaciles, ni corchetes
Que hagan la ronda en el pueblo.
Todas las calles desiertas
Aguardan así en silencio
A que se rompan las nubes,
Torrentes lanzando al suelo.
Y bien los rayos lo anuncian,
Bien lo pronostica el trueno,
Y algunas gotas perdidas
Dan claros indicios de ello.
En una esquina, no obstante,
Receloso y encubierto,

POESIAS

En la pared apoyado
Medita un hombre siniestro.
Medita, vele ó espere,
No le turba el pensamiento
Ni la postura le cambia
Ningun contrario suceso.
Al balcon de la judía
Alza los ojos atento;
Y aunque cerrado, el cristal
Revela que hay luz adentro.
Cuando los ojos bajó,
Fueron sin sorpresa viendo
A su lado un personaje
En luengo ropón envuelto.
—Temprano venís; podeis
Por do vinisteis volveros.—
—Buenas noches.—Esperad;
Bueno es cambiar de sombrero.
El mio tomar podréis,
Y daréisme en cambio el vuestro.
Dadme tambien el ropón;
Tomad el mio. . . Idos luego.—
Y miéntras se páрте el uno,
Se emboza el otro, tan diestro
En disfrazarse, que nadie
Pudiera reconocerlo.
Quedóse un rato esperando,
Y al fin de corto momento
De la judía la puerta
Se abrió con sonoro estruendo.
Un hombre de ella salió
Tan de veras encubierto,
Que de que no le conozcan
Revela claro el intento.
Llegó á la esquina; y el hombre
Que allí esperaba, fingiendo
La voz, se dirige á él
Mesurado ó satisfecho.—

POESIAS

—¿Don Juan de Vargas?
—Yo soy.—

—Os aguardo, caballero.—

—Saber el motivo espero.—

—Al punto á decirle voy.

Por mataros esperé,

O porque vos me déis muerte:

Y así mirad de qué suerte

Mi pretension lograré.—

—Fácil es, si sois hidalgo.—

—Soy más hidalgo que vos.—

—Tal vez mentísteis.—

—Por Dios!

Que más que los Vargas valgo!

—Mas la causa me decid.—

—De noche hablais á una dama,

E importa mucho á su fama

Que no hagais tal.—

—Advertid,

Padre, marido ó galán,

Que os engañais.—

—No ¡por Cristo!

Salir yo mismo os he visto,

¡Pese á mis zelos y afán!—

—Los míos ya despertaron,

Y porque puedan dormir

Voy á matar ó morir.—

—(Mis deseos se lograron.)

Defendeos!—

—No hableis ya;

Que teniendo espada, es mengua.—

—Tirad, y cállle la lengua;

Que á hablar el acero va.—

En las manos las espadas,

Ambos á dos encubiertos,

Con estrépito cruzaron

En el aire los aceros.

POESIAS

Doblan los golpes con furia,

Y se los tiran al pecho;

Pero es oscura la noche,

Y no hay un golpe certero.

Uno avanza, y el que cede

Recobra al punto el terreno;

Uno ataca, y quita el otro

Las estocadas sereno.

Ambos á muerte se tiran;

Y como ignoran qué es miedo,

Más que la defensa curan

El ataque, cuando en esto

Sienten pasos á la espalda,

De la calle en el extremo,

De la ronda que corria;

Y ambos dicen: ¡acabemos!

Entónces con prisa tanta

Mueven ambos los aceros:

Y los golpes menudean,

Que contarlos es loco intento.

Ya casi llega la ronda

Tarde, como siempre; y de ellos

Uno herido ó moribundo,

Cayó diciendo: ¡Soy muerto!

RONDA.

Ténganse todos al rey,

Y la justicia intervenga.

REY.

A él la ronda se tenga;

Que no le alcanza esa ley.—

RONDA.

El rey!!!

DON JUAN.

Don Pedro!—Yo muero.

El rey, perdonad!

REY.

—¡Sí á fé!

POESIAS

Ya cual rey os perdoné:
Me vengo cual caballero.

DON JUAN.

¡Ah!...

RONDA.

¡Murió!

REY.

Llevalde al punto:
Que un hidalgo le mató
Decid; que el rey perdonó
Agravios que hizo el difunto.—

Al muerto lleva la ronda
Mientras el rey se retira,
Y en las sombras de la noche
Su figura se perdía.

Pensativo andaba el rey,
Y á paso lento camina
A lo largo de la calle
Donde vive la judía.

Abierta encontró la puerta,
E imaginando desdichas,
Por no averiguar verdades
Alejarse determina.

Partióse, y al punto sale
De la puerta con gran prisa
Un hombre que entre los brazos
Un bulto blanco traía.

Retrájose á un lado el rey,
Aunque en partir no vacila,
Y cuando el hombre pasó,
Reconoció á la judía

En la dama desmayada,
Que, contra el seno oprimida,
De astuto raptor nocturno
A guisa, el hombre tenía.—

POESIAS

REY.

Dónde vais?

HOMBRE.

Curioso estais.

REY.

Tened ó vos mato aquí.
¡Por qué de esa dama así
¡Villano! el honor manchais?

HOMBRE.

Mal puede manchar su honor
Quien en provecho de él obra,
Y quien su hija recobra
De manos de su raptor.
Robáronmela en Castilla
Y por el reino busquéla,
Hasta que hora rescatéla
Y me alejo de Sevilla.

REY.

Bien hicísteis, hombre honrado,
En rescatar lo que es vuestro
De quien fué en hurtar más diestro,
Que no en defender lo hurtado.

Id con Dios; y esa judía
Guarden cerrojo y muralla:
Si nó, han de querer roballa,
Que es prenda de gran valía.

Diciembre 1841.

ZELMIRA

LEVENDA.

Martirio fué de amor, triunfo glorioso
Con que corona y premia á dos amantes.

El Dr. FRANCISCO DE LA TORRE.

QUÉ orgullosa y magnífica se ostenta
De cúpulas inmensas coronada,
La soberbia ciudad, parda su sombra
Derramando en la vega solitaria!
Cómo erguida levanta la cabeza
Crinada de cien torres, que gallardas
En el azul del cielo se dibujan
De arabescos follajes esmaltadas!
En las torres y alzados alminares
Doradas medias-lunas se levantan,
Nadando entre perfumes aromosos
Que en torno esparce murmurando el aura;
Exhalacion de mágicos jardines
Donde el amor enardecido vaga
Entre flores de eterna primavera,
Del voluptuoso céfiro en las alas.

Álzase al cielo la mezquita inmensa
Do el Almuédano evoca á la plegaria,
Y se sienta en el llano ponderosa
Clavada con cien torres la muralla:
Todo muestra un poder irresistible
Que de hermosura y gloria se engalana;

POESIAS

Todo dispierta dulces ilusiones,
Y anuncia todo á la feliz Granada.

La perla más preciosa de Occidente,
De esplendor y riquezas ataviada;
El Eden encantado cuyo aroma
Ansiosa aspira susurrando el aura;
Del árabe la hija predilecta,
Del halagüeño Oriente trasplantada,
Para sembrar en su fecundo seno
El amor, el deleite y la esperanza!

Como entre mares de abrasada arena,
En el desierto inmenso de Sahara,
Al simoun ardiente desafiando
Se eleva al cielo la robusta palma;
Así entre cien alcázares soberbios,
Como gigante ó colosal fantasma,
Despreciando á los roncós huracanes,
Se levanta magnífica la Alhambra.
Inmóvil centinela que, velando,
Rico tesoro de bellezas guarda,
Y semeja á la imágen del destino
Fija en el mundo la fatal mirada:
Coloso formidable que vencida
Del tiempo respetó la cruda saña,
Y que en la eternidad tendrá un asiento
O echará sus raíces en la nada!

Mirad esa ciudad; ved cuán erguida,
Sombreado del Genil las ondas claras
Que en un lecho de rosas se adormecen,
La tierra oprime con robusta planta,
Y en los cielos sepulta la cabeza
De transparentes nubes circundada.
Mas ¡ay! Esa mansion de las delicias
Do entre perfumes el deleite vaga;
Donde el amor con lánguido beleño

POESIAS

La mente aduerme en voluptuosas zambras,
 Al eco de instrumentos belicosos
 Oyó el estruendo de guerreras armas,
 Y arrojó furibunda de su seno
 Inmensas huestes, de furor preñadas,
 A devastar los campos de Castilla
 Y de Aragon las fértiles comarcas.

¿Qué será del gigante formidable
 Que agora asienta con soberbia vana
 Una planta de Ménfis en las ruinas
 Y en las ruinas de Itálica otra planta? . . .
 Veréisle derribado por el suelo
 Que ayer como señor le proclamaba,
 Triste esqueleto de pasada gloria
 Del tiempo envuelto en la corriente rauda:
 Y la reina feliz de Andalucía
 De los hijos de Omar idolatrada,
 Al golpe del acero castellano
 Veréisla un día despreciable esclava.
 ¡Ay del alcázar que en remotos días
 Alzó al extraño la traición bastarda!
 ¡Ay del poder que de mezquinos siervos
 Sostiene agora la venal espada!

I

LA TROVA

La luna brilla entre celajes rotos,
 Cual luce la esperanza en el tormento,
 Y vierte desde el alto firmamento
 Mansos raudales de apacible luz.
 Ora se oculta tras de parda nube
 Que en torno esparce funeral tiniebla;
 Ora aparece á disipar la niebla
 Y de la noche el lóbrego capuz.

POESIAS

En el regazo del silencio agosto
 Se aduerme la ciudad: ni ya se oía
 El destemplado canto de la orgía
 Que estremeció los ecos del pensil.
 Solo murmura en lánguido suspiro
 Céfiro que los cármenes halaga,
 O en los alisos y los sáuces vaga
 Que sombrean la orilla del Genil.

Al eclipsarse entre celajes claros
 La triste diosa de la noche umbría,
 El trémulo fulgor de una bujía
 Altísima ventana iluminó:

Dorada reja que interrumpe el muro
 De fuerte alcázar de mármorea piedra
 Do, emblema del amor, erece la hiedra
 Que del jardín vecino se elevó.

Regio salon de altísima techumbre
 Tras el espeso muro se abrigaba,
 Donde el jaspeado suelo se ocultaba
 Bajo rico y espléndido tapiz.

Lámpara hermosa de metal luciente
 Deslumbradora llama despedía
 Que en trémulo vibrar se repetía
 De Persia en el vivísimo matiz.

Espléndidos tejidos de damasco
 Ondeando cubren el soberbio muro,
 Que en follaje sutil el mármol duro
 Enlaza apena á la techumbre real.

En pebeteros de labrada plata
 Se exhalan, entre el humo vagaroso,
 El bálsamo de Persia voluptuoso
 Y de Arabia el perfume virginal.

Muelle cojin de púrpura de Tiro
 Sobre la rica alfombra sostenía

POESIAS

Fantástica beldad, que se mecía
En dulce ensueño de naciente amor.
Bella, como amoroso pensamiento,
Triste, como ilusion desvanecida,
Su pálida mejilla humedecida
Apoyaba en la mano con dolor.

De la alba toca y cándida guirnalda
Blanco velo flotante se desprende,
Y el cuello alabastrino do se extiende,
Negro el cabello oculta en rizos mil,
Que, impulsados del aura, acaso eclipsan
Dos ojos negros de ardoroso fuego,
Y abrasados tal vez, se acogen luego
Al blanco seno del amor pensil.

Es Zelmira, la flor del Paraíso
Por un amor volcánico marchita;
Su pecho un triste pensamiento agita,
Como el austro conmueve el hondo mar;
Mas se suspende al escuchar la trova
De amante esclavo que el jardín esconde,
Y en melodioso cántico responde
Del cristiano al dulcísimo cantar.

I

Mora de los ojos negros
Prisionera en esa reja,
Llegue á tu lecho mi queja,
Turbe tu sueño mi amor.

¿Qué valen negras prisiones
Sepulcro de mi ventura,
Si hay un astro de ternura
En la noche del dolor.

II.

Cristiano —le respondia
La mora— que en blanda queja,

276

POESIAS

Cantas al pié de mi reja
Sentida trova de amor;
Ya, tus trovas escuchando
Sonar en la noche oscura,
El eco de mi ternura
Vibró al par de tu dolor.

III

Mora —le dice el cristiano—
Aquesa frente hechicera
Mi mano adornar quisiera
Con la corona de un rey;
Mas ay! que marchita planta
En otro jardín nacida,
Te ofrezco solo una vida
Esclava de opuesta ley.

IV

Gonzalo —canta la mora—
En esta frente hechicera
Ni la púrpura quisiera,
Ni la corona de un rey;
Y diera el Edén risueño
Y amara la triste vida,
Si en tus hogares nacida,
Viviera bajo tu ley.

V

Las puertas de la esperanza
Abriera por vos agora,
Si vos me diérais, señora,
Las llaves del corazon.

277

POESIAS

Por vos, por vuestro cariño,
Hasta mi cielo trocara. . . .
Solo por vos no cambiara
Mi patria ó mi religion.—

VI.

Débil premio la esperanza
Fuera á tu cariño agora,
Ni darte, la que es señora,
Por vasallo un corazon.
Por ese tu amor, cristiano,
El del Profeta trocara,
Y solo por tí cambiara
Mi patria y mi religion!—

No respondió el cautivo, atenta escucha
La amante mora; al canto peregrino
El golpe de un alfanje damasquino
Con horrisono estruendo sucedió.
Trémula salta á la elevada reja;
Reina un silencio sepulcral, profundo;
Rasga el aire el gemir de un moribundo. . . .
Zelmira con fragor se desplomó.

II

LA FUGA

Hay horas en la mísera existencia,
Horas de llanto y de dolor henchidas,
En que no alumbra un rayo de esperanza
El lóbrego horizonte de la vida.
El alma entónces, como débil hoja
Por huracan horrisono marchita,
Al torrente se arroja del despecho
Por iracundo brazo sacudida.

POESIAS

Mas si despues del sueño pavoroso
Do la mente agitada se extravía,
Del porvenir en el ignoto abismo
Vislumbre débil de esperanza brilla;
Arrebatada el alma, delirante,
En alas de ilusiones se sublima
Al cielo del placer, y en dulce calma
Se entrega al sentimiento que la anima.
Así en pos de tormentas bramadoras
Que las ondas del mar voluble agitan,
El mar ostenta la azulada espalda
Que en ligero vaiven mueve la brisa.

En el regio salon, do sin sentido
Respira apénas la infeliz Zelmira,
Un cautivo se ve: su ademan noble,
Su prócer estatura, sus altivas,
Penetrantes miradas, su arrogancia
Más el guerrero que el esclavo indican.
Sostiene en brazos á la hermosa mora;
Y en la tierra doblando la rodilla,
Fija en ella sus ojos arderosos,
Cual si pudiera el fuego con que brillan
De la árabe animar el yerto rostro,
O la llama alentar de aquella vida.

Zelmira vuelve en sí: los negros ojos

Con medroso pavor en torno gira;
De sorpresa y placer un grito lanza
Cuando en los brazos del amor se vía.
Mira en redor; puñal ensangrentado
Sobre la alfombra espléndida divisa,
Para engendrar temores en el pecho
Que á una loca esperanza dió cabida:
Y demandan sus ojos al cristiano,
Y retratan sus lánguidas pupilas
La ansiedad y el temor de la certeza
De una verdad, que acaso ya adivina.

POESIAS

EL CRISTIANO.

La sangre de mi rival
Empaña el arma que ves:
En combate desigual
Pudo el oculto puñal
Tenderle muerto á mis piés.

Como traidor ó villano,
Con el alfanje en la mano
Contra mí se avalanzó;
Pero era más fuerte yo,
Porque nací castellano.

Muerte sangrienta le dí,
Muerte cien veces le diera;
Que solo quererte á tí
Con torpe cariño, era
Un ultraje para mí.

A más que villano fué,
Cuando con traición impía,
Porque sin armas me vé,
Matarme á oscuras queria
Tansolo porque te amé.

Bajo el traje del cautivo,
Bajo el sello del esclavo
Que imprimiera el hado esquivo,
Late el corazon de un bravo
Tan brioso como altivo.

Que allá, donde fué su cuna,
Postró de la media luna
Cien guerreros á sus piés. . . .

Bendiga Dios la fortuna
Que le hizo esclavo despues.

Bendígate Dios, la mora;
Bendiga tu juventud

Que tanto bien atesora,
Y endulza mi esclavitud

Con las lágrimas que llora.

POESIAS

¿Qué importa la horrenda suerte
Premio á mi valor mañana,
Si hoy gano, señora, en verte
Una gloria sobrehumana
Que no borraré la muerte?

Esclavo, dijo Zelmira,
Y de mi pecho señor,
Tú á quien mi pasión inspira
Un sentimiento de amor
Que entre cadenas suspira;

¿Qué gano hoy en tu fiereza?
¿Qué gano en tan dulce yugo,
Si mañana mi ternura
Verá rodar tu cabeza
Bajo el hacha del verdugo?

Huye á tu patria, cristiano,
Llega al confin castellano,
Y ruega por mí á tu Dios;
Aunque en tormento inhumano
Muramos de amor los dos.

Huye, aunque de otra mujer. . . .
Oh, nunca! . . . acércate aquí;
Sepulta el puñal en mí,
Y moriré con placer
¡Ay! muriendo junto á tí.

Mora, prorumpo el cristiano,
Morir en tu juventud,
Muerta por mi misma mano! . . .
Ven al suelo castellano,
Ángel de mi esclavitud.

Ven á mi patria, mi cielo;
Conmigo á Castilla ven,

POESIAS

Libre de injusto recelo;
 Que si te amo en este suelo,
 Allí te amaré tambien.
 Y en dulce anhelar divino,
 Y en ilusiones mecida,
 Sobre el torrente contino
 De un venturoso destino
 Flotará hermosa la vida.
 Tambien hay ventura allí;
 Tambien vive allí el placer
 Entre rosas y alhelí,
 Y el cariño de mujer
 No es estéril como aquí.
 Que allí el cariño es señor,
 Y no como aquí vasallo;
 Porque allí es libre el amor,
 Y no apagan su esplendor
 Las paredes de un serrallo.
 Allá, en los soberbios muros
 Que mis mayores alzaron,
 Gozar podremos seguros
 Delicias que no alcanzaron
 Amores torpes ó impuros.
 Cien esclavos te daré
 Que conquistará mi acero;
 Cien tesoros ganaré,
 Y á tus plantas, no guerrero,
 Esclavo te adoraré.

Calla, murmura Zelmira;
 Ten, por Alá, compasion
 De quien por tu amor espira,
 O arráncame el corazon
 Que por tí solo suspira.
 Mi razon agora advierte
 Que á mi padre he de perder,

POESIAS

Cristiano, ó he perderte;
 Y entre el amor y el deber
 Solo es consuelo la muerte.

Tu padre! —dice el cristiano—
 No he de llamarle tirano,
 Que al fin padre tuyo es;
 Pero ese recelo vano
 Fatal nos será despues:
 Que mi cabeza sangrienta,
 De los hombros desprendida
 Por la cuchilla violenta,
 Será á tu vista ofrecida
 En venganza de su afrenta.
 Y mi cuerpo en la llanura
 Cadáver fétido, inmundo,
 Despojo en la noche oscura
 Será del lobo iracundo:
 Ni hallará más sepultura! . . .
 Adios, señora, quedad. . . —
 —Partamos juntos los dos,
 Cristiano. . . Mas no, marchad;
 Que seguimos. . . — —Acabad. . . —
 —No puedo! . . . — —¡Zelmira. . . ¡adios!

—Gonzalo, le respondia
 La mora, huyamos de aquí
 Antes que la muerte impía
 Venga á apartarme de tí. . . —
 Y al decirlo, fallecia.

Venga el poder del infierno,
 Grita feliz el cristiano,

POESIAS

Venga á arrancar de mi mano
 Aqueste sol soberano
 Para mi ventura eterno.
 Ven á mi patria, la mora;
 Que yo te llevo al placer. —
 —¡Oyes? ya vienen. . . . ahora. . . .
 Huyamos. . . . mi amor te implora. . . . —
 Ah! ya eres mía, mujer!

Dice el cautivo: en amorosos lazos
 El cuerpo ciñe de la infiel querida,
 Y la sostienen sus robustos brazos
 En letárgico sueño adormecida.

Alegre con tan mágico trofeo
 Atraviesa fugaz lóbregas salas;
 Que alienta sus esfuerzos el deseo,
 Y le presta el amor sus raudas alas.

Nadie le viera; estrecha galería
 Le conduce al jardín, y férrea puerta
 Dó un cristiano cautivo le atendía,
 Del pié al ligero impulso mira abierta.

Sale y bendice su feliz fortuna,
 Deslizándose entre árboles y flores;
 Y al débil rayo de la opaca luna
 Mira al objeto fiel de sus amores.

Mas detiéndose súbito, de Abdalla
 Junto al cadáver que la sangre tiñe:
 —Pronto, Manrique —y el cristiano calla
 Y del rival la cimitarra ciñe.

El cautivo se cala albo turbante
 Y ancho albornoz sobre sus hombros deja:
 Sale por fin, con la árabe al instante
 Un brioso corcel monta, y se aleja.

Ya se pierde en el lóbrego recinto
 De calles solitarias y extraviadas,
 Y en tan confuso, oscuro laberinto,
 Retumban á lo léjos las pisadas.

POESIAS

Llega del muro á un lienzo ruinoso,
 Que la ola del tiempo derrubió;
 Vuela el caballo sobre el ancho foso. . . .
 Un formidable golpe resonó!

III

LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS

Lóbrega y silenciosa está la vega
 Que el rápido Genil fecunda y riega:
 El rayo moribundo de la luna
 No ríela en las ondas cristalinas,
 Ni baña en claridad inoportuna
 Las cercanas colinas.

Ambiente cual de verde primavera
 Mece la flor que encanta la pradera;
 Y del aura fugaz al blando aliento
 Inclínada la yerba tembladora,
 Dormida aguarda al perfumado viento
 Que precede á la aurora.

Reina plácida calma en la llanura,
 En el recuesto, el monte y el altura;
 Y de las sombras bajo el denso velo
 Acallando el murmurio los raudales,
 En el oscuro, soñoliento suelo,

Deslizan sus cristales.

Mas súbito entre robles mustios, secos,
 De la vega dispiértanse los ecos
 Al resonar del casco sonoro
 De gallardo bridon, de luengas crines,
 Que en el llano galopa, y presuroso
 Traspasa sus confines.

Un árabe cabalga: el aura azota
 Mansa el amplio albornoz que suelto flota;

POESIAS

Y al cabecear del orgulloso overo,
Del turbante á la tela tunecina
Tenaz empuja el céfiro ligero
La espuma blanquecina.

Lleva en los brazos pálida hermosura,
Y le ciñe la mórbida cintura
Y el dulce seno con amantes lazos;
Y la belleza, que de amor espira,
Al cuello le echa los torneados brazos
Y embriagada le mira.

Es el esclavo que á Zelmira adora,
Es la divina, enamorada mora,
Hermoso premio al amador cristiano;
Huyen al paso del corcel ligero
Hasta hallar en el campo castellano
El asilo primero.

El éxtasis ahora á sus dos almas
Entreabre cielos y promete palmas:
Fluye en sus venas sangre enardecida;
Su pecho embarga insólito embeleso,
Y en el labio la voz desfallecida
Se torna en dulce beso.

Largo silencio al fin rompe el cautivo;
Alienta el brío del troton altivo
Con dulce trova ó con sentida endecha,
Al ver cercana la risueña aurora;
Y en grato nudo contra el seno estrecha
A la angustiada mora.

I.

Corre, mi brioso overo;
Pasa el extendido llano;
Corta la niebla ligero,
Y llega al campo cristiano.

286

POESIAS

La tienda allí del guerrero
Cubre el pendon castellano,
Y allí te brinda su sombra
Del prado en la verde alfombra.

II.

Gana la elevada cumbre,
Salva á mi angélica mora
Antes que en roja vislumbre
Sonría al mundo la aurora:
Antes que bañe su lumbre
En las lágrimas que llora
Mi amada; y al verla, sienta
Que tanta beldad la afrenta.

III.

Vuela cual ligera pluma
Que el torbellino violento
Arrastra en la densa bruma;
Tiende tus crines al viento,
Y esparce la blanca espuma
Que temple el fogoso aliento
Cuando corriendo á la guerra,
Tocas apenas la tierra.

IV.

Huye del campo del moro
Y de la viuda Granada,
Que ausente de la que adoro
Mañana gima enlutada
Por su más rico tesoro,
Por la hurf más celebrada;
Y lllore por descubrilla,
Mientras sonrfe Castilla.

V.

No temas el ancho foso,
Ni la intrincada espesura,

287

Ni el alto monte fragoso:
 Que amor á mayor altura
 Sabe llegar presuroso,
 Si en ella está la ventura,
 Y al volver la cara, advierte
 Que está á su espalda la muerte.—

Tras colinas que envuelve nacarada
 Niebla, del alba al vívido arrebol,
 Piérdense ya las torres de Granada
 Dó el Almuédano anuncia el nuevo sol.

Puro, cual sonreír de hermoso niño
 A la mirada del materno amor,
 Entre nubes mas blancas que el armiño
 Apareció del astro el resplandor.

En áspero sendero tortuoso
 Al prófugo cristiano sorprendió,
 Y un cruel presentimiento, envidioso
 De la dicha en el seno derramó.

Del alba el melancólico destello
 La blanca nube no matiza ya;
 Radiante el sol, entre el celaje bello,
 Oblícuos rayos derramando va.
 Rápido avanza; en el zenit ya no arde
 Ni lanza á plomo vívido fulger:
 Templando van las brisas de la tarde
 Con suave aliento el estival ardor.

Al pié de un peñon áspero, escarpado,
 Que defienden en punta riscos mil,
 Gozan breve descanso el fatigado
 Guerrero y la doncella del Genil.

En torno de ellos al amor rendidos,
 Mueve sus alas lánguido el placer;

Y en dorada ilusion adormecidos,
 Dejan el tiempo rápido correr.

Densa nube de polvo vagarosa
 Cubre el camino que el esclavo holló:
 Por instantes se acerca presurosa;
 Gente mora el cautivo divisó.

Es su caudillo el padre de Zelmira;
 Veinte ginetes corren dél en pos:
 La mora casi de dolor espira;
 El cristiano encomiéndose á su Dios.

Teme Zelmira de Reduan la saña,
 Del cristiano á los brazos se arrojó;
 Él la abraza, y por la áspera montaña
 Como los vientos rápido trepó.

Sus miembros agitaba horrenda grima,
 Cuando en los riscos asentaba el pié;
 Mas llega al fin á la elevada cima,
 Cuando en la falda al enemigo vé.

Diez ginetes se apean, la alta sierra
 De Reduan á la voz quieren ganar:
 Muerden tras largo batallar la tierra;
 Del peñasco hasta el pié véense rodar:

Que de la cima el prófugo cristiano
 Una nube de piedras arrojó. . . .
 La planta del altivo musulmano
 Sobre los rotos cráneos resbaló!

Cien ballesteros entre el polvo denso
 El moro via con placer llegar:
 Llegan, y víose hácia el peñon inmenso
 Una nube de flechas arrojar.

Gonzalo con furor se defendía
 Muertes enviando al aterrado infiel:
 En brazos de la mora fallecía,
 Sangre vertiendo, el misero doncel. . . .

Morir sin venganza! . . . clamaba el cristiano,
 A un rayo del cielo tú hueste sucumba!

POESIAS

Poder del abismo. . . ¡quién diera á mi mano
Al par que él la mia, cavarle su tumba!

La muerte sus alas despliega callada;
En sombras envuelve mi pálida sien,
Y muero sin verte ¡oh madre adorada!
¡Te pierdo, Castilla! ¡Te pierdo, mi bien!

No llores, Zelmira, al ver mi despecho;
Maldice conmigo mi bárbara suerte:

Perdon, si el sepulcro te brindo por lecho,
Si en vez de la dicha, te ofrezco la muerte.

De amor ante el ara y en fuego inexhausto,
Nuestra alma debía su esencia exhalar:
El ara reclama sangriento holocausto,
Y debo en mi ruina mi amante arrastrar.

Yo muero, Zelmira. No el fétido ambiente
De tumba cercana quebranta mi brío;
Tu horrible destino subyuga mi frente;
Que un negro cadalso te alzó el amor mio.

Mañana entre acentos de bárbara orgía
Tu extremo suspiro se apague tal vez;
Mañana contemple tu lenta agonía
Con ojos enjutos la plebe soez. . .

—Muramos; no temo, responde la mora,

El grito de muerte que en torno retumba:
Con tu alma la mia, que ciega te adora,
Se lance á las sombras que esconde la tumba.

Muramos agora, mi fiel castellano;
La nada surquemos unidos los dos. . . —

Abrazame, hermosa, le dice el cristiano;

¡Zelmira! —¡Gonzalo! —Recíbenos, Dios!!

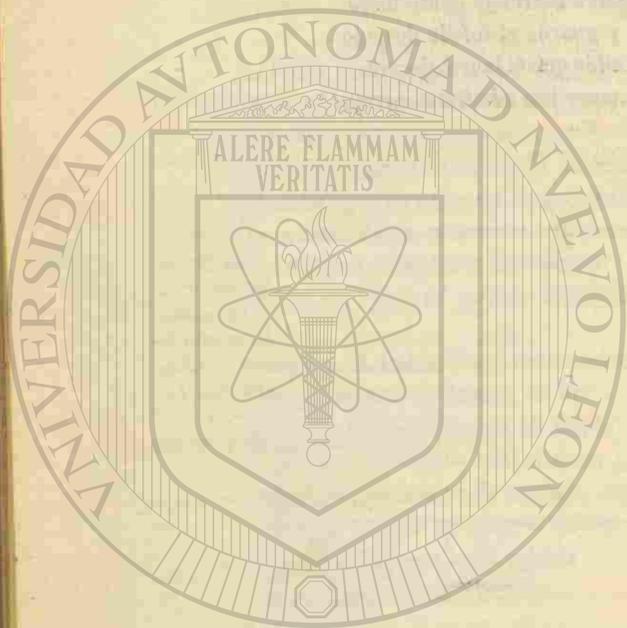
Al punto de la cumbre despeñados,
Dos cuerpos que ántes animó la vida,

POESIAS

A la falda descenden abrazados,
Con golpe atroz é innumerable herida
Los palpitantes miembros lacerados.

Huye Reduan en llanto y con sonrojo;
Y en compasivo horror la gente mora
Contempla y guarda el infeliz despojo
En fosa humilde que el laurel decora.
¡Nunca vió amor tan admirable arrojó!⁵

Febrero de 1842.



NOTAS

1 *Setam*, palabra árabe que significa *salud*. Llamam así los orientales á un ramillete de flores, en el que con ellas y el órden en que van colocadas, manifiestan en lenguaje simbólico lo que pudieran con una carta.

2 Faradí, cuñado y ministro favorito de Mahomad Aben-Azar III, llamado el Ciego, á quien quitó la vida y el trono su hermano Mahomad Aben-Azar IV, destronó á su vez á éste, y coronó á su propio hijo Ismael Faradí, cabeza del linaje de los Faradís y descendiente por las mujeres, de Mahomad Alhamar, fundador del reino granadino. Este suceso, acaecido en la Egira 713, que corresponde al año de Cristo 1313, dividió la familia real en dos dinastías, Faradís y Alhamares, que se disputaron en lo sucesivo el trono de Granada, ocupándole la que lanzaba de él á su rival.

3 Sonaba esta campana á la media noche y ántes del alba en los conventos de monjas capuchinas.

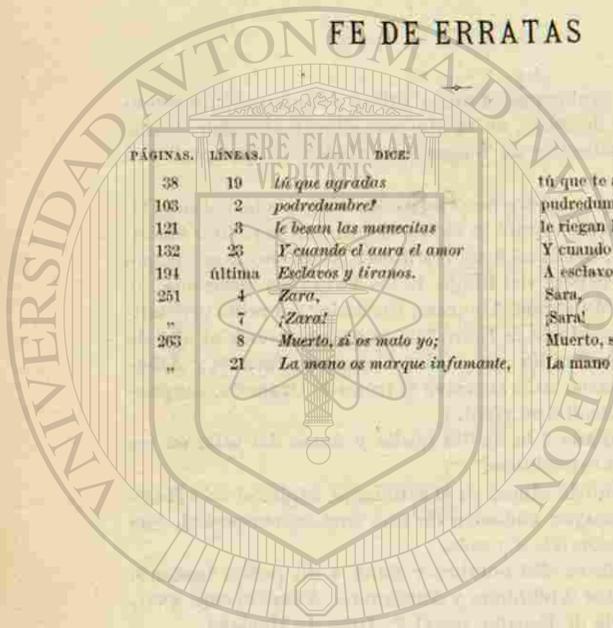
4 Napoleon, enfermo de cáncer en el estómago, espiró el 5 de Mayo de 1821, durante la mayor violencia de una furiosa tempestad. Sus últimas palabras fueron *tête d'armée*.

5 Este suceso histórico dió nombre y fama á un peñon bastante elevado, que está entre Archidona y Antequera. Véase el cap. XXII, lib. XIX de la Historia de España, por el P. Juan de Mariana.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FE DE ERRATAS



PÁGINAS.	LÍNEAS.	DICE:	LÉASE:
38	19	<i>tú que agradas</i>	tú que te agradas
103	2	<i>podredumbre!</i>	podredumbre?
121	3	<i>le besan las manecitas</i>	le riegan las manecitas
132	23	<i>Y cuando el aura del amor</i>	Y cuando el aura del amor
194	última	<i>Esclavos y tiranos.</i>	A esclavos y tiranos.
251	4	<i>Zara,</i>	Sara.
"	7	<i>Zara!</i>	Sara!
263	8	<i>Muerto, si os mato yo;</i>	Muerto, si vos mato yo;
"	21	<i>La mano os marque infamante.</i>	La mano os ponga infamante,

ÍNDICE

	Págs.
Advertencia.....	5
Anacreóntica.....	7
Cancion.....	9
Oriental.....	10
Su oración (Fantasía).....	14
Esperanza perdida (Fantasía).....	20
Ausencia (Letra para música).....	29
Era un sueño.....	32
Laura en el templo.....	37
Vehemencia (Soneto).....	41
El ave sola.....	42
La lágrima perdida.....	43
Las palmas.....	45
Soneto.—Para un amante que enviaba su retrato.....	47
El Selam.....	48
Cancion.....	55
La campana de las doce.....	58
A una niña.....	62
Una mujer triste.....	65
La flor muerta.—A la Señorita Doña Dolores Escalante.....	69
Un niño que llora.....	74
Amor.....	79
Veintiun años.....	84
Indiferencia.....	90
Los muertos ó el día de difuntos (Fantasía).....	95
Meditación.....	106
Otoño.....	110
Pensamientos del crepúsculo.....	113
Traducción de Víctor Hugo.....	119
Soneto.....	122
Día nublado.....	123
Palsaje.....	126
Meditación.....	131
El sueño del infortunio.....	133

	PÁGS.
Al mar.—Apóstrofe de Lord Byron.—(Último canto de Childe- Harold.).....	136
Primavera y juventud.....	139
Junto á un río.....	142
Apólogo.....	144
El árbol viejo.....	145
El sueño de la prosperidad.....	148
Esperanza de la vida.....	152
En la iglesia de***.....	156
Culpa y pena.....	158
La Cruz (Soneto.).....	163
Esperanza en Dios.—(Traducción de Víctor Hugo.).....	164
Himno.....	165
Al Ángel de la guarda.....	168
Las tres Ave-Marías.....	170
Pange lingua (traducción.).....	172
En la muerte de mi hermana.....	174
A la Sontag. (Soneto.).....	179
Elegía.....	180
En la muerte del excelente poeta D. Manuel Carpio.....	186
Luto y gloria (al 2 de Mayo de 1808.).....	190
Oda á España.....	195
A Zorrilla (en un convite.).....	203
A Doña Salvadora Cairón.....	206
América.—A D. Alejandro Arango y Escandon.....	208
Soneto.....	214
A México.—Oda.—A D. José María Roa Bárcena.....	215
Tal agravio tal venganza (romance.).....	225
Un rey caballero (idem.).....	248
Zelmira (leyenda.).....	272
Notas.....	293
Fe de erratas.....	294

